Mundo Argentino

"Sus ojos buscan encontrar en las cosas un contacto de felicidad que haga acelerar emocionado el ritmo de su corazón, y camina con alarde de graciosa coquetería."

De la novela corta de ambiente nacional

La desertora

Por

Aníbal Ravagnán

Enero 3 de 1934

20 *centavos en toda la República*

El ESPEJO de la OPINION PUBLICA en el PAIS y en el EXTRANJERO



1 **REPUBLICA ARGENTINA**

¿Qué saldrá de esto, un canario cantor o un gran pato?



2 **EL PROBLEMA DE LA DESPOBLACION**

Los que aún no han nacido. — ¡Disparemos, muchachos, o nos van a pescar!

(De "Daily Herald".)



3 **RECONCILIACION FRANCOALEMANA**

Ambos a la vez. — Usted primero, cacique.

(De "News of the World".)

BALANCE DE LA POLITICA MUNDIAL

(1) La nueva orientación financiera del gobierno, traducida en el reciente decreto sobre los cambios y la compra de granos, **señala un decidido vuelco hacia una política de defensa de la producción agropecuaria,** que tiene cierta semejanza con el experimento económico que se está llevando a cabo en los Estados Unidos, cuyos resultados aún quedan por conocer.

(2) En Francia, Italia y Alemania se han tomado medidas para aumentar la natalidad, mediante **casamientos en masa, impuestos a los solteros, premios a los padres de familias numerosas y otros estímulos oficiales.** Cabe preguntar si esa actividad se justifica ante las generaciones por venir, frente al lamentable espectáculo que ofrece el mundo en busca de más "carne de cañón" o de más dolientes hambrientos.

(3) Era costumbre de los pieles rojas enterrar un hacha como acto de reconciliación, cosa que se espera podrá efectuarse entre Alemania y Francia, **que últimamente han emprendido una serie de "conversaciones", después de los repetidos fracasos de la acción internacional.**

(4) **La derogación de la ley seca ha puesto punto final a uno de los más desdichados experimento de los tiempos modernos, que trajo consigo un séquito de males,** como ser el pistolerismo y la corrupción política que hicieron que el remedio fuera más peligroso que le enfermedad. La vuelta al consumo lícito de alcoholes tiene todas las características de una vuelta a la normalidad por largo tiempo abandonada.

(5) El presidente de Valera, del Estado Libre de Irlanda, **ha pedido al gobierno de la Gran Bretaña que reconozca los inconvenientes de una asociación forzada como la que mantiene con Irlanda del Sur** y respete la voluntad de absoluta independencia de ese país. Esta actitud no es compartida por los habitantes de la región de Ulster, que mantienen una inquebrantable parcialidad hacia el vínculo inglés.



5 **IRLANDA**

Valiéndose de todos los medios para hacerlo saltar al John Bull inglés.

(De "The Bulletin".)



4 **LA LEY SECA**

La vuelta del hijo pródigo. — Todo fué un gran error.

(De "Boston Transcript".)



Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES

EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RÍO DE JANEIRO 300 - U. T. 60, CAB. 1020 AL 1029

FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES



AÑO XXIV — BUENOS AIRES, 3 DE ENERO DE 1934 — Nº 1198

BUSCAR NUEVOS MERCADOS y PRODUCIR lo QUE NOS COMPREN

De la Cooperativa Ganadera Argentina se ocupa MUNDO ARGENTINO en este comentario, encaminado a difundir los propósitos esenciales que aquella institución, nueva entre nosotros, persigue en defensa de los intereses de los ganaderos y granjeros del país, que por actuar individualmente han malogrado más de una iniciativa encomiable y han labrado su miseria.

HACE tres meses cumplidos el gobierno nacional otorgaba personería jurídica a la primera "Cooperativa Ganadera" constituída en el país. Y si bien es importante recordar que se formó ésta al amparo de la cláusula tercera del protocolo adicional convenido con Gran Bretaña, según el cual se adjudicaba un quince por ciento, del total de los embarques de carne argentina destinada al Reino Unido, a las empresas que "no persigan primordialmente fines de beneficio privado", no es menos importante dejar establecido que éste no fué el único objeto perseguido al instituirse aquella cooperativa. En efecto, figuran entre otros fines que los estatutos consignan el de "vender los productos de ganadería y granja directamente al consumidor interno", el de "exportar los productos de granja" y el muy importante, sin duda, de "procurar la standardización de los productos que negocie y buscar nuevos mercados".

He aquí, pues, que no se trata de una institución falaz edificada sobre la favorable coyuntura de un tratado de comercio susceptible de discutidas interpretaciones, sino de una empresa nueva entre nosotros, grávida de excelentes perspectivas en cuanto comporta una promesa de renovación.

En general, los ganaderos argentinos, individualistas por temperamento y por convicción, se han estado defendiendo desde que cesó la época de la gran prosperidad de la guerra, según el leal saber y entender de cada uno, en la medida de los propios recursos. ¿Era esta la actitud más inteligente? ¿Era la más cómoda? ¿O es que era la única posible?...

Sin duda, de haber entendido a tiempo el principio de cooperación otra hubiera sido a estas horas la situación de la ganadería nacional. Infinidad de excelentes iniciativas dispersas, infinidad de maduras posibilidades no se habrían malogra-do bajo la tutela de una institución como la que recién pretende arraigar en el país.

Desde luego, un doble cometido le asigna a esta Cooperativa Ganadera una significación y una importancia muy grande.

El primero consiste en "buscar nuevos mercados" en el orden internacional y local. Es una operación que los productores no pueden hace por su cuenta, y que los pasados gobiernos, que debieron acometerla, han declinado por negligencia. No es racional confiar en que el cliente de hoy deberá seguir siendo el cliente para toda la vida. Tampoco es juicioso esperar que vengan a comprarnos. Ha sonado la hora en que es forzoso salir a ofrecer lo que producimos, y a esta circunstancia justamente se asocia el segundo cometido, que reviste asimismo considerable trascendencia.

Se trata de producir aquí lo que en el extranjero se consume, y no de mantenernos en la pretensión de venderle al extranjero lisa y llanamente lo que producimos.

Hace pocos días, un ganadero se acordaba con un redactor de MUNDO ARGENTINO del pésimo negocio que había resultado enviar desde aquí diez y siete mil pollos a Inglaterra. Ello se ha explicado porque a pesar de ser el mercado inglés un excelente mercado consumidor de aves, aquellos pollos, considerados de primer orden para nuestro consumo, no correspondían a las preferencias del gusto británico.

Pero afortunadamente no hay contraste que no deje alguna lección, y esta es la hora en que un plantel, de aquella variedad predilecta en los hogares y los hoteles de Londres, está por aclimatarse en una importante granja del Oeste de la provincia.

Puede ser prudente no anticipar juicio

(Continúa en la página 49)



Cooperativa Ganadera: ¡Ahura estoy yo, muchachos, p'hacerlos tirar parejo!...

Un joven ESTUDIANTE del CHACO

Acaba de regresar de Bolivia el joven estudiante secundario argentino Edgardo Molins — hijo del conocido escritor W. Jaime Molins, — quien ha realizado una extensa jira por todas las ciudades del vecino país, recorriendo con minuciosidad la zona chaqueña hasta las líneas avanzadas de fuego. Joven estudioso y de espíritu observador, su cartera de apuntes viene repleta de observaciones. Por eso hemos creído de sumo interés sostener con él la conversación que aparece en estas páginas acerca de la situación chaqueña vista desde Bolivia, cosa que ya hemos hecho enfocándola desde Paraguay. Debemos, a la vez, anunciar que en momentos de escribir estas líneas se firma el armisticio que promete poner término a las operaciones bélicas entre los dos países. Congratulémonos por ello pero no nos sorprendamos, ya que de algunos pasajes de este reportaje se desprende el espíritu de fraternidad que anima a los soldados bolivianos y paraguayos en los momentos de tregua. Y esa es América.



El joven Edgardo Molins aparece aquí en compañía del general Hans Kundt, generalísimo hasta hace poco del ejército boliviano.



El fortín Saavedra, según un apunte del escritor Jaime Molins, padre de nuestro entrevistado.

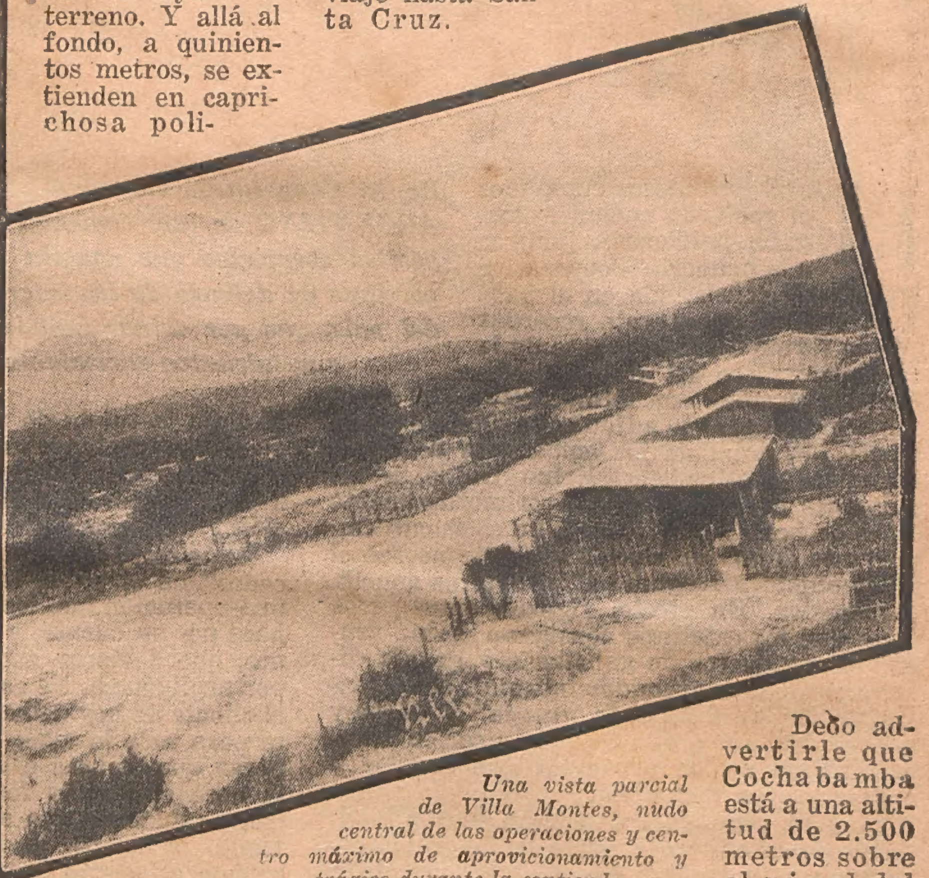
VENGO encantado de Bolivia—comienza sus confidencias el joven Molins. — Bolivia es una nación de estupendos panoramas. No bien se traspone la frontera argentina, comienzan ya a diseñarse los bellos panoramas de la naturaleza. Tupiza es el primer vallecito primoroso que rompe la monotonía del altiplano. Oruro, una ciudad moderna, de calles asfaltadas, y en donde la acción tesonera del municipio ha comenzado a romper la aridez del suelo con la arborización de las calles y el hermoseamiento de plazas y paseos. Largamente se cruza la altipampa, hasta que despuntan con sus conos nevados las grandes montañas de la cordillera real. Por fin, La Paz . . . ¡Qué maravilla de ciudad! Desde la estación del Alto se abre la hoyada del terreno. Y allá al fondo, a quinientos metros, se extienden en caprichosa policromía, las techumbres de la ciudad y los macizos verdes de sus fincas suburbanas...

"He visitado luego la clásica Cochabamba, circunscripta por predios cultivados, de una prodigiosa fertilidad... Sucre, la docta, de grata recordación por los gloriosos acontecimientos de su Universidad, "San Francisco Xavier", ligada a la historia de la revolución americana... Potosí, la famosa Villa Imperial de Carlos V... Santa Cruz, la capital del Oriente, llena de encantos tradicionales y de esperanzas promisoras para lo por venir...

VIAJES Y ALTURA

— *¿Y cómo realizó su viaje al Chaco?...*

— Desde La Paz, en tren, a Oruro y Cochabamba. En un avión del Lloyd Aéreo Boliviano — el "Tunari", con capacidad para seis pasajeros — seguí viaje hasta Santa Cruz.



Una vista parcial de Villa Montes, nudo central de las operaciones y centro máximo de aprovicionamiento y trágico durante la contienda.

Debo advertirle que Cochabamba está a una altitud de 2.500 metros sobre el nivel del mar. De manera que el avión se eleva allí hasta 4.800 y 5.000 metros, a los efectos de salvar sin dificultades la cadena de montañas que se interpone en su trayecto. Sigue luego la dirección de la quebrada, bajando a los valles del Oriente tapizados de bosque... El panorama es indescriptible, sobre todo en estos albores de primavera en que los árboles floridos aparecen a nuestra vista en grandes manchones de rojo, verde, amarillo, violeta... De Santa Cruz sigo inmediatamente, en el mismo avión y en dirección de Norte a Sur, a Villa Montes. En suma, cuatro horas de viaje.

HACIA EL TEATRO DE LA GUERRA

— *¿Qué hay en Villa Montes?*

— Villa Montes es el nudo central de las

ARGENTINO nos habla BOREAL visto desde Bolivia

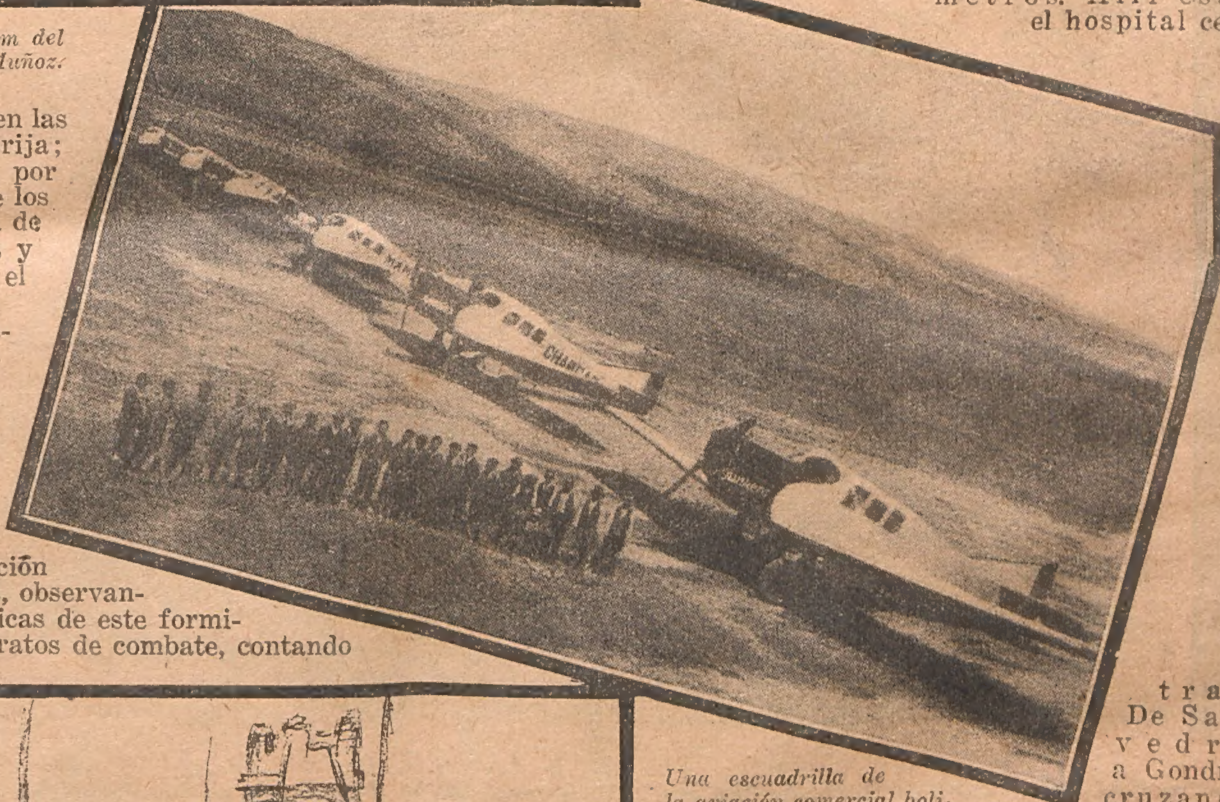
Un reportaje de
ERNESTO VILLAMIL

Un viejo soldado desea á su futuro camarada joven y simpático, una brillante carrera en nuestra nobilísima profesion.
Gran Cuartel Fortín Muñoz,
18 de Set. de 1933.
Gral. H. Kundt

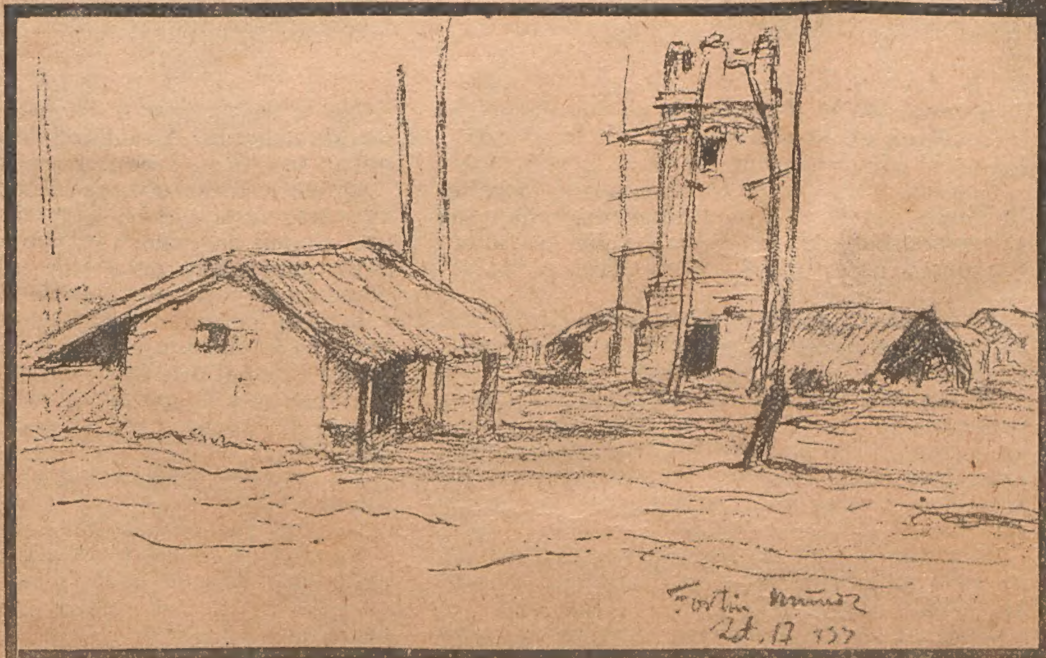
Autógrafo que el general Kundt firmó en el álbum del joven Edgardo Molins, cuando éste pasó por Muñoz.

operaciones, el punto máximo... Allí convergen las grandes rutas: por el Sur, la de Villazón y Tarija; por el Norte, la de Santa Cruz y Charagua, por tierra y por aire... Allí está instalado uno de los hospitales más importantes. Es la base central de las etapas militares, del tráfico, maestranzas y abastecimientos... Es, en términos concretos, el verdadero taller de la guerra...

"En el trimotor "Huanuni" — enorme pájaro mecánico con capacidad para cuarenta pasajeros — y de los cuales el "Lloyd" posee varios, destinados a la traslación de enfermos y heridos — sigo viaje a Fortín Muñoz, donde se ha instalado el gran cuartel general del ejército en campaña. Desde allí he comenzado a contemplar el verdadero panorama de la guerra. Siendo el campo central de la aviación, puedo asegurarle que dada mi afición por la aeronáutica, casi he vivido en las pistas, observando con verdadero interés todas las características de este formidable cuerpo que posee los más modernos aparatos de combate, contando con pilotos exclusivamente bolivianos, formados casi todos en la escuela de aviación de La Paz, aprendizaje que tiene una importancia excepcional, pues se inician en zona de gran altura (4.000 metros), lo que prepara el organismo a las grandes resistencias y comprueba la calidad de los aparatos. Todo lo que le diga sobre este cuerpo es poco comparado con la realidad. Tengo mi cartera atorada de apuntes. Pero prefiero no entrar en detalles, en bien de la ética militar, puesto que tendría que dar nombres y sería para mí ardua tarea nominar a todos en su orden respectivo, puesto que todos se superan en valentía y en decisión temeraria para los grandes trances...



Una escuadrilla de la aviación comercial boliviana en el campo de vuelo (proximidad de Cochabamba).



El fortín Muñoz, último baluarte boliviano recientemente tomado por los paraguayos, según un apunte de Jaime Molins. Fué incendiado antes de abandonarlo.

REFERENCIAS BELICAS

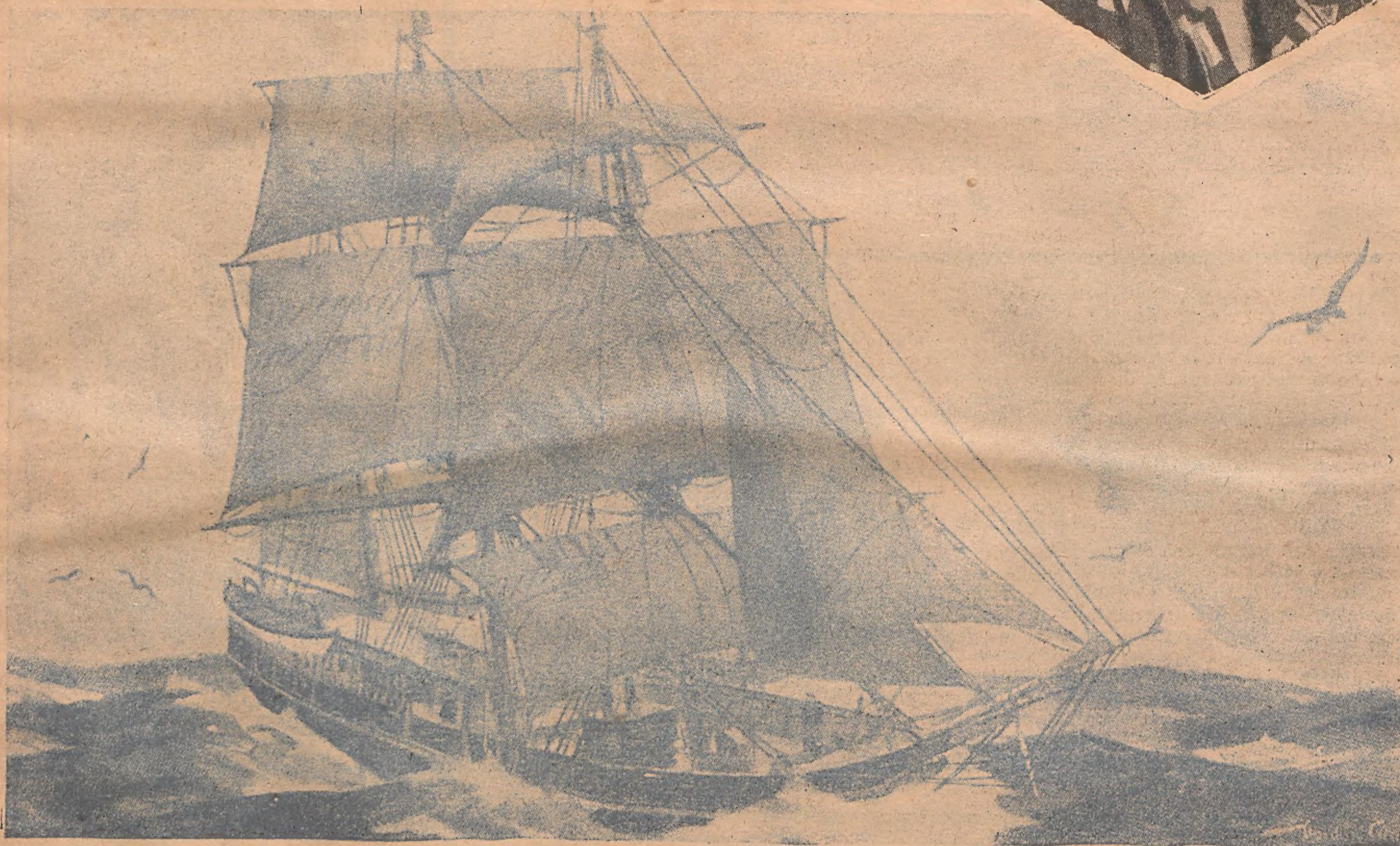
—¿Y de Muñoz?...

—En auto, ya — puesto que en Fortín Muñoz termina el servicio de aviación civil — he seguido hasta Saavedra, distante a cincuenta y dos kilómetros. Allí está el hospital central. De Saavedra a Gondra, cruzando el camino trágico donde los encuentros memorables, francamente homéricos, torcieron el curso de los acontecimientos. ¡Con qué emoción retrospectiva se recorre el camino del bosque hasta Kilómetro Siete! En este sitio fué donde se libró una de las más sangrientas batallas de esta guerra y quizá de la historia militar de América. De Kilómetro Siete se abre el esplayado de Campo Jordán, que fué el teatro central de este gran choque. En seguida, en los contrafuertes del bosque, se encuentran las primeras trincheras que fueron del ejército paraguayo. De allí sigue el camino a Alihuatá por el corazón de la selva, y luego bifurca hacia la derecha, para rematar en las primeras estribaciones de Gondra. Sería largo narrarle detalladamente todos los pormenores de esta visita. De trecho en trecho, en la selva, se tropieza con pequeños cementerios; algunos, hacinados al azar, obra del apresuramiento en la inhumación de los cadáveres; otros, con la minuciosidad cristiana de los.

(Continúa en la página 23)

LA FORTUNA DEL Capitán Halls





CUANDO el capitán Halls, de "La Esperanza", y el desconocido atravesaron el muelle, todavía seguían discutiendo en forma violenta. Pero repentinamente y como en tácito acuerdo callaron. Sus pasos resonaban en la oquedad que cubrían las gruesas vigas de madera. Se escuchaba incesante el capoteo del agua.

Siguieron largo trecho en silencio hasta que llegaron a una callejuela sórdida y obscura. Algunos faroles amarilleaban en las tinieblas densas de la noche, jalonando la sinuosidad de las casuchas tristes y decrépitas.

La calle se empinaba en una ascensión dificultosa hasta perderse en un recodo.

— Por aquí es — dijo el desconocido.

El capitán asintió con la cabeza, sin decidirse a adelantar un paso. Luego extrajo su pipa y la cargó con parsimonia. Estaba rumiando el paso que iba a dar.

El otro lo observó de reojo, sin poder evitar un gesto de impaciencia.

— ¿No está decidido aún?

El capitán encendió la pipa.

— Sí — dijo.

— ¿Qué esperamos, entonces?

— Adelante.

A pesar de la decisión de su acento, palpó el revólver en la cintura.

— ¡Al diablo! — murmuró.

Los dos hombres se internaron en la calleja. Sobre las losas mal unidas resonaban sus gruesos zapatones. Bajo los faroles sus siluetas obscuras cobraban dimensiones fantásticas.

El aullido lejano y lúgubre de un can sobresaltó las sombras y despertó los ecos despavoridos en las calles dormidas.

El capitán Halls iba taciturno, corroído de preocupaciones. Al fin y al cabo, era un negocio magnífico que prometía pingües ganancias. Una suma fabulosa. Carraspeó para disimular su emoción y aventar sus remordimientos.

Era una lejana aspiración, una aspiración de toda su vida: ser rico. Esta vez suspiró sin poder remediarlo.

Deseaba anclar definitivamente en un puerto. Anclar y quedarse allí para siempre, sin preocupaciones, viendo cómo zarpan los barcos. Cómo zarpan y cómo amarran indefinidamente. Verlo y quedarse sentado ante una buena botella de cerveza o un vaso de gin, somnoliento, despreocupado y feliz.

No le importaba el puerto. Este o el otro o el de más allá. Lo mismo daba. Sólo deseaba pasar sus últimos años fuera del mar.

Quizá le diese por irse tierra adentro para no verlo nunca más. Tendría una casita en una ciudad pequeña y tranquila, con un corral y un carricoche para salir al campo y tenderse en la yerba los días de fiesta monótonos y largos. También podría convenirle casarse con una buena mujer que tuviese la casa brillante como el oro, la mesa apetitosa y cordial y lo mirase a él con cierto cariño. Esto último era lo de menos, pero no estaría mal que así sucediese.

La voz del desconocido lo volvió a la realidad.

— Aquí es, capitán Halls.

El capitán se estremeció y arrancó una espesa bocanada de humo a su pipa.

— ¡Hum!... — gruñó entre dientes por decir algo.

Se habían detenido ante una puerta ruinosa y mugrienta, por entre cuyos intersticios se filtraba una luz mezquina.

El desconocido golpeó con los nudillos por tres veces. Se apagó la luz. Trancurrió un breve intervalo y la puerta giró sobre sus goz-

nes enmohecidos que chirriaron lamentablemente.

Asomó una cabeza y una voz aguardentosa dijo:

— Paz en la noche.

— Por una eternidad — respondió el desconocido.

Entonces el otro franqueó la entrada. Era una señal convenida.

— Lo estábamos esperando, Carding. Ya llegó la muchacha. ¡Está imposible! Los compinches fueron hasta la duna. Volverán al amanecer para cargar la mercadería...

— El capitán Halls, de "La Esperanza" — interrumpió Carding entrando.

— Bien, bien.

Atravesaron un largo corredor obscuro como boca de lobo. El huésped cerró la puerta tras de sí y encendió una linterna, siguiéndolos algunos pasos atrás.

El capitán Halls estaba inquieto y maldecía en su fuero interno la aventura en que se había metido. Pero ya era tarde para arrepentirse. Y además estaba el señuelo de la prima a cobrar. El contrabando era un asunto vidrioso y lleno de peligros, pero una vez... Valía la pena jugarse la partida. Se encogió de hombros malhumorado.

Entraron en una sórdida habitación de atmósfera enrarecida y pestilente. Un olor a brea, a tabaco y a humedad dificultaba la respiración. Un profundo silencio los acogió.

En un rincón estaba acurrucada una muchacha, sobre un montón de cuerdas. Sin moverse arrojó una mirada oblicua. Luego sonrió y se encogió de hombros.

— ¡Salud, Catalina! El capitán Halls, de "La Esperanza".

— ¡Ah! — dijo la muchacha, y le señaló una banqueta. El otro también entró.

Se sentaron.

La muchacha se volvió a Carding. Su rostro daba señales de profunda cólera. Con acento contenido estalló:

— ¿Son horas éstas? Estamos consumidos de impaciencia. Encerrados toda la noche.

Carding la miró severamente. La muchacha sostuvo la mirada con insolencia.

— ¿He estado paseando acaso? Había que decidir al capitán Halls.

La muchacha y el huésped miraron al capitán. El lobo de mar paseó una mirada tranquila sobre la concurrencia y encendió parsimoniosamente su pipa. Esta impresión visual no le resultó muy tranquilizadora.

La muchacha representaba unos veinte años, pero debía tener más. Era bonita, a pesar de sus ropas burdas y de sus gestos violentos y un poco torpes.

Carding era un hombre joven, de fuerte contextura y recia voz. Sobrio de palabras, tenía una mirada taladrante y fría. Debía ser de una energía y una decisión poco comunes. Su acento daba una leve seguridad de que fuera inglés; seguridad que se sustentaba más que nada en su apellido, si es que no era uno cualquiera elegido al azar para actuar en ese medio turbio. De todas maneras, resultaba un tipo sobremanera interesante.

Carding se acercó a la muchacha.

— ¿Y? — dijo.

— Nada. Lo de siempre. Con esta gente no se puede contar. Lo que yo decía. En lo único que piensan es en repartirse el dinero. Es lo único que les preocupa: el dinero.

— Ya lo sabía. Es lo de menos. Lo importante es zarpar.

Se quedó pensativo. Repentinamente prosiguió:

— Nos pasaremos sin ellos. Zarpar cuanto antes. Al amanecer si es posible. La tripulación de "La Esperanza" transportará el cargamento.

El capitán asintió con la cabeza.

Catalina se acercó al oído de Carding.

— ¿Es de confianza Halls?

Aquél estaba distraído. Carding se rió por lo bajo y miró al capitán.

CUENTO

POR

FELIX M. PELAYO

— Es más que eso — musitó. — Es un estúpido. Además, el dinero la tienta demasiado. Callará y obedecerá. Y si no, peor para él...

Consultó el reloj.

— Tenemos dos horas, por lo menos — agregó. — Hay que apresurarse, capitán.

Halls, sin replicar, asintió con la cabeza y se dirigió a la puerta. Catalina iba a su lado.

— Hasta luego — dijo al pasar junto a Carding.

— Yo espero a los hombres. Son diez y seis cajones... Hay que apresurarse, capitán — gritó aquél. — Sigilo y prontitud. Es todo lo que se necesita.

A la amanecida, "La Esperanza" soltó amarras y comenzó a deslizarse por el canal. El puerto se desperezaba entre gritos y estrépito.

A lo lejos el mar ponía una línea azul en el horizonte.

"La Esperanza" navegaba con viento favorable. El mar se rizaba en espumas y los delfines pasaban a su lado en cardúmenes compactos.

El capitán Halls, en su puesto de comando, fumaba en silencio su pipa. Desde allí veía a Carding y a la muchacha sentados en la proa con un gesto cómplice.

Sentía un odio profundo por ellos.

La noche anterior el capitán Halls había descendido a la bodega. El cargamento de Carding le intrigaba. Había sorprendido unas palabras misteriosas entre él y la muchacha. La carga no debía ser lo que le habían dicho. No había tales estupefacientes.

Con paso de lobo se dirigió al cargamento. Los cajones se alineaban con simetría. Sus ojillos claros y diminutos escrutaban la sombra. Una gran ansiedad lo poseía.

Sopesó uno. Después, con gran esfuerzo, lo extrajo de la fila y lo depositó en el suelo. Había encendido una linterna sorda. Con

(Continúa en la página 9)



EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR

¡FELIZ AÑO NUEVO!

Este augurio de ventura deseo llegue a todos los innumerables lectores de esta capital, a aquellos que me escribieron hasta de los más alejados rincones de la república y a los que enviaron sus consultas o sus palabras de aliento y aplauso de distintos puntos del extranjero.

A toda esa enorme falange de amigos espirituales les repito:

¡Feliz Año Nuevo!

NENUFAR.

CONTESTÓ MUY BIEN. Según la carta, ella no lo acepta por el momento. Si hay desacuerdo de sentimientos, ¿de qué otra manera puede interpretarse?

Contestando a "Espero ansioso", de Azul.

● ●

TARDE LLEGA su remordimiento. No sé qué remedio encontrar para su inconsciencia. ¿Está realmente arrepentida de su obra? ¿Cree que su amor ahora es sincero y no volverá a torturarlo con su absurda vanidad? Si es así, escríbale confesando su inmenso pesar por lo ocurrido, y al mismo tiempo dígale que la separación ha servido para hacerle comprender que a pesar de "todo" siente que lo ama apasionadamente y que ansía saber lo que él piensa. La respuesta le dirá si ese noble corazón late todavía por usted.

Contestando a "6 de agosto de 1813", de Rosario.

● ●

DISMINUIRÁ y hasta matará la ilusión. No le conviene y pondrá en peligro su amor. Ya que ella es irreflexiva, a usted le corresponde dominarse, si es verdad que tanto la quiere. Tres años pronto pasan cuando se mantiene viva la llama de la ilusión. En último caso anticipe su boda, ya que su situación pecuniaria se lo permite.

Contestando a "Enamorado tímido", de Resistencia (Chaco).

● ●

1º **SIENTO QUE ESTA VEZ** mis palabras no pueden ser de consuelo para su atribulado corazón, pues es mi deber no engañarla. A mi manera de ver su "negrito querido" ha cambiado de parecer. Usted ya ha hecho todo lo posible para atraerlo, pero si él permanece sordo a su súplica, sólo le queda conformarse y esperar que el tiempo ponga poco a poco lenitivo a su pena. No vuelva a llamarlo; déjelo que obre como le parezca.

2º Por ese fallecimiento debe llevar un año de luto.

Agradezco y retribuyo sus buenos augurios.

Contestando a "Ojos rasgados", de Mar del Plata.

● ●

MI CONSEJO es que no debe acceder al tal "caprichito", pero si prefiere cualquier cosa a perderlo, déjese llevar por sus impulsos. Si él la amara de veras, respetaría su pudor en vez de tornarse triste y huraño, pero como el corazón humano es tan complejo, y yo no quisiera ser la causa de una ruptura, vuelvo a repetirle, amiguita, proceda de acuerdo a sus impulsos.

Contestando a "Mujercita que sufre", de Estación De Bary.

● ●

REPRIMA esos frenéticos impulsos. Si vuelve a repetirse la escenita, muéstrese ofendida y manifiéstele su desagrado. Siendo tan recientes esas relaciones, no convencen tales arrebatos.

Contestando a "Una novicia en el amor", de Salta.

● ●

EL TIEMPO es el mejor sedante del dolor, él cicatriza las heridas y calma los pesares. Trabajo, lectura, distracción, le ayudarán a vencer esa melancolía, y cuando menos lo espere comprobará con asombro que su "muerto corazón" vuelve otra vez a acelerar sus latidos al influjo de un nuevo amor. ¿Que dónde podrá hallarlo? En cualquier parte. Deseo que mi "descreído admirador" vuelva muy pronto a encontrarle su encanto a la vida.



María Elena Minuto, que recientemente contrajo enlace con el señor Enrique N. Turano.

Foto F. Pérez

Su poesía no se publicará; lo lamento.

Contestando a "Un pobre hombre de diez y ocho abriles", de Rosario.

● ●

SI ESE JOVEN además de ser de posición social inferior a la suya, no tiene un porvenir que ofrecerle, no le conviene, pues corre el albur de que le haga perder sus años sin llegar a nada positivo. Deseche aquello de: "Contigo pan y cebolla." Estas palabras resultan letra muerta en la actualidad. Llega el momento de hacer frente a las exigencias de la vida, y si se carece de lo indispensable para ello, las necesidades matan bien pronto la ilusión. Tiene usted razón, es todavía muy jovencita y puede esperar. Si ese muchacho siente verdadero cariño por usted, debe definir primero su situación económica y después, estando de por medio el recíproco amor, todo se arreglará.

Contestando a "¿Qué debo hacer?", de Santiago del Estero.

● ●



María Cristina Coghlan Jantus el día de su casamiento con Jorge Fellner.

Foto F. Pérez



María Celia Durruty Justo, que contrajo enlace en Lomas con Pedro José Calafat.

Foto Besozzi

ELLA, seguramente, no se anima y tiene razón, a hacer lo que usted le pide, porque teme las recriminaciones de sus padres, pues es verdaderamente doloroso pensar que después de seis años de noviazgo todavía no está en condiciones de afrontar por sí solo el sostén de su hogar. Comprendo perfectamente su violenta situación, de la que no es culpable; por eso me parece que lo que más le conviene es hablar directamente con los padres de su novia y manifestarles su pesar por la necesidad imperiosa de seguir aplazando la boda, dadas las circunstancias por que atraviesa.

Dichas personas, velando por la felicidad de su única hija, quizá le propongan prestarle su ayuda al ver lo convincente de sus razones. Usted no debe pedir, pues parecería que lo guiaran fines interesados. ¿Qué debe pensar si ella sacrificara su amor? Que no puede pasar la vida a la espera de algo muy problemático.

Contestando a "Aquí y allá".

● ●

PUEDE ESA AMISTAD, con el correr de los años, convertirse en gran amor, pero es algo aventurado dar fe a la palabra pronunciada por una chiquilina, como usted mismo reconoce. El tiempo será el único que podrá dilucidar esta cuestión. Si ve que ella no acepta ningún otro galanteo, y que continúa demostrando marcada preferencia por usted, entonces puede volver a hablarla sin temor. Entretanto sigan como hasta ahora: amigos. Siento decirle que su poesía no se publicará.

Contestando a "Sufro con esa duda", de Cipolletti.

● ●

SU CARTA tiene cierto vis de comicidad, aumentado por su interesante y especial literatura. Terminada su lectura, me hice esta reflexión: Después que envió la primera esquela ¿no vió más a esa señorita? Pues de otra manera no me explico la lamentable confusión. Debió hacer la aclaración en seguida, pero ya que fué distinto su proceder, como el corazón es uno solo, termine la comedia. Ni una ni otra, busque un nuevo amor, porque creo que descubierto el enredo, ninguna de las dos le perdonará la farsa.

Si este consejo no lo convence, deje a lo inesperado que resuelva su original romance.

Contestando a "Diosma", de Avellaneda.

● ●

PONGA EN JUEGO, para no perder su amor, toda su ternura y habilidad de mujer enamorada. En estos casos cada persona cuenta con sus propios medios y los dictados de su corazón, pues no hay regla fija para la conquista de un hombre. Que la suerte la acompañe.

Contestando a "Flor de loto", de Villa María.

● ●

1º **REEMPLACE** ese saco gris por uno negro. Lo demás está bien.

2º La novia debe entrar a la iglesia tomando el brazo derecho del padrino, y el novio a su vez también ofrece su brazo derecho a la madrina; es decir, que la novia y la madrina quedan a la derecha del padrino y el novio, respectivamente.

Deseo para usted felicidad sin fin.

Contestando a "Muy de este siglo", de Tucumán

La fortuna del capitán Halls (Continuación de la página 7)

(Continuación de la página 7)

una herramienta comenzó a forcejear en la tapa.

De su frente corrían gruesas gotas de sudor. Manipulaba febrilmente con el temor de verse sorprendido.

A costa de grandes esfuerzos logró su intento.

Ante sus ojos deslumbrados aparecían gruesos lingotes de oro. La linterna temblaba entre sus dedos. Se secó el sudor que surcaba su frente.

—¡Diablo! ¡Diablo! — atinó a decir.

No podía apartar su mirada del tesoro. Finalmente se decidió a volver todo a su primitivo estado. Una vez en su cabina, se echó entre pecho y espalda hasta tres copas de gin con un movimiento maquinal y convulsivo. Seguía pensando en el tesoro.

Su ambición se dilató hasta lo infinito. Recordó el número de cajones apilados en la bodega. Eran diez y seis.

Encendió la pipa para ahuyentar las ideas que cruzaban por su cerebro. Tenía miedo de sus propios pensamientos. Se quedó toda la noche sentado fumando y bebiendo furiosamente.

Ahora también su mano, que apresaba nerviosamente la pipa, temblaba en forma imperceptible.

La muchacha lo avizoró y dijo algunas palabras a Carding. Ambos se volvieron haciéndole un saludo amistoso. Él se llevó la mano a la visera. Después hundió su mirada en el mar.

Oro, oro... Barras de oro, allí, al alcance de su mano, colmando sus ambiciones que habían roto los diques que las contuvieran tantos años replegadas en lo más hondo de su ser.

¿Cómo entrar en posesión de ese tesoro fabuloso e inesperado?

Su mirada resbalaba sobre la espuma blanca de las olas, buscando una respuesta que fuera una solución.

Bruscamente "La Esperanza" había cambiado su rumbo. Al presente todos ignoraban su derrotero.

El mar, siempre el mar, infinito, inacabable, solitario y cambiante. Con sus espumas, con sus lamentos, con su amenaza constante cernida en lo imprevisto y lo desconocido; en una nube, en la brisa, en la calma misma.

Una noche Carding y la muchacha habían sido embarcados en una chalupa, ante la muda amenaza de los revólveres, con algunos víveres y agua. Quedaron abandonados entre las sombras, sobre el rumor inacabable de las olas. De nada valieron las sordas blasfemias del uno ni las lágrimas de la otra. Halls espiaba la maniobra desde su puesto de mando.

"La Esperanza" tomó el barlovento hundiendo ágilmente la proa entre las espumas. Crujieron las jarcias, las velas se hincharon, inclinando levemente de babor a la nave.

Halls permanecía silencioso, con la pipa entre los dientes y la mirada hundida en la espesura de la noche.

Confusos pensamientos le atormentaban. Temblaba por su tesoro. Temía llegar a tierra, y al mismo tiempo sentía un ansia angustiosa por sentirse a salvo con sus riquezas, lejos de esos hombres cómplices de su crimen. Lejos de ese mar, testigo implacable de sus pensamientos.

Cuatro días después se desencadenó el temporal. Primero fueron unas nubes espesas y negras, que se abalanzaban en el horizonte como corceles desbocados.

La lluvia no tardó en azotar la cubierta de "La Esperanza". Un viento huracanado hizo crujir los mástiles.

Halls pensó sombríamente en los náufragos y sintió un estremecimiento de pavor.

El mar tomó un color de acero. Las olas se encrespaban amenazadoramente.

Los hombres se fatigaban en la maniobra rizando los foques, achicando el velamen para no ofrecer resistencia al viento.

Una ola barrió la cubierta. Luego otra y otra. Se sentía crujir la obra muerta. El timonel se había aferrado vigorosamente a la rueda de dirección.

"La Esperanza" se inclinó en forma peligrosa a estribor. Hubo un alarido estridente que se sofocó entre el clamor de la tormenta.

Arrastrándose y aferrándose desesperadamente, el segundo llegó al puesto de comando.

—Capitán, esto no marcha. Habrá que arrojar el cargamento. Escoramos peligrosamente. Hay que enderezar la nave.

Halls lo miró largamente con una mirada rencorosa.

—Hay tiempo — dijo por último.

El otro lo miró con sorpresa. Luego se fué maldiciendo.

El ímpetu de la tormenta arreciaba. Los hombres tirados sobre cubierta se habían atado el cuerpo para no ser arrastrados por las olas. La posición de "La Esperanza" era una amenaza constante.

El agua se precipitó violentamente en el entrepuente.

Los hombres aniquilados y ateridos permanecían mudos. Un rumor más fuerte que la tormenta dominó el caos.

El terror hizo presa de los hombres.

—¡Los arrecifes! ¡Los arrecifes! ¡Estamos sobre la costa!...

El timón no obedecía ya. "La Esperanza" corría locamente a su fin.

Nadie se movió. ¿Para qué? El mesana se derrumbó con estrépito, arrastrando en su caída el velamen y destrozando parte de la obra muerta.

"La Esperanza" corría a su perdición. El timonel abandonó su puesto y se refugió junto a los otros.

—¡Esto se acabó! — dijo, dejándose caer entre el grupo.

Nadie contestó.

Una ola gigantesca cubrió el barco. Otra lo arrastró vertiginosamente en su lomo mostruoso.

El fragor de la resaca ahogó un alarido inmenso. Se escuchó el estallido de las maderas al chocar violentamente contra las peñas. Reinaban tinieblas profundas. Luego, sólo el rumor inmenso e inacabable de la borrasca.

El sol se levantó irisando las olas todavía inquietas y encrespadas. La costa, llena de arrecifes y acantilados, se acunaba en un fragor discordante e ininterrumpido.

"La Esperanza", acostada sobre las rocas, mostraba su vientre abierto, en el que el agua se precipitaba en un ir y venir juguetón y fatal.

En torno, entre las rocas, trozos de maderas, barricas, cajones, despojos todos del naufragio, jugaban una zarabanda monótona.

Más lejos, sobre la playa, tendido en la arena como sobre un lecho, yacía el capitán Halls.

Estaba muerto, con los ojos abiertos y una expresión inefable en el rostro. Tenía el cráneo destrozado, pero el agua había borrado toda huella de sangre. En torno suyo, despanzurrados, varios cajones mostraban sus entrañas auríferas que brillaban risueñamente al sol.

El tesoro era suyo, bien suyo. Tan suyo, que lo había acompañado hasta después de muerto, como con un humilde y tácito acatamiento a su deseo imperioso de poseerlo y de guardarlo.



DEFENSA *del* AVE-NEGRISMO

Por **FULVIO FS. VUELTA**

"Todos los humoristas faltan a la verdad para servir a su humor, o más bien, a la reputación de su humor; y por eso los miro, en general, con tan poca simpatía." **Marañón.**



EL manteo a que los hombres de toga fueron sometidos por las péñolas de nuestros señores Cervantes, Quevedo y Larra, hace guiñar el ojo a las gentes desde 1600 hasta hoy.

Es decir, que la opinión irrisible acerca de los togados permanece incólume en el concepto popular, según nos instruye la parmiología.

A su afianzamiento concurren después la fatua cohorte de los seudohumoristas del teatro, la prensa y el libro que, desconocedores del ambiente por abulia o comodidad, al hablar en necio al vulgo, según el conocido reclamo, logran fáciles monedas y mirtos de añadidura.

Entre nosotros, el vulgo moteja al abogado con el plumífero "avenegra".

Para él, son avenegras el procurador de calaña dudosa, el miembro conspicuo de la Corte, el director del periódico judicial, el ordenanza y hasta el innocuo joven de diploma reciente.



Tal mote es una expresión de rebeldía; la rebeldía del ignorante que apoda de matasanos a los médicos, y corre en busca del diagnóstico al primer extraño síntoma.

Para el vulgo, el abogado rico es un ladrón que al margen de los códigos llenó su escarcela; y el abogado pobre, un disimulado infeliz hasta tanto "le caiga un buen asunto"; pero, en el fondo, ambos son unos sinvergüenzas.

Para el vulgo y otros que no presumen, el Palacio de Justicia es una cueva sórdida, y los jueces unos enrevesados de la ciencia infusa, poltronudos comodones, amos de vidas y haciendas.

En cambio, el litigante...

El litigante es el dolor humano en ruta hacia la nada. Es la carne de cañón, la bazofia donde hunden sus picos los truculentos pájaros. Es la víctima propiciatoria de su gula insaciable. Es el pobre hombre, la viuda sin amparo, el huérfano de todo. Es el conculcado, la perseguida, el estafado, clamorosos de justicia, que concluyen exangües después del indubitable despojo, aunque sólo perdieran imposibles esperanzas...

Este es el litigante de los diarios sensacionalistas que a su vez solucionan tanto novelesco infortunio mediante el incendio de los Tribunales, la "radiación" de la magistratura y la vuelta al reinado del rey Pausole, que distribuía sentencias bajo la sombra de una venerable encina.

Sólo que en las remotas épocas del gran monarca, la complejidad de los pleitos era sobre si se me debían o no veinte dracmas, o si el cerdo era tuyo o del otro, o si la esposa era exclusiva..., y a que el rey otorgase lo que tuviera por justo, aunque no lo fuese, siempre que fuera de su gusto.

¡Ya lo quisiera ver a su majestad Pausole ante un contrato de anticresis o entre las telarañas del Consultorio Soerensen!

A mi juicio, el postulante clamoroso y exangüe es el que no sabe adónde va y quiere ir quién sabe adónde, y concluye víctima de su vacilación, engendrada por la torpeza o la pillería.

La hipótesis del incendio y demás accesorios — plausible por la innovación, — al libertar del juez al litigante, le entregaría en manos de los otros verdaderos avenegras, de los explotadores a precio del candor o la piratería del prójimo y únicos depositarios de la argucia y del sofisma. Pero estas armas de precisión con que la humanidad se defiende o ataca desde la aurora del mundo, ¿somos todos capaces de manejarlas con destreza?

Pero la hipótesis es falsa. Ni el palacio es un laberinto, ni los jueces son aquello, ni los litigantes, querubines en desgracia.

Si yo no entiendo un palote de pintura y paso tres horas obligadas en la Galería degli Ufficci, mis impresiones "a la criolla" se manifestarán en un bostezo. Si visito las Catacumbas o el Partenón, o escucho "Tristán" sin ilustración previa, al bostezo uniré la ironía para robustecer mi imbecilidad. Pero si mis conocimientos son tan escasos como grandes mis deseos de desasnarme, buscaré una Pilar de Lusarreta que me enseñe el abecedario del arte. Y así, las Catacumbas, el Partenón y las pinturas adquirirán ante mi inteligencia un significado misterioso y nuevo.

El profano, pues, necesita del cicerone para no extraviarse en el dédalo de los Tribunales. ¡Desdichado el que se aventura solo! Irá luego a plañir a las redacciones si no se confía a la sagacidad de un técnico. De tal modo se repite el "leit motiv" del enfermo y el matasanos: una dificultad, un conflicto de intereses, un problema de familia imposible de solucionar en el linving nos conduce, quieras que no, al avenegra, y éste a los estrados. Por ahora no hay otra elipse.

Ni los jueces son dictadores, pues no disponen de la fuerza. Sólo gozan del "imperium", algo así como un sable de juguete, préstamo de la Constitución, con el que tiran mandobles sin hacer daño.

¿Se concibe un déspota que depende, como nosotros, de la policía?

Público y notorio: en cualquier discusión entre el jefe de policía y un magistrado, gana el jefe.

Apenas el magistrado es un intérprete de la ley, y por razón de esa fatigante vigilia, que la obscuridad de los textos, la ilustración del foro y la chicana acrecen, caen sobre sus encorvadas espaldas las lamentaciones y el sarcasmo como si redivivo Epimeteo dispusiese a su antojo del cofre de Pandora.

Ni los litigantes son querubines en desgracia.

Abrevio el parágrafo con un teorema:

— ¿Cuándo desaparecerán las calamitosas avenegras por lo que claman los apóstoles baratos?

Contestación: El día que desaparezca el último litigante.

Pues la justicia nació del choque entre la buena y la mala fe, y no en balde la mitológica abuela de Themis, por alguna razón, llamábase Litis.







Hasta el caballo, lo que más estima, el criollo lo sacrifica en aras de su amor cuando ve que su prenda se le escurre de las manos. Por eso él ofrendó...

Las cenizas del parejero

... para que sirvieran de abono a la tierra y probar a la vez que su amor era verdadero.

CUENTO por **EDUARDO A. CANO**

I

SIEMPRE escarbando la tierra, como los grillos!... ¡Güenos días!

Y, al mismo tiempo, don Venancio sujetaba el trotecito dormilón de su zaino grandote y relumbroso, junto al alambre, detrás del cual don Fasael, en mangas de camisa, limpiaba cuidadosamente un almácigo de su huerta.

—Güenos días, compadre — le contestó. — ¿Y qué he de hacerle, si ya nací con alma de gusano?... El olor a la tierra me atrai y me somete.

—¡Es de no crer el cariño que le tiene!

—Así es. Cuando clavo la pala y doy güelta un pan de tierra húmeda, siento que despide un vaho grato, como de cuerpo desnudo, limpio y fresco... Y cuando la clavo más hondo entuavía, siquiera sea hasta llegar a las dos puntiadas, entonces me parece como si dentrara de nuevo en el seno de mi madre...

—La afición a cavar y a zapar ya se le ha hecho callo en la concencia.

—Pa mí, que el hombre que no ha clavao una pala en la tierra, aunque sea una sola vez en su vida, no ha vivido de verdá.

—¡Es vicio suyo, compadre! Ya no puede con él... ¡Al ñudo será querer librarlo!

—¡Naides puede librarse de eso!

—¿Por qué?

—¿Usté nunca se ha tirao al suelo, buscando descanso sobre el frescor del pasto?

—¿Cómo no?

—Y al acostarse, largo a largo, ¿no ha suspirao con un suspiro hondo y ganoso, diciendo: "¡Aaah! ¡Qué delicia!"

—¡Sí, sí!... ¡Miles de veces!

—Güeno: ¡áhi tiene! Esa es la voz de la tierra, que llama al hombre y lo habla como avisándole que no se olvide de que algún día tendrá que volver a su entraña.

—¡Es verdá!

—Mirando pal cielo se llena el alma de sueños y fantasías... Pero mirando pa la tierra se encuentra pan y vida... Ella lo da todo, anque dispués, a la larga, lo reclame y lo cobre y no haiga más rimedio que devolverle todo lo que nos ha dao..., ¡emprestao nomás!

Guardó silencio don Fasael, y luego, con un extraño acento de reproche, agregó:

—¡Y tan engréidos que solemos ser los cristianos!...

—¡Tiene razón, compadre!

Don Venancio y don Fasael no eran compadres. Solamente eran vecinos desde treinta y tantos años a la fecha. Aquellos dos hombres, tan desiguales entre sí, se estimaban y se respetaban mutuamente, pero comprendían que entre sus dos temperamentos se levantaba una barrera infranqueable, algo así como una línea divisoria irreducible que impedía una fusión franca y total de sus espíritus. De ahí su tratamiento recíproco de "compadre". Con esa expresión sacramental — "compadre", — que no admite el tuteo y que impone cierta distancia a la intimidad, quedaban demarcados los límites tácitos e inviolables de aquella, sin embargo, firme y vieja amistad. Cada uno de ellos tenía ideas y conceptos muy suyos sobre las cosas de la vida, y aun sobre la vida misma.

Don Venancio era inclinado a las bromas, a la jarana y a la chacota. Sus padres, criollos netos, cuya solidez económica se afirmó en varios miles de cabezas vacunas, procreadas y nutridas en campo propio, ampararon el desarrollo de su juventud completamente despreocupada de toda idea de futuro. Y en esa dirección mental y espiritual llegó a hombre.

Siempre era don Venancio el más entusiasta animador de toda reunión de amigos y gentes del pago, en la que rodara la taba o en la que se acribillaran a puazos los "calcutas", "jacas" o "giros", hasta morir sobre el piso circular de un reñidero. Tampoco faltaba jamás a las pistas cuadreras del vecindario, donde siempre rayaba algún "cuidao".

No obstante, trabajaba con firmeza y buen pulso en su oficio de criador. Le gustaba "tener güeno" y nunca le parecieron excesivos un par de miles de pesos por un toro o un padrillo de sangre acreditada.

Vivía feliz y satisfecho de sí mismo, con sus "haberes", su mujer y sus doc hijos, muchachones muy robustos y de su misma pinta: gauchos como él y como él "alucinados"... que decían ellos.

Don Fasael, por el contrario, había llegado a este mundo con una fuerte inclinación a la tierra, inclinación robustecida y definitiva.

(Continúa en la página 13)

Los cuentos gauchos de "MUNDO ARGENTINO"

PARA LAS MADRES

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

LOS NIÑOS DE PECHO Y LOS MEDICAMENTOS

Conforme a sus deseos, reproducimos a continuación unas líneas de un reputado médico que se refieren a los niños de pecho y a los medicamentos que más se adaptan a su naturaleza. Este pequeño artículo lo hacemos extensivo a todas las demás madres por los conceptos que encierran:

"Algo muy necesario es que todas las madres se impongan de que no se les debe dar medicamentos a los niños de pecho, salvo en algunos casos bien definidos.

"El tubo digestivo de los niños muy pequeños y todo su sistema nervioso es tan sensible que la menor intoxicación puede dar lugar a graves perturbaciones.

"Un ejemplo de esto es lo siguiente: la purga de calomel o de aceite de ricino puede en muchos casos ser el punto de partida de una diarrea verde que ocasione perturbaciones tan graves que puedan hasta llevar a la muerte. Y ¿por qué dar medicamentos a los pequeñuelos?

"Mucho más sencillo sería hacer desaparecer tantas molestias triviales que sufren los niños por medio de una minuciosa aplicación de un régimen alimenticio correcto, y por medio de una higiene ordenada y metódica.

"Toda una parte de la terapéutica infantil debería consistir en establecer un *régimen;* una dieta relativa — caldo de legumbres, infusiones — o al contrario, una alimentación más consistente — caldos más espesos, purés de legumbres; — las perturbaciones digestivas, los vómitos, las diarreas, las constipaciones, todo esto desaparecería. Por lo demás, es preciso saber emplear con todo juicio los alimentos especiales para los niños: las leches malteadas, los sueros de la mantecas de vaca, todos los productos lácteos más o menos grasosos, constituyen auxiliares poderosos y preciosos del régimen, y por fin también es preciso recomenzar luego muy progresivamente — después de algún período de perturbaciones de cualquier clase — de nuevo el régimen normal.

"Otra parte de la terapéutica infantil debería ser la siguiente: primero, aplicar las reglas de higiene; la regularidad, los paseos, la ventilación de las habitaciones, las distracciones, que a partir de las seis de la tarde no deben ya existir para los bebés, pudiendo de lo contrario impedirles dormir; segundo, aprovechar todos los recursos que puede ofrecer el agua, como ser los baños tibios, calientes o fríos, las compresas, las inhalaciones, fumigaciones, etc.

"No creemos, sin embargo, necesario decir que no es nuestro ánimo asegurar que jamás se le deban propinar medicamentos a un bebé; ciertas enfermedades específicas, como ser la difteria o la meningitis, necesitan por cierto de la aplicación de una terapéutica igualmente específica.

"Todos los niños son muy sensibles a las drogas; de esta manera la madre que cría a su hijo, o el ama de leche, no podrá absorber, por ejemplo, el opio por la boca o inyecciones subcutáneas sin que el niño, por medio de la leche que mama, no tome también una cierta cantidad que lo deje somnoliento; pero de la misma manera que son tan sensibles, son también, proporcionalmente a los adultos, mucho más difíciles de intoxicar; quiere decir que, en relación a su peso, podrán ingerir una cantidad mucho mayor de drogas intoxicantes que los adultos, porque sus emuntorios — el hígado, los riñones, los pulmones, la piel — son mucho más activos, encontrándose también menos fatigados."

Estos pequeños artículos de divulgación pueden ser, en efecto, una buena guía para las madres. En tal sentido hemos accedido a sus deseos.

Cdo. a "Ignacia Pérez Suárez", de Banderaló.

A LOS NIÑOS DEBE ENSEÑARSELES A COMER DESDE SU MAS TIERNA EDAD. UN NIÑO QUE EMPIEZA A COMER MAL, LUEGO SERA DIFICIL CORREGIRLE, Y YA SE SABE QUE NO HAY COSA DE PEOR EFECTO QUE VER A UN NIÑO QUE NO GUARDA LA DEBIDA COMPOSTURA EN LA MESA. DEBEN TENER ESTO MUY PRESENTE TODAS LAS MADRES, A CUYO CARGO ESTA LA EDUCACION DE SUS HIJOS.

Más sobre juegos inconvenientes



Hemos dicho en muchas ocasiones que hay juegos y juegos; que es deber de todos los padres seleccionárselos y vigilárselos. Sobre todo, que no debe permitírseles jugar en la calle, que es donde aprenden las cosas malas y en donde corren toda suerte de peligros.

Pero, a pesar de todo cuanto se dice y se intenta, tanto por intermedio de la prensa como por parte de las autoridades, no se consigue que el juego callejero decrezca, sino que por el contrario se ve cada vez mayor número de niños no ya jugando, sino haciendo toda suerte de travesuras en la vía pública.

Entre los juegos que siempre hemos combatido está este que los chicos suelen llamar "media luna", y que por cierto no puede ser más condenable, por cuanto al practicarlo los niños, dan pruebas de su poco juicio.

No es, repetimos, la única misión de los padres dar de comer y vestir a sus hijos. Su educación es tan primordial como el pan y el vestido. Un niño con malos hábitos, callejero, sin apego al hogar, no puede ser útil el día de mañana, cuando ya sea hombre, y todo porque ha empezado a vivir su vida en la calle, sin control y sin temores.

LOS MORETONES

Sí, señora, hay medios de hacer desaparecer de la piel esas manchas azuladas producidas por los golpes, y que se conocen vulgarmente con el nombre de "moretones". Para ello basta con frotarse con trementina la parte que ha sido afectada. En seguida desaparecerán las señales.

Cdo. a "Subscriptora antigua", de Curuzú Cuatiá.

PARA EL ARDOR DE LAS PICADURAS

Como usted podrá ver, siempre que nos es posible damos remedios caseros o por lo menos de fácil preparación, y de poco costo.

Para el caso que usted nos cita, del ardor que suele dejar la picadura de los insectos, puede usted combatirlo con muy buen resultado mediante un poco de ceniza de cigarro y unas gotas de agua, cosas que se aplicarán sobre la picadura.

Cdo. a "Leonina", de Mercedes (Bs. Aires).

PARA COMBATIR LA CASPA QUE ACOMPAÑA A LA SEBORREA

He aquí la fórmula que usted nos pide:

Benzonaftol	20 gramos
Ron	100 "
Alcohol	280 "
Agua de azahar	100 "
Agua destilada	400 "
Glicerina	100 "
Esencia de bergamota	1 "
Esencia de rosas	0,5 "
Esencia de menta	2 gotas

Aunque no nos lo pregunta, le recordamos que debe suprimir las substancias grasas en la comida, y hacer un tratamiento local a base de jabón de azufre

Cdo. a "Matilde R.", de Arroyito (Rosario).

TODA MADRE, MIENTRAS POR UNA RAZON DE FUERZA MAYOR NO SE VEA OBLIGADA A DAR SU HIJITO A CRIAR AFUERA, DEBE HACERLO POR SI MISMA. NINGUN NIÑO DEBERIA SER CRIADO EN SU PRIMERA EDAD POR OTRA PERSONA QUE SU PROPIA MADRE, SALVO EN LOS CASOS, COMO YA HEMOS DICHO, DE FUERZA MAYOR, PORQUE NADIE PUEDE PRODIGARLE LOS CUIDADOS DE UNA VERDADERA MADRE.

PECAS

Puede usted combatir las pecas y las manchas de su rostro, mediante la siguiente loción, que se recomienda muy especialmente:

Almendras amargas	*15 gramos*
Agua destilada de azahar	*30 "*
Agua destilada de rosas	*125 "*
Cloruro de amonio	*2 "*
Tintura de benjuí	*4 "*

Cdo. a "Rosita", de Salta.

CALAMBRES

Hay, en efecto, muchas personas que suelen sufrir de calambres en los pies, a causa del mucho caminar. Los fuertes dolores que ellos producen se combaten de la manera más sencilla: esto es, cambiando la postura del pie o apoyándolo sobre el suelo frío. Pero cuando el ataque, por ser demasiado fuerte, no cede, entonces debe extenderse la pierna y frotarse con todas las fuerzas posibles el nudo que se ha formado como consecuencia de la contracción muscular.

Al cabo de sólo unos minutos el dolor cederá; pero asimismo es necesario continuar aún frotando con suavidad. Hecho esto se vendará la pierna y se guardará un rato de reposo.

Pásele esta receta a su esposo, y hágala ensayar.

Cdo. a "Chinita", de Arroyito Seco.

El AIRE y el SOL son INDISPENSABLES para la BUENA SALUD

Las cenizas del parejero

(Continuación de la página 11)

mente consagrada al lado de su padre, un labrador valenciano, de quien heredó su temple moral recio e indoblegable y su gran amor al sol, al día, a la vida, a las flores, a los pájaros y a las plantas. Amaba con ternura casi inconsciente a su mujer y — por sobre todas las cosas — amaba tiernamente a su lindísima hija de diez y ocho años, Rosalía, hermosa, sencilla y pura como la mejor flor de su jardín, como la mejor fruta de su huerta.

Toda la vida de don Fasael estaba en esas pocas cosas: su corta familia, su jardín, su huerta, su montecito frutal, selecto y pródigo, y su retacito de campo, alto, parejo y abundante de buen pasto, en el que criaba las animalitos de que vivía.

Fuera de esto, el mundo exterior significaba bien poco para él. Por eso, siempre se le veía "escarbando la tierra como los grillos", según el gráfico saludo de don Venancio.

—Tiene razón, compadre — había dicho éste, agregando: — Pero, ¿qué gusto le halla a estar todito el día güeltas pa'cá, güeltas pa' allá en la quinta? ¿O de no, dele y dele con la pala, la azada o el rastrillo?

—La tierra y las plantas conocen las manos que las tocan. Son como las mujeres: les gusta que las mimen y las acaricien..., sólo así se güelven generosas y desinteresadas...

—No digo que no... Pero no paga la pena tanto afán sobre lo mesmo...

—Quizá... Pero cuando le regalo una bolsa de choclos recién cortaos, compadre, en su casa se comen hasta las chalas.

—Sí... De cuando en cuando, a todos nos gustan esas golosinas...

—¿Golosinas?... ¡Alimento, compadre! ¡Y alimento sano y de primera juerza!

—Güeno: v'iá tirar pa lo que vengo... Siquiera una vez habríamos de verlo por áhi, mezclado con los amigos, pa cambiar de lugar y distráirse un poco...

—Los amigos no me distrain. Más bien me cansan y me aburren; prefiero quedarme aquí, ladiao de jaranas y jugadas...

—¡Bah!... La vida entera es una eterna jugada... El amor .., el trabajo, y hasta los mesmos hijos, son números de una jugada: se larga un hijo al mundo como se larga una taba al aire... sin saber ni ánde ni cómo va a cáir...

—Eso... asigún sea el espesor de la sangre que le corra bajo el cuero, compadre... Los hijos se van haciendo al color y a la laya de lo que van mamando... En la jugada de los hijos hay mucha menos casualidá que en la de la taba...

En ese preciso momento pasaban por la calle los hijos de don Venancio llevando de tiro un parejero.

Juan Pedro, el mayor, saludó a don Fasael con mucho respeto y humildad.

Por los ojos de don Venancio cruzó una ráfaga de orgullo y de plena satisfacción al verse frente a sus dos hijos y al parejero aquel que parecía salido de una litografía.

En cambio, a don Fasael le brillaron los ojos de rabia y un temblor de reprimida indignación atravesó su rostro.

—¡Es el veneno! — murmuró, apretando los dientes.

Don Venancio dió un poco de espacio al desahogo de su compadre, y al rato dijo:

—Güeno..., he venido derecho a invitarlo pa una diversión.

—¿Diversión?

—¡Sí, pué!

—¿Asunto de...?

—Y... ¿no sabe?... Güeno, ¡usté qué va saber, si no levanta cabeza de'ntre los repollos y las cebollas!... ¡Hemos ganao!

—¿Ganao?... ¿Qué cosa?

—¡Las elesiones, pué!

—Y... ¿por ganar nomás ya están queriendo "divertirse"?

—¡Hay que festejar el triunfo!

—Pa mí, que con sólo ganar elesiones no es ningún triunfo...

— Pero, ¿cómo no, compadre? . . . ¡Áhura mandamos nosotros!

— Y... ¿por sólo tener mando ya van a festejarlo?... ¿Por qué más bien no esperan hasta el final?

— ¿El final de qué?

—Del mando.

— ¡Linda gracia!... ¿Y de qué serviría eso?... ¿Después del burro muerto, como dicen...?

Luego de un momento de silencio, don Fasael dijo muy lenta y meditadamente:

— Yo primero preparo la tierra; después elijo la semilla, bien eligidita; en seguida siembro con mucho cuidao; luego vigilo la germinación y el reviente de los brotos; más tarde limpeo de malezas y cizañas el terreno, y resiembro en los claros que haigan quedao, y allá pal final, si el risultao es güeno, rición dentro a festejarlo... Es cosa de poco juicio el festejo adelantao...

— A más hay que quedar bien con don Emiliano... Usté sabe, compadre: en cualisquier güelta, el día menos pensao, ¡vaya a saber lo que puede sucederle a uno! Y siempre es güeno contar con un palenque seguro pal caso. ¿No le parece?

Agachó la cabeza don Fasael, meditó un instante y en seguida contestó:

— Hace años, aquí, en mi chacra, cundían yuyos dañinos que apestaban la tierra, mermando las sementeras... Una noche lo pensé bien: al día siguiente me puse a arrancarlos de raiz, uno por uno, hasta que los acabé a toditos. Hice con ellos una parva y le prendí fuego... Dende entonces la sementera crece tranquila, limpia y alegre, porque... no habiendo yuyos dañinos no hay por qué andar con miedo ni con precauciones...

— ¿Así que no nos acompaña, compadre?

— Quiero trasplantar este almácigo antes de que crezca la luna... pa que no se me vaya en vicio...

— Ta güeno... Hasta luego entonce...

— ¡Ta luego, compadre! ¡Que se divierta!

Dió las gracias con la cabeza don Venancio y reinició el trotecito perezoso de su zaino hacia el lugar donde se celebraba ese día el festejo del último triunfo electoral de don Emiliano, el caudillo indiscutido del pago: comilonas, beberaje, carreras, taba, naipes, y algún que otro tajo por la barriga de los discutidores más irreducibles.

....

Casi a boca de noche, don Fasel, su esposa y su hijita, bajo el corredor, preparaban el apetito con unos cimarrones, cuando vieron pasar de regreso para sus casas a don Venancio, sus dos hijos y el parejero. Volvían lentos y silenciosos...

II

— ¡No pican!

Pulsó de nuevo la cañita. El hilo, al moverse, originó pequeños círculos concéntricos en el agua. Un minuto después la superficie volvió a quedar inmóvil.

— ¡No pican! — se repitió Juan Pedro. — Y otra vez empezaron a moverse sus pensamientos tal como se había movido el agua: abriéndose en círculos cuyo centro invisible era "ella".

Ella, Rosalía, la hermosísima hija de don Fasael, tan linda, tan llena de lozanía y juventud; "más dulce y más suave que una flor de "no me olvides"... Él la amaba con amor acrecentado día por día, desde las horas de su infancia, y sentíase amado por ella, con la plena seguridad de su alma gaucha, lisa y firme. Entrecerraba los ojos e inmediatamente una suavísima y gozosa laxitud le envolvía todo el ser, como en un baño de gloria imposible.

Hasta allí su vida había sido semejante a aquella porción de agua mansa, apartada del cauce bravío y turbulento, semidormida en ese redondel de la orilla que él llamaba "la oreja del arroyo", donde se refugiaban mojarritas y pejerreyes en abundancia, y donde, en su mayor juventud, pasó las horas domingueras, entregado a ese raro entusiasmo, pasivo y silencioso, de los pescadores de caña.

Pero ese día, para Juan Pedro, la

(Continúa en la página 19)

La bella gitana de voz extraordinaria tiene la suerte de conocer a un cantante que le ofrece su protección para hacer de ella una gran artista. Pero se convierte en...

La desertora

...de su tribu, que no la perdona y la sigue como su propia sombra para pedirle cuenta de lo que considera una traición.



REVESTIDA con anillos y zarcillos de colores que aureolan el atavío de su tribu de Bohemia, hace unos días que Mitkalencia, la bella gitana de ojos deslumbrantes, muestra su figura adolescente por las anchurosas calles de ese barrio metropolitano, casi opulento, cuyos jardines llegan hasta la acera en una suave pendiente que se inicia en los cimientos de elegantes chalets. Casi siempre se adelanta a sus dos compañeras que de puerta en puerta ofrecen desenmascarar el destino mostrando su cara grotesca o risueña. Y cuando la agorería que pregonan se borra en la indiferencia, reemplazan el insistente ruego con imprecaciones de indigencia hasta lograr satisfacer la avidez de la limosna. Mitkalencia, aunque también está modelada en aquellos hábitos, prefiere alejarse del grupo, conquistando su ánimo con esa pequeña independencia un contento alborozado, juvenil e inquieto. Sus ojos buscan encontrar en las cosas un contacto de felicidad que haga acelerar emocionado el ritmo de su corazón, y camina con alarde de graciosa coquetería. Es tan simpática, que nadie se niega a que sus ojos seductores lean la buenaventura en las líneas de la mano. Pero el interés de los que la conocen no estriba en esa burda quiromancia, sino en la atracción cautivante de su melodiosa voz, que canta con apasionamiento motivos de su raza milenaria.

La gitanilla ha descubierto que su voz hace el milagro de que la gente que la escucha se acerque a ella sin la glacial prevención que advierte en otras oportunidades, en que ofrece al público sus pruebas de prestidigitación. El canto humaniza los sentimientos. Y esa simpatía que ve reflejada en los semblantes quisiera tenerla siempre delante de sus ojos, salpicados de todas aquellas luces dispersas de su vagar sin rumbo que han puesto en ellos el sortilegio de un embrujo aventurero. Pero el rumor subconsciente de la prédica del campamento anula ese deseo, y recuerda que todo eso debe olvidarlo para dar preferencia a la ambiciosa recompensa del dinero. Al apagar en su garganta las últimas notas, alarga la mano, y junto con las monedas recogidas la sumerge sonriente en el bolsón de su ampulosa pollera floreada.

Mientras se aleja, agita en el aire la pandereta, que parece subrayar su temperamento lírico despertando en las pupilas que la contemplan el misterio que la fantasía forja de sus costumbres ancestrales, y medrosas, ven recubrir la silueta ya lejana con una túnica de hechicería.

Don Giovanni Galuccio, que una tarde había escuchado la voz de la muchacha, quedando gratamente sorprendido, deambulaba en ese instante, entre las flores de su bien cuidado jardín, cuando hizo sonar la campanilla de la verja la jovencita gitana.

—Señor, ¿quiere que le adivine la suerte?

—¿Para qué, hijita? ¡Ya soy tan viejo! — respondió bondadosamente el anciano.

Y al recobrar por completo el dominio de la realidad, reconoció a la cantante vagabunda. Se dirigió sonriente al encuentro de ella, y agregó, al propio tiempo que abría la puerta de hierro:

—Yo desearía que cantases... Tienes una voz muy dulce. Puedes entrar.

Y acompañaba las palabras con ademanes bondadosos. La joven, frente a él, cristalizó en los labios la animosa sonrisa y se sonrojó, sin poder evitar que la sangre siguiera coloreando sus mejillas. Era la primera vez que se turbaba al oír una ponderación tan franca de su voz; pero rápidamente se serenó. A pesar de sus pocos años y por la experiencia recogida en las numerosas ciudades y pueblos que recorrió, sabía leer en el semblante mejor que en la palma de la mano. La fisonomía de ese hombre, al pedirle que cantara, tuvo la elocuencia de fascinar la sensibilidad esquiva de su espíritu. Vió tanto cariño hermano en los ojos del viejo, que se propuso complacerlo olvidando la avidez mercantil que pregonaba el jefe de la tribu; pero instintivamente en aquel trance le socorrió el arraigado atavismo de ambición, y musitó, aprovechando el interés vehemente del desconocido que había vuelto a renovar su ruego:

—Hay que pagar, señor... Sólo así cantaré.

—Bien, toma — replicó Giovanni, entregando a la moza un billete, a la vez que se hacía menos violenta la palidez de su rostro.

Y Mitkalencia cantó romanzas nostálgicas, melodiosas e incoherentes de su raza, acompañándose con música sugestiva.

Las otras mujeres que la seguían se acercaron, deteniéndose en la puerta, y miraron con curiosidad, alzando las manos con instintivo ademán pordiosero. Dijeron en su dialecto algunas palabras a la joven, y como no les hiciera caso, alzando la voz entraron en el jardín y se la llevaron a empujones. Cuando la gitanilla, en la calle, les mostró el codiciado billete, sonrieron con labios torpes, moviendo la cabeza recubierta con pañolón de colores violentos, queriendo desagraviar al sorprendido anciano. Éste, que ya había disculpado la grosería de las impertinentes, dejó escapar de los labios una inflexión apenada de voz:

—¡Se va!... ¿Volverá mañana?

Y el antiguo cantante de ópera ya retirado del teatro subió la escalera de mármol impresionado por la voz que acababa de escuchar, convencido de que si la gitana cultivase ese don de la naturaleza, llegaría a ser una maravilla del arte lírico. Buscó por las habitaciones a su esposa, y animándose junto a ella, elogió a la cantora, la cual — vaticinó — llegaría a ser una gran diva si tenía la buena suerte de encontrar quien

NOVELA CORTA Por ANIBAL RAVAGNAN



guiara sus pasos. Poco después entró en la biblioteca sin que lo abandonara aquella idea; allí, rodeado de los trofeos de su carrera artística, se sentó en una butaca y meditó envuelto en el silencio. De vez en cuando, su mutismo era estremecido por una duda:

—¿Volverá?... ¿Volverá?

Fué entonces cuando decidió ofrecer a la gitana su tutela artística. Él le enseñaría el camino del arte. Gilda, su compañera, entró, descorriendo la cortina de felpa, y al verlo inmergido en un éxtasis le habló:

—Giovanni, supongo que es la gitana la causa de esa preocupación, dado tu temperamento impresionable.

El viejo barítono la miró con mirada larga, como si quisiera que sus pensamientos llegaran a su cerebro sin necesidad de palabras. Ella volvió a insistir:

—Has tomado con mucho brío un asunto que no debe inquietarte; si tiene buena voz, ya tendrá oportunidad de que alguien la ayude.

—¿Y te parece bien que ese "alguien" haga lo que tú me sugieres?

Giovanni se recostó en la butaca y siguió mirando a su esposa, pero su mirada resbalaba sobre el gesto de inquietud que ella había adoptado, dando un ligero matiz de energía a los todavía irresolutos vestigios de su excepcional belleza, que aún no la abandonaba a pesar del avance impetuoso de los años, y se concentraron en la evocación de los albores de su carrera de cantante. ¿Qué hubiera sido de él — pensaba — si aquel pobre maestro, que no ganaba lo indispensable para vivir, no le hubiese enseñado gratuitamente? A él ahora le había llegado el momento de manifestar su generosidad ayudando en sus primeros pasos a la desheredada cantora.

—Pero, por lo visto — agregó de nuevo, — tus ojos están ciegos...

—¿Por qué lo dices?

—No has reparado en que esa... chicuela, porque no se le puede decir otra cosa, es una gitana; pertenece a una raza de vagabundos que hoy están aquí y mañana en el Ecuador...

—¿Y eso qué tiene? ¿Por eso dejaremos de ayudarla?

—¿Cómo ayudarla? Lo harás tú si tanto te interesas.

—Y tú también — afirmó con voz cargada de convicción. — Llegado ese trance, serás mi colaboradora. No, Gilda, no me mires así. Todos, grandes y pequeños, tuvimos en el comienzo de nuestra evolución artística la mano amiga que nos ayudó a subir; olvidarse de ello es tener un alma muy mezquina.

—¡Bien! Si quieres que te regale el oído, volveré a darte las gracias.

—¡Mujer, no es eso!... Yo llegué a a hacer de ti una eximia bailarina... Está bien. Reconoces ese pequeño favor; lo has reconocido siempre. Tu alma, ¡vaya si la conozco!, es tan grande, que después de mi vocación lírica ha sido el complemento necesario de mi vida. Tu amor hizo que yo adorase la existencia y que me aferrase a ella como un pulpo para no perderte.

—Palabritas... Cuando tuve veinte años, esas u otras parecidas me ablandaban, parecían tener otro significado; hoy me suenan a fórmulas galantes.

—Mira: si ya no estuvieras tan vieja, me pondría celoso..

—¿Vieja? Eso es lo que tú quisieras.

—¡Ja, ja, ja!...

Y durante algunos segundos siguió oyéndose esa risa que era más cariñosa que burlesca; y para transparentar la intención, Giovanni alargó los brazos y envolvió en ellos a su compañera, besándola en la frente. La retuvo contra su pecho, y muy cerca de los hilos de plata de su cabellera entonó en voz baja una sentimental romanza. Al finalizar ésta, la tomó de las manos, y aprisionando en los suyos la mirada de sus ojos buenos, le rogó:

—Cuento contigo, ¿verdad?

Gilda, dulcemente, reconquistada, le contestó con todo afecto:

—Sí... Pero no nos hagamos muchas ilusiones. A lo mejor, la gitanería llega a esta casa, la invade hasta el último rincón y como una horda bárbara nos ahorca.

Giovanni rió.

—Tengo un plan. Lo indispensable es que ella vuelva.

—¿Le diste bastante dinero?

—Algo.

—Entonces, volverá.

—No creas. ¿Por qué piensas eso?

—¡Bah! El alma de esa gente es el dinero...

—No diré que no, pero ella ¿qué culpa tiene si la han educado así? Oye, Gilda: tanta fe tengo en esa voz, que me parece que por ese motivo tiene que ser distinta a las otras mujeres de su casta.

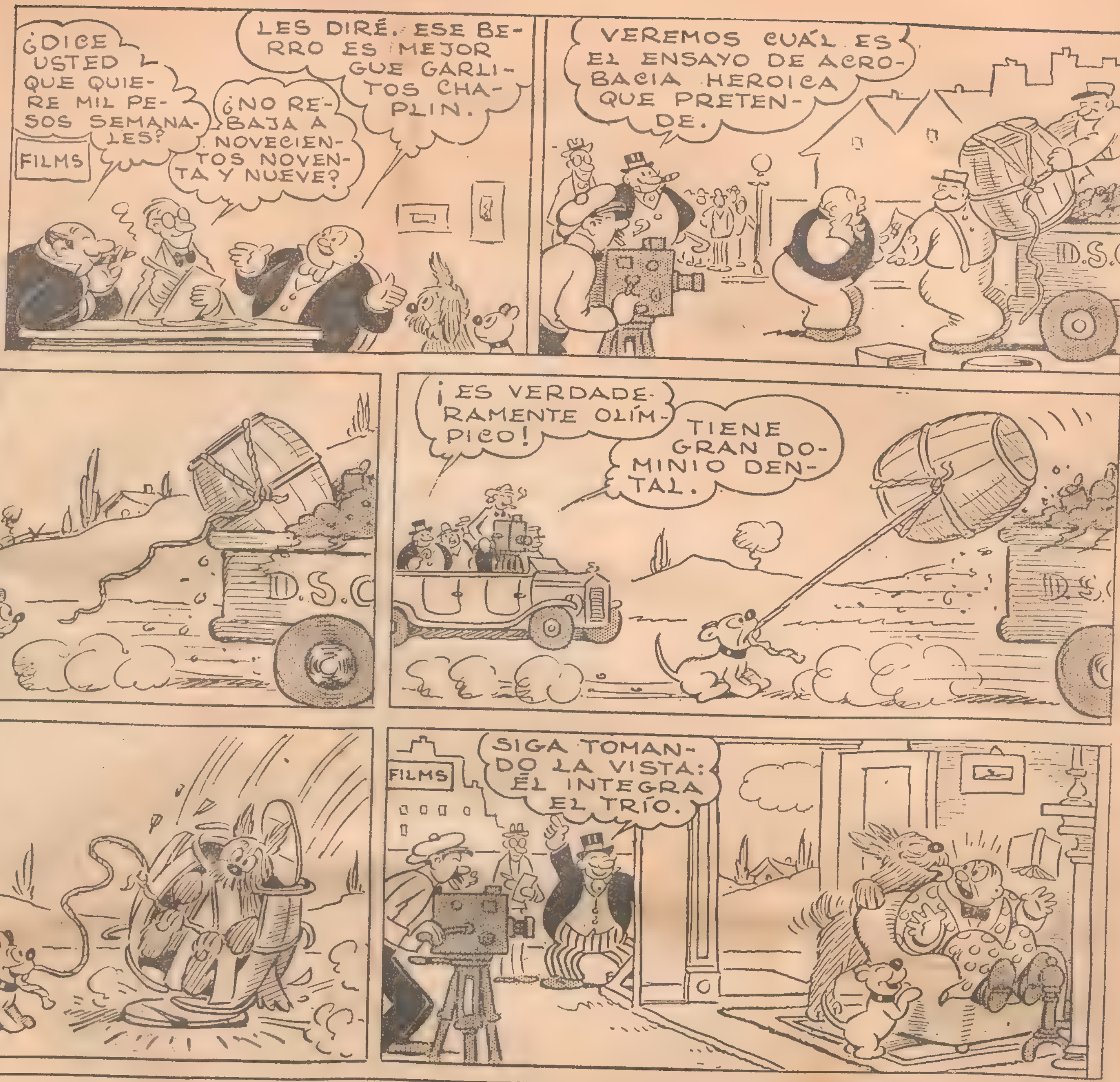
—Sería una felicidad más para la joven. ¿Y cuál es tu plan?

—Separarla de su gente. Convencerla de que así lo haga.

—¡Oh! Eso es imposible. Ellos la buscarían por todas partes hasta encontrarla. Son nómades y conocen los rincones de la tierra como nosotros esta casa.

(Continúa en la pág. siguiente)

DON PÁNFILO Y SU PERRO ADOLFO



—Durante un tiempo la ocultaríamos.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¡Giovanni, has perdido el juicio! ¿Cómo pretendes complicarte la vida en semejante forma?

—¡No es para tanto!... La llevaríamos al campo. De aquí allá la distancia no es mucha; en nuestro auto podríamos realizar el traslado. Pero ¡qué decimos! ¿Y si ella se resiste? ¡Oh! No; si tiene alma de artista, accederá.

—¡Quién sabe!

—Si vuelve, estoy seguro de convencerla. La escena mundial no puede perder tamaña esperanza.

Un criado apareció junto a la cortina, cuyas argollas, al chocar, hicieron un sonido metálico, y anunció:

—La comida está servida.

El billete de don Giovanni fué como un imán. Muy de mañana, Mitkalencia volvió a aparecer por aquel barrio de apariencia deslumbrante y con pasos ligeros llegó hasta la puerta de la regia mansión. Había logrado acercarse sola, despistando a sus compañeras. Sus ademanes eran nerviosos y constantemente miraba a todas direcciones, temerosa de ser descubierta. Su dedo fino oprimió ansioso el botón de la campanilla. No se estaba quieta. Subía y bajaba el escalón de mármol de la puerta, contemplando las puntas de sus zapatos. Su rostro se cubrió de alegría cuando, al observar al criado que se acercaba, vió aparecer en la terraza la simpática figura del generoso anciano. Éste, desde arriba, visiblemente nervioso, gritó:

—¡Giácomo! Déjala pasar en seguida.

—Pase, signorina.

La joven, con ese desenfadado dominio de los que no conocen protocolos sociales, avanzó en dirección a la puerta del "hall", donde ya sonriente la esperaba el cantante, apareciendo seguidamente el rostro de Gilda, que a la distancia recuperaba gran parte de la belleza que le habían ido desdibujando los años.

—Por aquí... ¡Qué bien ha hecho en venir!

—¡Buen día! —exclamó la gitana, dando a las palabras ese sonido que se adquiere con el indistinto uso de otros idiomas. Y se acercó a ellos riendo ampliamente y haciendo sonar contra su muslo las sonajas de la pandereta.

—Adelante. Veo que se levanta temprano.

—Antes que salga el sol.

—Y ya cantas a esa hora, ¿verdad? —preguntó, seguro de no equivocarse.

—Junto con los pajarillos.

Giovanni, con el rostro iluminado de satisfacción, miró a su esposa, diciéndole por lo bajo:

—¿Has oído, Gilda? Estoy contento. Es artista. ¿Has visto? La hora, el influjo mañanero... ¡Como los pájaros! ¡Tiene alma de artista!

—No te ilusiones mucho, Giovanni.

—Viene a cantar, ¿verdad? —le dijo adelantando en el tono de la voz la satisfacción que lo dominaba.

—Sí. —Y al confirmar el propósito que allí la había llevado, se animó el brillo de sus bellos ojos, que fulguraron con avara ambición. —Pero también quiero que me dé dinero...

—Sí; no te faltará.

—¿Has visto, Giovanni? Piensa sólo en eso —interrumpió a media voz su compañera. Y en igual tono, con disimulo, repuso él:

—Naturalmente; ¿qué te figuras? El trabajo será penoso; esa voz habrá que transportarla a una mujer enteramente nueva. ¿Me entiendes? —Y acercándose nuevamente a la joven, agregó: —Señorita, lleguemos hasta el piano; yo intentaré acompañarla asimilando el motivo de la música que usted elija.

—Pase, joven —dijo la dueña de casa, contagiada de la alegría y optimismo que derrochaba el artista. Y sus dedos suavemente se posaron en el hombro de la gitanilla, empujándola hacia el interior.

Al hallarse en medio del aposento, el desparpajo de Mitkalencia se sobrecogió, anonadada por tanta belleza decorativa.

—Bien —dijo el admirador del futuro prodigio, a la vez que sus dedos recorrían el teclado del piano, —cuando usted quiera.

Al observar que ella no se decidía a empezar sin golpear la pandereta, con un gesto sonriente, agregó:

—Sí; pégale todo lo que se te ocurra. Yo trataré de imitarla. —Y la voz armoniosa de la gitana invadió el ámbito, haciendo más acelerado el ritmo del corazón de los viejos artistas.

Cantó con entusiamo, salpicando la letra con muchas palabras incorporadas en su andar incesante. Repitió dos o tres canciones. Giovanni, temeroso de cansarla, dió por terminada la audición de ese día. De su billetera extrajo varios billetes y los puso en la mano de la joven, la cual no pudo ocultar el interés, fijando en la palma abierta los ojos sorprendidos y exclamando con ahogo de emoción:

—¡Cuánto dinero! ¡Cuánto!...

—Y tendrás mucho más —dijo el artista, disfrazando la vehemencia de su voz que deseaba arrastrar cuanto antes el temerario proyecto. Tendrás mucho más —repitió.

La gitana lo miraba con incrédula sonrisa.

—Eso estaría muy bonito, pero por ser tan lindo no lo creo...

—No, joven —intervino doña Gilda. —Si usted educara esa voz, llegaría a ser una gran artista.

—¿Yo en el teatro?

—Sí —afirmó con un ligero temblor en la voz el viejo cantante. —¡Teatro, y del mejor!

—Si aprende el canto — volvió a subrayar la esposa de don Giovanni, —tendrá muchas riquezas.

—¿Y quién sería mi maestro?

—¡Yo! — contestó con énfasis el gran cantante de otras épocas inolvidables. —Yo, que he recorrido el mundo haciendo oír en las grandes ciudades mi voz de barítono y dejando en todas ellas partículas de mi alma. Yo le enseñaré... Yo he descubierto su voz. Bien dirigida, conocerá la sonrisa de la gloria.

Y desde aquel día siguió yendo Mitkalencia a la casa de su maestro, tratando siempre de mantener oculto el secreto de su enseñanza lírica y despo-

jándose cada vez más de la cobardía que aún no le permitía abandonar a sus paisanos. El buen tino de don Giovanni había abierto ante los ojos de la deslumbrada muchacha la amplia ventana de una vida brillante. Y por las noches, al dormirse en la carpa del campamento, soñaba con los esplendores de ese mundo distinto del suyo, como lo hacen los niños con las hadas de los cuentos que acaban de oír. Pero por las mañanas, al levantarse, se consideraba prisionera de una fuerza atávica que no la dejaba huir. Sin embargo, junto a los viejos lograba conquistar una entereza capaz de afrontar cualquier peligro, y hasta creía tener el ánimo necesario para poder abandonar a los seres que la criaron al perder ella los padres, cuando pretendieron desalojarlos de una aldea finlandesa.

Esa mañana, después de saludar, don Giovanni le preguntó:

—¿Y hoy te quedas con nosotros?

Mitkalencia no contestó.

—Por la ropa no te preocupes; ya la tengo preparada —dijo la esposa del maestro.—Ya sabes que tienes que vestir a nuestra usanza.

—Siempre que pueda fugarme...

—Si no lo haces, pierdes tu dicha, todo... —murmuró apenado don Giovanni.

—Tengo miedo al jefe. Un hombre de otra tribu está juntando dinero para casarse conmigo...

—¿Tú lo amas?

—No.

—Entonces no debes temer.

—¿Y cómo te vas a casar con él si no lo quieres? —preguntó doña Gilda.

—Él me compra.

—¡Ah! Es verdad; cuando el novio es de otra tribu debe pagar. Es cuestión de costumbres. Pero por eso no te preocupes; de aquí nos vamos a Europa. Ellos quedarán en América. Nosotros allá. ¿Qué te parece?

—¡Muy bonito! —Y el rostro de la gitana se contrajo en una franca sonrisa.

Poco después la voz melodiosa y diáfana, que transparentaba una exquisita ternura, se elevaba entre las notas del piano.

Hacía una quincena que estaban alojados en un hotel principal de Milán.

Giovanni Galuccio, al llegar a su patria, fué saludado con grandes muestras de simpatía por la prensa en general. Los rotativos más caracterizados publicaron el retrato suyo, señalando con adjetivos laudatorios la órbita de sus triunfos más resonantes.

El artista, delante de la ventana de su departamento, mostraba a Mitkalencia el grabado que reproducía la famosa caracterización del personaje de una de las más aplaudidas obras de su repertorio. Sus ojos, húmedos de emoción, buscaron los de la alumna, y le dijo:

—Tú heredarás estos éxitos si pones en ello todo el fuego de tu sentimiento.

A los pocos meses de esta escena se le presentó a Mitkalencia la oportunidad de complacer a su maestro debutando con un papel secundario, logrando un éxito aclamatorio y unánime. A raíz de esa nota sensacional de arte volvieron a ocuparse los periódicos de Giovanni Galuccio, atribuyendo en gran parte el triunfo de la nueva cantante a la labor tenaz del famoso barítono. Y a renglón seguido manifestaban la historia de la gitana. Inmediatamente se le dieron los principales papeles. El público fué sugestionado por la elasticidad de su voz cálida y maravillosa y la gallardía de su esbelta figura. Cuando los reflectores iluminaban el proscenio, su rostro se destacaba, en la palidez del aletazo luminoso, sublimizado por rasgos fascinantes en que refulgían los ojos como magos de sutiles ensueños.

La aureola del triunfo que rodeó su nombre fué rápidamente dilatándose en el espacio, llegando el eco glorioso a todos los rincones del orbe.

Estuvo dos años en Nueva York, y de allí, siempre aclamada, el maestro la trajo a Buenos Aires con un buen contrato.

Una noche dos gitanos llegaron hasta su camarín. Para que en esa entrevista solicitada de antemano no hubiese extraños, don Giovanni y su esposa la dejaron sola y esperaron amedrentados, deambulando por el escenario donde desarmaban las decoraciones los maquinistas. Cuando se alejaron los visitantes, ellos corrieron a su lado.

—¿Qué ocurre, Mitka?

—¿Qué quieren, hija?

—¡Que lo sacrifique todo! ¡Me debo a ellos! En la tribu nadie me ha perdonado...

—¡Pero es ridículo pretender semejante iniquidad!

—Es lo que yo les contesté...

—¿Y qué dijeron, hija mía?

—Que el patriarca había dictado sentencia: debía seguirlos. Debo volver al campamento.

—¿Y tú?

—Les dije que no... ¡Ah, pero volverán!... ¡Volverán hasta lograr su propósito!

Mitkalencia, con la cabeza entre las manos, se dejó caer abatida en un sillón.

—No te aflijas. Tú eres mayor de edad. Nuestras leyes te protegen; con oponerte está el asunto terminado.

—Pero las leyes de mi raza también son terminantes. Me ordenan que vaya. No olvide, maestro, que ellos odian a los suyos...

—Esa gente tenaz —agregó doña Gilda— logrará sus malos propósitos.

—¡No, no iré! Ahora necesito descansar. Sus voces me han embrujado, sus reproches parece que hubieran despertado mi sangre de un dulce sueño que inunda mi cerebro de visiones. Quiero ahuyentar de mis ojos esas fantasías que ellos han hecho florecer para mortificarme y someterme a sus caprichos, y no puedo. Si no fuese tan fuerte de carácter, diría que me habían vencido.

—Vamos a casa, Mitka —propuso don Giovanni.— Descansa esta noche, y mañana tendrás más despejado el cerebro para tomar una determinación.

—Don Giovanni, esa determinación ya está tomada: la gloria de un escenario, la civilización con sus comodidades el cariño de ustedes, la simpatía de mis admiradores, no se reemplazan fácilmente con la carpa desmantelada y sucia y con el roce de mujeres que me culpan de traición y me odian.

Llorosa, con el rostro tapado con un velo y envuelta en su regio abrigo de piel, salió Mitkalencia del teatro acompañada de sus protectores.

El mutismo de los gitanos mantenía el ánimo de Mitkalencia en un continuo sobresalto. Ella sabía que a aquellos hombres nada los detenía y que cumplirían sus amenazas. Mientras tanto, transcurrían los días y nadie había vuelto a presentarse en el teatro.

Una mañana su sueño fué interrumpido por el ruido desacostumbrado del rodar de carros y bocinas de camiones, y todo ello acompañado por un canto isócrono típico de su raza. Se arrojó del lecho, y ocultando el rostro, miró a través de la ventana. Era la caravana de su gente en marcha. Se iban. El espectáculo se le antojó triste; pero más triste le pareció la canción. En su rostro creía ver clavada la mirada de toda aquella chusma. Sin embargo, nadie miró al pasar; parecían sombras que fueran conducidas por una mano invisible. Recostó la cabeza despeinada en la pared y lloró silenciosamente.

Desde aquella mañana Mitkalencia empezó a sentirse aliviada. La atmós-

(Continúa en la página 65)

Monogramas de estilo moderno

ENLACES CON LA LETRA B



Las cenizas del parejero

(Continuación de la página 13)

pesca era lo de menos. Otro gran motivo, mucho más imortante para él, lo había llevado hasta "la oreja del arroyo": quería reflexionar honda y aplomadamente sobre la situación en que se veía colocado. Quería dejar que, a favor del silencio y la paz de aquel querido rinconcito que tanto amó en su niñez, su espíritu se desprendiera de él, que se alejara en un vuelo sin obstáculos, que viajara libremente hasta un límite desconocido, y luego "sentirlo" retornar, cargado de experiencias y consejos.

— ¿Qué debía hacer ante las crudas e inexorables palabras de don Fasael?

Recordaba el ternísimo ruego de Rosalía:

— Hablálo a papá, Juan Pedro, para que todo salga por lo derecho... Así no podemos seguir... Así parecemos dos pecadores avergonzados... Yo quiero mostrar mi amor al sol y al cielo. De lo contrario, tendré que romperme el corazón para olvidarte.

— ¿Serías capaz?

—¡Ay! ¡No lo sé! ¡No me lo preguntés! — Y, luego de un momento de silencio, ella había agregado: — Las sombras atan las a l a s de nuestro amor... ¡Busquemos la luz para que crezca todo lo que pueda!

Y él se lo había prometido, a la vez que secaba una lágrima en las mejillas de aquel tesoro de dulzura y de bondad.

Recordaba también, con luminosa memoria, la entrevista con don Fasael: Rosalía lo había esperado en la tranquera, y, ardida en rubores, con los cachetes amapolados, lo precedió hasta donde se hallaba su padre. Él la había seguido, con el corazón agitado y las piernas vacilantes, por aquella callejuela de manzanos en plena floración que conocía muy bien desde su infancia por haberla recorrido mil veces, pero que en ese momento le pareció absolutamente nueva y extraña.

Don Fasael, tijera podadora en mano, cortaba las ramitas entrecruzadas del frutal y examinaba atentamente su tronco y ramazones mayores, tratando de descubrir algún foco parasitario.

—Papá, Juan Pedro quiere hablarte.

—¡Hola, muchacho! ¡Qué milagro!... ¿Qué andás haciendo?

— Ando... ando nomás, don Fasael...

— Ta güeno...

Se produjo un silencio apretador... ¡Ah! ¿Para qué había ido?... ¡Qué ganas de murmurar una excusa cualquiera y salir disparando, saltar sobre su alazán, que lo esperaba atado en el aromo de la tranquerita, y ganar campo afuera, sin volver la cara por dos o tres horas!... Pero ahí estaba Rosalía mirándolo con su par de ojos angustiados y su llamarada de rubores que le pintaban las carnes desde el pescuezo hasta la frente. Tenía que hablar algo, tenía que decir algo, y, por fin, dijo una simplicidad:

— ¡Qué lindo tablón de cebollas!...

Rosalía tembló. Se mordió los labios y cruzó los dedos crispados por delante de su falda. Aquella frase lo echaría todo a perder. Su padre no la perdonaría... Don Fasael lo había mirado fijamente un instante, para replicar en seguida:

— ¡Muchacho atrasao!... ¡Esos no son cebollas!... ¡Son ajos!

— ¡Ah, sí! Es verdá... pero es lo mismo.

—¡No! ¡Lo mismo no es, inorante!

Rosalía sintió que sus nervios la volteaban. Hizo una mueca que se esforzó por que pareciera una sonrisa.

— Ya vuelvo — dijo, y los dejó solos.

Él, entonces, sintió al mismo tiempo un alivio y una mayor gravitación de su entorpecimiento. Dió unos pasos, miró al cielo, en ese momento serenísimo y profundamente azul, volvió, apoyó las manos en el tronco de un manzano, miró sus flores, bajó la vista hasta el tablón de ajos, y sólo se le ocurrió otra simplicidad:

— ¡Qué pacencia pa ponerlos todos así, en fila, uno por uno!

Don Fasael sonrió, no sabía si con lástima o con malicia. No contestó nada. Siguió su tarea.

Pasó otro rato. Juan Pedro sentía que lo estrangulaba ese silencio pesadísimo y hostil. Buscando un desahogo, sólo atinó a encontrar otra ingenuidad:

— ¿Por qué la tierra de estos ajos es más blanca que la otra?

— Porque yo acostumbro a comerme las osamentas.

— ¿Eh?

— Eso blanco que se ve por arriba de la tierra es abono de cenizas. Yo junto todos los güesos de los animales que se me mueren en el campo o que carneo pal consumo; con esos güesos hago una pila, los quemo bien quemaditos, machaco las cenizas hasta que se hacen polvo y dispués las desparramo por sobre los ajos.

De un tirón arrancó uno, y mostrándoselo agregó:

— Y mirá vos: áhi tenés el risultao.

— ¡Qué lindo y qué grande!

— Tiene más de catorce dientes. Pero no sólo es grande, sino que es juerte, colorao y picante, como es de ley... ¿Querés probarlo?

Juan Pedro sonrió. Esas palabras parecieron darle coraje de golpe. No sabría explicárselo, pero al oírlas se le antojó que él también tenía que ser "juerte" como era de ley.

— Don Fasael, usté sabe... que yo... esteee..., que Rosalía..., yo..., ella...

— ¿Rosalía?... ¿Vos?... ¿Qué es eso?... ¡Hablá nomás!

— Nos andamos queriendo...

— ¿Verdá?

—Sí, don Fasael.

El viejo tiró lejos la cabeza de ajos que conservaba aún en sus manos, maneó la podadora, y clavando sus ojos de acero en los del muchacho, le dijo:

— Mirá, Juan Pedro: vos no sos de tan mala cría pa merecer a la Rosalía. Sos como esos carocitos que al acabarse el verano se quedan resagaos en las ramas más altas de la planta, hasta que los voltea el otoño, y dispués, al venir la primavera, revientan pa' arriba y se crían ande mesmo nacen... A veces crecen lindos, robustos y juerzudos, pero puera 'e la linia... Y entonces, pa que sirvan, hay que trasplantarlos a la fila, o de no, arrancarlos pal fuego...

Juan Pedro se quedó en suspenso. No alcanzaba el sentido exacto de semejante retórica. Lo único que se explicaba con claridad era que con esas palabras don Fasael lo desahuciaba. Y eso le causó una gran decepción.

— ¿No me comprendés?

— No, señor.

— ¿Vos desiás, verdaderamente, acomodar tu nido?

— Sí, señor.

— Y... ¿sabés bien lo que es eso?

— Yo me he criao en el nido que hicieron mis padres...

—¡Áhi está la cosa! De nido a nido hay diferiencia. Rosalía se ha criao en uno muy distinto al tuyo... No se han de avenir por eso...

— Pero... ¿por qué, don Fasael?

— Ella es flor de cultivo. Nació en un güerto. Su alma está hecha al aroma de los lirios y las rosas, a la canción de los pájaros, al vuelo de las mariposas, al trazo de las nubes... Ella se ha criao al calorcito de un nido muy dulce, muy suave, muy tibio... Al salir de él extrañaría y se moriría...

Enternecido hasta las lágrimas, Juan Pedro había tomado las dos manos del viejo, exclamando:

— ¡Yo la haré feliz!

— ¡No lo creo!... Mirá todo esto: aquí no hay riuniones de amigos, aquí no hay jaranas de boliche, ni jugadas, ni parejeros..., ¡ni nada!

Estas palabras fueron, al par que un reproche amargo y severo, una revelación explosiva. Recién sentía lo que era él íntimamente, mirado por ojos extraños, y recién comprendía cuán lejos estaba de Rosalía. Enrojeció hasta las orejas, y bajando los ojos, murmuró su dolorosa confesión:

— ¡Es verdá!

— Pero lo que más te separa — agregó don Fasael muy lentamente — es que no sabés distinguir los ajos de las cebollas...

En ese mismo momento llegaba Rosalía con un mate.

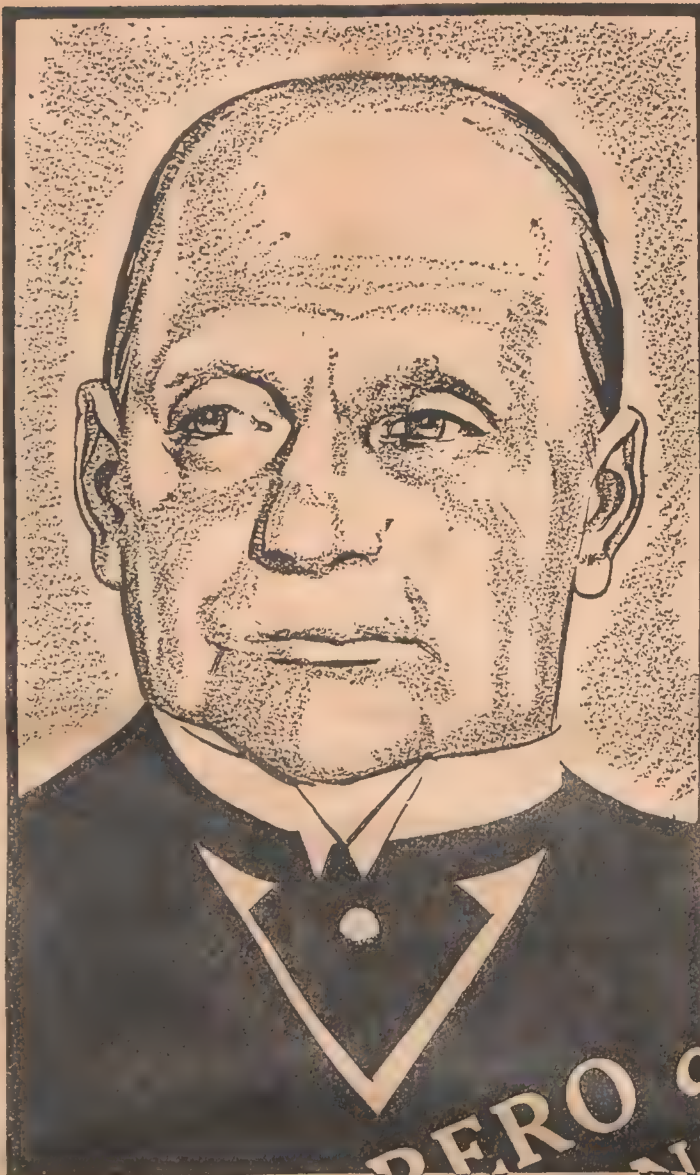
— Aquí la tenés — continuó el viejo. — Conozco la ley de la vida y no la reniego. Este es mi único tesoro sobre la

(Continúa en la página 60)

LA VIDA NOVELESCA de Sir JOSEPH ROBINSON

El CHACARERO que fundó una ciudad y se CONVIRTIO en "EL REY de los DIAMANTES"...

Por **Ismael Solari Amondarain**



Joseph Robinson, el rudo chacarero boer que, al correr del tiempo, se convirtió nada menos que en el por cierto envidiable sir Joseph Robinson.

BIOGRAFÍAS hay que parecen cuentos de hadas. Cuentos de hadas, inverosímiles. Pero que la vida nos depara de cuando en cuando, y para darnos de todo, como ojos fantasmagóricos guiñando realidades.

Joseph Robinson calca uno de esos seres que vienen al mundo para atravesar, de un solo impulso, cuanto imposible media entre el lugar común y la cumbre más inaccesible y codiciada. Y todo lo que pueda decirse de él, es que "nació bajo una buena estrella"...; un día cualquiera, del año 1840, en Orange, Sud África. Sus padres, unos modestísimos chacareros boers, por toda fortuna, poseían una choza en las cercanías de Maserú, un villorrio en formación, por ese entonces, y que hoy tiene unos 7.000 habitantes.

No era nada más que un niño de 12 años, cuando se quedó sin sus padres. Un cónsul grave, silencioso y también agricultor boer, se hizo cargo del muchacho y lo llevó con él.

Las tareas consulares eran tan exiguas como sus remuneraciones; de ahí que el representante de no sé qué país, se dedicara por entero a su chacra de Kimberley. Joseph Robinson trabajaba al igual que su patrón, sin que jamás, ni en sueños, vislumbrara la posibilidad de que, al correr de los años, había de convertirse en el "magnate máximo de los diamantes". Por el contrario, su vida se desarrollaba sencilla y monótona, y sus días apenas si los señalaban los progresos de la granja.

En medio de semejante soledad, la compañía del muchacho significaba más que algo para el apático cónsul, quien, por las noches, ocupaba un par de horas en enseñar a Joseph las primeras letras.

Un buen día comenzaron a llegar, cada vez con más insistencia, hasta los solitarios moradores de la chacra de Kimberley, noticias sobre los descubrimientos de diamantes a lo largo del río Vaal. Muy relativa debió haber sido la importancia que el muchacho daba a los descubrimientos, ya que su ignorancia no le permitía el "lujo" de codiciar un diamante. Pero las pláticas de su patrón, el cónsul, sobre los diamantes y el significado de su riqueza, abrieron sus ojos y despertaron en Robinson esa obsesión que pasó a ser, en lo sucesivo, el único fin de su vida.

No poseía acerca de diamantes más conocimientos que los muy relativos de su amo, y su imaginación ya gestaba grandes empresas, opíparas ganancias.

—¡Y pensar que del fondo del Vaal pueden salir más riquezas que las de todo el mundo!... —decía el cónsul.

—¿Y por qué no nos proponemos buscarlas? —replicaba, asombrado y resuelto, el joven Joseph.

—Es inútil. Imposible. Se necesitan técnicos y grandes maquinarias...

Estas palabras lejos de infundir desaliento y resignación, tonificaban los afanes alocados de Joseph Robinson. Soñaba con oro y diamantes; con riquezas infinitas, aunque jamás alcanzara a preguntarse qué haría con ellas. No sabía para qué, por no saber qué era; pero anhelaba ser rico. Sin llegar a prevenir la inversión, su ignorancia sólo incubaba la obtención. La obtención amplia y desbordante, como la demanda de todas las codicias.

Una mañana notó el cónsul que el muchacho había desaparecido, llevándose de su granja un "box-wagon", repleto de tabaco, tirado por bueyes. Al principio le martilló la idea de perseguirle y castigarle por el robo. Mas bien pronto reflexionó: "Yo mismo he sido el instigador; yo le desperté esas ansias; quizá, algún día, me pague con diamantes"...

A **paso de bueyes** llegó Robinson a las orillas del Vaal. Remontó sus costas cambiando tabaco por diamantes a los autóctonos pobladores de esas desoladas regiones. Pronto se quedó sin tabaco; pero ya había reunido una buena cantidad de diamantes. Los cosió entre sus ropas y se dirigió a Durbán (Port Natal), en cuyo puerto embarcó para Londres.

Le guiaba, pertinaz, el propósito de interesar a los banqueros del "Stock Echange", y obtener la financiación de sus proyectos diamantíferos. Esto es, adquirir terrenos en las inmediaciones de Kimberley, en las costas del Vaal, e iniciar un gran plan de explotaciones.

Los banqueros londinenses, a pesar de no desconocer la leyenda de Colón, no le hicieron caso, y le tomaron por un pobre loco. Los expertos de Rothschild condenaban la región como improductiva. "Un pobre desierto desolado", decía el informe técnico de éstos.

—¡Un Eldorado! —contestó altivo Robinson, y se despidió de los ventrudos banqueros y de la húmeda y pegajosa capital.

Había vendido en Londres bastante bien sus muestras de diamante; y desembarcó en Durbán, con una bolsita de libras esterlinas. Compró unas tierras en Grand-Fontein, donde se estableció en la medida de sus escasos recursos.

Sus grandes planes, su soñado consorcio con los magnates de las finanzas inglesas,

(Continúa en la página 50)



Vista parcial de la ciudad de Johannesbury, la más joven, más chica y más rica de la tierra, que fué fundada por sir Robinson.

Johannesburg, tal como era allá por el año 1889, cuando nadie se sospechaba que llegaría a ser la linda ciudad del presente.



DON FERMÍN

POR DANTE QUINTERNO



























CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING

★ **RONALD COLMAN** tiene 42 añitos. El dulce Ramón recibirá tu carta en **Metro Goldwyn Mayer Studios, Culver City, California.**

a **Rubia de cristal.**

★ Yo no creo que los esposos **Fairbanks-Crawford** vuelvan a reconciliarse, por cuanto él ya debe conocerla bien a **Joan**. Bien es cierto que al principio de la separación **Douglas** aflojó un poco, pero eso se explica. El muchacho se encontró solo de buenas a primeras y extrañó la compañía de la otra. Le pareció que allí todo acababa para él y que no había en el mundo otra mujer que **Joan**. Esto no es censurable, pues ya sabemos que **Douglas** es demasiado joven. Fué así cómo pidió esponja, pero **Joan** no quiso saber nada. Esto duró poco. Bien pronto él se acostumbró, y para demostrar que todo había acabado, se mandó a mudar para Ingaterra junto con su padre. Y como dice el tango, "Hoy... todo ha pasado..."

a **E. Adeva.**

★ En **La mujer X**, **JOSE MOJICA** no intervino, por cuya razón la película resultó bastante pasable. **La bestia del mar** fué filmada por **JOHN BARRYMORE**.

a **Una campesina ignorante.**

★ De **NOVARRO** no se sabe con certeza si está casado o no. Tuvo con **MYRNA LOY** un flirt con todos sus anexos, pero no puedo decirte con certeza si hubo registro civil. En cuanto a la jira de **JOSE MOJICA** a la Argentina, quedó en la nada. Y no te aflijas, porque se ha perdido bastante poco con eso.

a **Rosa Pilar.**

★ A mí no me resulta molestia alguna decirte que **GEORGE O'BRIEN nació el 1º de septiembre de 1900 en San Francisco (EE. UU.)**

a **Pedro.**

★ ¿Que si la **SANTA CAUSA MARLENISTA** se fundió? ¡Qué esperanza! Vive aún, palpita, aunque nadie la escucha. Ahora ya es mayor de edad, más seriecita, más reposada y más silenciosa. Descansa, contemplando el fruto de sus esfuerzos... En cuanto a la sección **Hablan los lectores**, pronto la reabriré, pero encarada bajo otro aspecto.

a **Juan Tebus.**

★ Aquí tienes el modelo de carta en inglés que solicitas para felicitar a **DOLORES COSTELLO** en el día de su cumpleaños: **Dear miss Costello: may this new year in your life fulfill your most ardent wishes and bring you all the happiness in the world. Please, it would give me the greatest pleasure to have your signed photograph. Will you kindly send it to me? Forgive me the trouble and bother I am causing you out believe me, you will have the deep gratitude of one of your most sincere admirers.** (Firma)

a **Alejo Lonco.**

CLIVE BROOK tiene 42 años; ese es su nombre verdadero, y no es actor cuya labor en algunas cintas se destaque netamente de la de las demás. Puedes verlo en **Silencio**, **El expreso de Shangai**, **Sherlock Holmes** y **Cabalgata**, donde su labor es buena.

a **Colegiala.**



DOUGLAS FAIRBANKS

por JOSE L. MALDONADO

Prueba de la habilidad pictórica del mencionado colaborador, domiciliado en Plata 435 (Santiago del Estero), la tenemos en este magnífico dibujo, de gran similitud con el rostro del conocido actor. Merece el premio de 10 $ m|n. que todas las semanas otorgamos.

. En efecto, la madre de **DOUGLAS FAIRBANKS (h.)** no fué **MARY PICKFORD**, sino **Beth Sully**, una dama casada actualmente con Jack Whiting, actor teatral de gran fama.

a **Argentino pehuajense.**

★ Sí: he recibido todos los dibujos que me enviaste. No puedo decirte si **CHARLES CHAPLIN** tendría éxito apareciendo en el cine sin bigotes, el bastón y los pantalones. Personalmente, no creo tal éxito. En la mente del espectador se halla tan arraigada la caracterización del bufo, que resultaría poco menos que imposible habituarse a verlo sin ella.

a **Turrón de almendras...**

★ No te extrañe que el enlace de **LUPE VELEZ** y **JOHNNY WEISMULLER** haya sido conocido tan tarde, pues es el caso que se realizó secretamente. Por eso muchas veces no se sabe cuándo los que componen una pareja son simplemente amigos y cuándo son marido y mujer. Se les ve muy juntos por la calle a toda hora del día y de lo que no es día. Como nadie se atreve a dudar de la honorabilidad de la dama, nadie hace chimentos. Hasta que un buen día la pareja reúne a los amigos más íntimos, y entre copa y copa de champagne y un par de cocktails anuncian que hace ya tres meses que son marido y mujer. Los amigos se hacen los asombrados, festejan el acontecimiento, les dicen que han sido unos pillines por ocultarlo tanto tiempo y cada uno se va para su casa con la conciencia tan limpia como las rodillas de un pibe que juega a las bolitas...

a **Oropelina.**

★ Sí; **ESTHER RALSTON** ha retornado a la pantalla. En la próxima temporada la verás en dos parlantes.

a **Lirio Blanco.**

★ Tu carta me ha parecido una especie de palabrerío delirante y enfermizo. Posiblemente tengas fiebre o estés así por leer con demasiada atención esta página.

a **¿Q. S. L.?**

★ ¿Que si hay rencores profesionales entre las artistas? ¡Ya lo creo! ¡Y muy grandes! Cuando se encuentran en la calle o en cualquier otra parte se sonríen mutuamente, se prodigan piropos y se prometen amistad eterna. Pero después... Ahí tienes el caso de **MAE WEST**, por ejemplo. Cuando recién llegó a Hollywood todos sus colegas la invitaron a fiestas, a reuniones, a paseos y cosas por el estilo. Pero **Mae**, haciéndose la Greta, no asistía. Ahora, con motivo de celebrarse en el Teatro Chino de Hollywood la premier de gala de su último film **No soy un ángel**, sus colegas encontraron la oportunidad de devolverle la ball, (¡Miralo a King haciéndose el pituco!) Asistieron muy pocas personalidades, tan pocas, que cuando llegó la hora de iniciar los discursos por radio casi no había quien hablase. De manera que ya ves tú el cariño entrañable que se tienen las actrices de la Meca...

a **Apolo moderno.**

★ Hija mía; si no fuese porque creo ver sinceridad en tu carta, la habría tirado al canasto o pasado a mi colega del **Consejero de los novios** para que la contestase. Pero como te veo un poco apurada y tienes especial interés en que sea yo quien te conteste, voy a hacerlo. Ante todo transcribo tu pregunta: **¿Puede una muchacha declararse con probabilidades de éxito al elegido de su corazón?** En lo que a mí respecta, confieso, sin que el rubor acuda a mis mejillas, que sólo hice en mi vida catorce declaraciones amorosas. Fracasé en las trece primeras, pero al llegar a la número 14 me salí con la mía. Todo esto es explicable si se considera que las catorce declaraciones fueron formuladas en el intervalo de otros tantos días a una misma mujer. A declaración por día gané yo, pues al fin la dama, no sé si harta de escuchar siempre idéntica cantinela o convencida de que con el tiempo podía llegar a quererme, me aceptó. Por lo que veo, a ti te sucede todo lo contrario de mi Julieta. A ella le sobraban declaraciones. A ti te falta una. Yo, que en cuestiones de amoríos nada entiendo y que soy, por lo tanto, quien se encuentra en mejores condiciones para opinar, creo que las probabilidades de éxito de una mujer que se le declara a un hombre son muy obscuras. Si tú le hablas al elegido de tu corazón, él no te rechazará. Pero tampoco te aceptará tal como tú quisieras. Aprovechará la ventaja que le has brindado y exigirá de ti más que lo que puedes darle. Tú jamás podrás echarle nada en cara, ya que al ser tú misma quien buscó tal situación, no tendrás derecho a quejarte. Creyendo que eres novia de él, no resultas más que amiga. Podrás llegar a quererlo aun comprendiendo que él no te quiere. Cerrarás los ojos voluntariamente, y cuando los abras te encontrarás sola y triste. Más triste y más sola que antes, cuando aún conservabas la esperanza de que él "pudiera llegar a quererte"...

a **Marga.**

★ **Soy un fugitivo** me pareció muy buena, y **Angeles del infierno**, buena.

a **Sanjuanino.**

★ Hace rato que **MARLENE DIETRICH** regresó a Hollywood. De su hijita puedo decirte que actuará en el cine personificando a su madre cuando era niña. ¡Cómo cambian las cosas! **MARLENE** se desesperó horas enteras para no permitir que su hija fuese retratada por ningún fotógrafo, y ahora le permite figurar en la pantalla. ¡Oh, las mujeres!... Y ¡oh, los maridos!...

a **Admirador de Marlene.**

★ **JOAN CRAWFORD** se pronuncia Yon Crófor; **JEAN HARLOW**, Yin Jarlou; **MAUREEN O'SULLIVAN**, Morin Osallvan y **MADGE EVANS** tal como se escribe.

a **Odila.**

★ El que secunda a **KATHARINE HEPBURN** en **Hacia las alturas**, es **COLIN CLIVE**, un francesito nacido en Saint Malo, el 1 de enero de 1900, y casado ahora con Jeanne de Casalis, una actriz teatral. Sí; **MARLENE** habla francés, inglés y alemán correctamente. Además, sabe tocar el piano lo suficiente bien como para que el marido se resigne a escucharla.

a **Cordon bleu.**

★ El nombre verdadero de **DOROTHY LEE** es Marjorie Millsap y el de **GENE RAYMOND**, Raymond Guion. Creo que la mejor interpretación de **LYA DE PUTTI** fué **Varieté** al lado de **EMIL JANNINGS**. **Murió el 27 de noviembre de 1931.**

a **Mombassa.**

(Continúa en la página 49)

(Ver más dibujos en la página 40)

Un joven estudiante argentino...

(Continuación de la página 5)

camposantos, con tumbas individuales, con cruces e inscripciones. A menudo he visto tumbas paraguayas aisladas, cuyos cadáveres tenían un brazo a flor de tierra, con la mano abierta y en actitud de indicar detenimiento... ¿Su significado? Quizá un símbolo..., quizá una superstición populachera de las tropas...

"Me llamó profundamente la atención en Campo Vía un cementerio muy bien ordenado, cuya cruz principal estaba formada por dos travesaños, respondiendo a un conocido ritual religioso."

FRATERNIDAD EN LAS TREGUAS

— Y en Gondra, ¿qué impresiones recogió?...

— Estuve en Gondra a mediados de septiembre. Ahí mi impresión fué grande, junto a las trincheras conquistadas en la acción del 6 de septiembre último. Como foso de defensa, no se puede pedir nada más preciso, nada más formidable. Las posiciones de ametralladoras presentaban características excepcionales, con sus triples paredes de fuertes troncos y sus "chapapas" de protección. El mismo día de mi visita habían estallado, sin causar daño, unas minas dejadas por los contendores en su retirada. La lucha aquí ha sido tan encarnizada, tan intensa, que el bosque ha quedado completamente talado a la altura de la fusilería entre trinchera y trinchera.

"Luego he visitado Murguía, Agua Rica, Puesto Escobar y Nanawa. En este último sector he llegado hasta la primera línea de fuego, enfrentada a quince metros de los fosos paraguayos. Esta circunstancia — que no deja de tener su profunda emoción, sin duda — me ha dado motivo para admirar no solamente la serenidad y valor del soldado boliviano, sino también su profundo humorismo. En las trincheras tabletean las ametralladoras y truenan los cañones... Pero también suenan las músicas nativas — por un lado los "huaiños" y "bailecitos" y por otro las "polkas"; y a menudo se entablan verdaderos contrapuntos musicales entre los contendores de ambos ejércitos. El coronel X (boliviano), hace sonar su victrolita con variedad de discos...

"— Che, *"bolí"*... — gritan de la trinchera paraguaya, — *tocá de nuevo esa rancherita "ipoñá", que me gusta mucho...*

"Y el coronel no se hace rogar. Y la repite... Por cierto, con la consiguiente jubilosa algarabía de los rivales...

"Y de estas interlocuciones con acompañamiento filarmónico y música de armas..., ¡la mar! A veces toman aspectos de verdaderas controversias sobre los derechos territoriales; a veces, de pugilatos literarios, comúnmente cuando se trata de estudiantes; a veces, torneos iracundos que son epilogados por las detonaciones de la fusilería... ¿Y en materia de humorismo?... Hablen si no los letreros. Aquí, en el recodo de uno de los fosos advierto este cartelito, dibujado por una mano experta: "Conserve su derecha para evitar inconvenientes de tráfico." En esta tronera leo: "Avenida 16 de Julio". Y por cierto que se trata de un reducto minúsculo. "Bufete del doctor L. A. C. (abogado). Consultas... a la hora del rancho." Tal, el anuncio de un "estudio" en la entrada de un estrecho subterráneo. Y así todo.

— ¿Y en materia de servicios administrativos?

— En todas partes, a partir de Villa Montes he advertido el mayor perfeccionamiento en cuanto se refiere a sanidad militar, transportes, abastecimientos, comunicaciones y etapas. Según mi modesto criterio, en esta homogeneidad de servicios se afianza la potencialidad militar boliviana. A mi regreso a Muñoz tuve ocasión de visitar al comandante en jefe de las fuerzas, general Hans Kundt. Nos recibió con su deferencia proverbial, con esa jovialidad tan característica en él, y que le ha granjeado, desde los tiempos de su incorporación al ejército, allá por 1910 — la simpatía franca de jefes, oficiales y tropas."

EL EJEMPLO DE LOS CADETES

— ¿Y el espíritu general del pueblo?... ¿El ánimo de la juventud?

— En todas partes he notado serenidad, entusiasmo, valor. Bolivio es un país eminentemente pacifista. Pero se encuentra fuertemente capacitado para sostener esta cruenta guerra, mientras la diplomacia plantea los términos justicieros de un arreglo decoroso para las naciones en lucha. Con relación al entusiasmo reinante entre la juventud boliviana, podría, cerrando estas simples informaciones, referirle una anécdota relacionada con el concurso del Colegio Militar de La Paz — institución que para nosotros los argentinos tiene una grata recordación, por haber sido fundada por don Bartolomé Mitre, durante el gobierno del general Ballivián y en circunstancias en que nuestro eminente compatriota gozaba de la franca hospitalidad boliviana perseguida por la tiranía de Rosas.

"Ordenada la última movilización, el Ministerio de Guerra resuelve que marche al Chaco el curso superior del colegio y los voluntarios que así deseen hacerlo de los años inferiores. Se ordena en los patios del instituto la formación de estos cursos. El jefe arenga a los cadetes. Les hacer ver las vicisitudes de la guerra y la acritud de la naturaleza. Les pinta con caracteres trágicos todos los accidentes.

"— ¡Cadetes — les dice, — tres pasos al frente los que se sientan capaces para defender la patria!...

"Un solo bloque de corazones respondió con tres pasos a la serena invitación.

"Vuelve el militar — maestro y jefe a la vez — a formular nuevos argumentos: distancias..., privaciones...

"— ¡Cadetes — vuelve a repetir, con la voz un tanto velada por la emoción, — tres pasos al frente los voluntarios!...

"Y cien muchachos — es decir, los cien niños del colegio — avanzaron con la precisión automática y gallarda de cien héroes.

"Se produjo una pausa. Se aceleró el ritmo de todos los corazones. Y volvió el jefe, por tercera vez, a invitarlos y disuadirlos al mismo tiempo, serenamente, patrióticamente, pero usando de los tintes más pavorosos para pintar la vida de la selva. Y una vez más repitió su insinuante invitación.

"Y volvieron los cadetes a cubrir el espacio requerido.

"A los que presenciamos esta escena nos pareció advertir que dos lágrimas rodaron por las curtidas mejillas del maestro."

FIN

Era una pobre mujer

SIN SUERTE

...pero buena como ninguna.

CUENTO
Por
ELENA S. MUÑOZ



CUANDO Marta Petralle se enteró de que aquel hombre que la cortejaba con la promesa de llevarla al altar era casado, sintió que toda su sangre se le agolpaba en el corazón, ahogando sus latidos. Fué la noticia mil veces peor que si alguien le hubiera dado un mazazo en el cráneo y se lo hubiera hundido.

La delatora, una amiga — ¿cuándo no iba a ser una amiga?, — al hacerle un gran mal le había hecho, por consecuencia, un gran bien. Verdad era que había pisoteado todas sus ilusiones y deshojado todas sus esperanzas, pero no era menos cierto tampoco que este daño habíale evitado otro mayor; porque estaba segura Marta de que si a él se le hubiera ocurrido pedirle una prueba de su amor, pese a sus pujos de mujer irreductible habría acabado por dársela, porque, al fin y al cabo, las glorias de la vida no se disfrutan a plazo fijo ni bajo controles arbitrarios y convencionales.

—¿Estás muy enamorada de Octavio Albene? — le preguntó extemporáneamente la amiga en cuestión, mientras tomaban el té, en la salita acogedora envuelta en una suave penumbra.

Marta Petralle la miró con sus ojos dulces, serenos, pero sin poder ocultar la emoción que le producía semejante pregunta.

—¡Muy enamorada! — respondió. — Tanto como no hubiera creído jamás llegar a estarlo. — Y, no sin cierto temor, agregó: — Pero ¿por qué me lo preguntas, Albina? Dilo, ¿por qué?

—¡Caramba!—exclamó Albina, como si por un momento se hubiera sentido arrepentida de su pregunta. — ¡No es para que te pongas así! Te lo he preguntado..., no sé; quizá inconscientemente. — Y trató de sonreír.

—No, no; — insistió Martha. — Tu pregunta tiene una finalidad, y me la dirás, porque yo quiero saberla.

—¡Pero, hija! ¡Cómo lo has tomado! — tornó a decir Albina. — ¡De veras que lamento haberte hecho tal pregunta!

Ante la reserva de su amiga, por cierto muy estudiada, Marta no fué menos astuta. "Con la mentira suele obtenerse la verdad", pensó. Y puso en práctica su pensamiento. Dijo una mentira.

—Perdóname, Albina, pero yo tengo ciertas sospechas sobre la lealtad de Octavio. Las tengo desde hace tiempo, y me roen las entrañas. ¡Si vieras tú el terrible daño que me hacen! Por eso, al hacerme tú esa pregunta, he creído ver confirmadas esas sospechas. — Miróla un momento a los ojos, con toda su fuerza, y le rogó: — Dime la verdad, Albina. ¿Es que tienes algo que decirme de él?

Albina aún se hizo de rogar. Guardó un silencio tácito, que obligó a Marta a decir:

—¿Ves? Tu silencio te descubre. Tú sabes algo malo de Octavio y temes decírmelo. Mal hecho, porque yo, en tu caso, no titubearía en hacerte un favor.

—Pues bien — dijo, por fin, Albina. — Ya que quieres saberlo, sábelo. Octavio no te merece; es un mal hombre.

—¿Estás segura? — gimió Marta, sintiéndose ahogada por la ira y la desilusión. — No puede ser. Tú te equivocas..., ¡tú mientes!

—¡Marta, me ofendes!

—No, no; perdona; no fué esa mi intención. Pero es que no puedo creer lo que me dices, por muy cierto que sea.

—Pues es muy cierto, sin embargo. Octavio es un mal hombre, un engañador de mujeres buenas. Y tú, si no lo has sido ya, acabarás por ser una de sus víctimas.

—No puede ser — siguió gimiendo Marta, deshecha de un dolor sordo, profundo, invencible, — no puede ser.

—¿Y por qué no puede ser? ¿Es que Octavio, porque te gusta a ti, porque lo quieres tanto, ha de ser por fuerza un hombre bueno y leal?

—Tienes razón...; yo desvarío... Pero ¿qué es lo que tienes que decirme de él?

—Que no te hagas ninguna ilusión, querida, porque Octavio Albene es casado.

—¿Casado..., dices?

—¡Casado, sí! Y con una mujer encantadora, buena, honrada...

—¡Calla; no me digas más, que me destrozas el alma!

—Querida, ¡si no tengo nada más que decir!

En efecto: ya lo había dicho todo; ya había desahogado su corazón de la sorda rabia que parecía mordérselo. Ya que Octavio Albene había permanecido siempre ciego y sordo a la pasión que había despertado en su ser, y que ella le había revelado con sus miradas, sus sonrisas, y hasta con sus insinuaciones un poco quizá atrevidas, justo era que le castigase con hacerle perder el amor de esa pobre mujer ingenua que se había dejado conquistar por él y que, acaso, pudo llenar un día su vida de la más dulce de las felicidades.

El antecedente de que Octavio era casado no fué nunca un obstáculo para Albina. En primer lugar, ella odiaba el matrimonio, que es algo así como un dogal. En segundo lugar, ¿qué mayor ventura para ella que poder disputarle a otra mujer el amor de un hombre, sobre todo si este hombre

es su marido? Pero la indiferencia con que siempre la había tratado Octavio destruyeron estas dos ambiciones que sacudían sus nervios, crispándoselos.

Al principio no supo Albina por qué Octavio continuaba insensible a sus seducciones. Pero cuando supo que era porque se había enamorado de Marta, y que, para lograr sus propósitos, le había dado palabra de casamiento, recién entonces Albina se sintió como indemnizada de su fracaso. Sabía que Marta, a fuer de puritana, no le daría anticipadamente la prueba de amor que acabaría por exigirle. Pues bien: ella, la infeliz enamorada, sería el instrumento de su venganza; de esa venganza que ya había empezado a ejecutar.

Después de haber oído a su amiga, Marta permaneció largo rato como desvanecida en su asiento. ¿Era posible que aquel hombre en quien había puesto todo su cariño fuera, como acababan de decírselo, un infame burlador de mujeres crédulas? Debía serlo, cuando quien se lo decía era nada menos que una de sus mejores amigas.

Contemplándola, Albina no acertaba a decirse si había hecho bien o mal en abrirle los ojos. Pero este razonamiento no pudo ser más breve: "He hecho bien — pensó. — A los hombres malos debe castigárseles, debe burlárseles en sus propósitos." Y en esto último fué precisamente en lo que estuvo sensata.

Luego de unos minutos de silencio, y como si se hubiera resignado a su mala suerte, y, a la vez, se sintiera dispuesta a todo, Marta preguntó a su amiga:

—Dime, Albina. ¿Qué debo hacer ahora?

Albina fingió querer desligarse de ese compromiso.

—¡Mujer!... ¿Qué me preguntas a mí? Tú sabrás lo que debes hacer.

—No, no; yo no lo sé — siguió Marta. — Tú has venido a destruir mi felicidad, a llenar de sombras mi corazón. Ahora debes ayudarme, ¿qué crees que debo hacer?...

—Pues... No diré qué es lo que debes tú hacer, sino lo que haría yo... En primer lugar, cerrarle las puertas de mi casa y no permitirle que vuelva a dirigirme la palabra.

—¿Y después?

—Después.... destruir también su felicidad. Ir a su casa y decirle a su esposa la verdad; su burla, sus propósitos, sus deleznables sentimientos. Y ella, Marta, habría de ser muy cruel, muy cínica, para no sentirse menoscabada y castigarle con su desprecio.

—¿Y si ocurriera eso?

—Si ocurriera eso... No ocurrirá, porque esa mujer es muy pundonorosa y muy sensible.

—Eso haré yo — dijo resueltamente Marta, sintiendo que todo el amor que había alimentado hasta ese momento por Octavio se había convertido de pronto en un odio sin límites. — Eso es lo que haré yo. ¿Quién es ella? ¿Dónde vive?

Albina, fingiéndose aún reacia, temerosa, acabó por decírselo, sin dar lugar a que Marta volviera a instarle a que se lo dijera:

—Ella se llama Graciela..., Graciela de Albene..., y vive en la calle...

Esa misma tarde, cuando Octavio se presentó a su casa, galante y enamorado como siempre, Marta se negó a recibirle. Hizo aun más. Por medio de la criada puso en sus manos una carta fría, terminante, en la que le maldecía por su traición. Octavio la leyó allí mismo, en el hall, mientras la criada, con la mano en el pestillo de la puerta, esperaba a que saliera, para cerrar tras él.

Sus ojos duros, fríos, recorrieron los nerviosos renglones de la carta, y cuando la hubo terminado, la arrugó y la arrojó a un rincón, sonriendo cínicamente.

—Dígale usted que es una imbécil — fueron sus únicas palabras. Y se marchó sin volver una sola vez la cabeza.

Marta, que había estado observándole, oculta detrás de un cortinado, no pudo menos que estallar en un sollozo desesperado:

—¡Es un infame! ¡Es un infame! Albina tiene razón. No merece ser feliz. Merece que le desprecie hasta su propia esposa... Hoy mismo iré a ponerlo en evidencia. Sí, sí; iré hoy mismo.



Tal como lo pensó lo hizo. Se vistió un traje de calle y salió con rumbo a la casa de aquel mal hombre. La burla que le había hecho la consideraba incalificable, indigna, ya que no tuvo por qué fijarse en ella, tan buena y tan honrada, siendo que hay tantas mujeres sin prejuicios que se sentirían orgullosas y felices de ser pretendidas por él.

Durante el camino no cesaba de pensar en lo que le diría a aquella pobre mujer burlada. Temía causarle el mismo dolor que ella acababa de recibir; que al oírle, su corazón se rompiese en pedazos, como una maquinaria fragilísima. Este pensamiento la sobrecogió. Al relatarle las villanías de su marido, se vengaba de él y le abría a ella los ojos, pero... ¿tenía ella, acaso, derecho a destruir la posible felicidad de una mujer buena, abnegada, humilde, a quien no conocía siquiera?... No; no tenía ningún derecho, y de hacerlo no podía ser otra cosa que una infame.

Pensó en ella misma; en que no volvería a ser feliz en mucho tiempo, y todo por aquella revelación inesperada. "Es indudable que soy una mujer sin suerte — iba pensando. — Si Albina no me hubiera hecho esa revelación, yo estaría aún gozando de la felicidad que me sonreía, aunque sólo era una felicidad engañosa. Claro está que un día — tarde o temprano — había de recibir yo un desengaño, pero... ¿Estoy libre de ellos ya? ¿No estaré condenada a recibir otros, mil veces peores, por eso precisamente, por haberme librado de este? Y ya que no he podido yo librarme de este tremendo dolor, ¿por qué no he de librar a Graciela de Albene del que le espera? Sería honrado, humano, encomiable. Él no se merece este sacrificio de mi parte, pero ella, una mujer desconocida, tan desgraciada como yo, sí lo merece."

Al llegar a este punto de sus meditaciones se detuvo y miró a su alrededor. ¿Era posible? Sin darse cuenta había llegado hasta la casa de Octavio Albene. ¿Qué hacer? No tenía más que acercarse a la puerta, llevar la mano al timbre y oprimir el botón... "¿Lo haré? ¿No lo haré?" Inconscientemente, automáticamente, se acercó a la puerta y llevó la mano al timbre. Pero, a punto de oprimirlo, una piedad y un miedo desconocidos la dominaron instantáneamente. Retiró entonces la mano y se alejó de allí... No podía tocar el timbre; no debía tocarlo... Era dar un gran dolor a una pobre mujer que acaso en ese momento estaría cantando y riendo de felicidad... Además, y esto acabó por conformarla, ¿qué más podía desear ella después de haberse salvado de las garras de Octavio Albene?...

UNA CLASE de BELLEZA por SEMANA

Por JOSEFINA HUDLESTON

• •

El TEÑIDO de las CEJAS y PESTAÑAS

Consejos para el embellecimiento de los ojos



Lave las cejas y pestañas con agua tibia y jabón. Enjuáguelas en agua fría y séquelas bien.

SUS ojos parecerán más grandes y su expresión más animada si les presta el debido cuidado a las cejas y pestañas. Se les debe dar a las cejas una bonita forma y arquear las pestañas, además de obscurecerlas lo bastante para hacer resaltar los ojos.

Se ha comprobado definitivamente que los ojos son la facción facial más importante, por lo tanto se les debe prestar especial consideración a las cejas y pestañas. En uno de mis artículos recalqué la importancia de darles la forma debida a las cejas; hoy deseo explicarles la forma correcta de teñir permanentemente estos pequeños pelos, de manera que siempre parezcan hermosas y bien cuidadas.

Las cejas en forma de línea jamás deben usarse; tienen que ser lo bastante espesas y obscuras para que sirvan de marco para el ojo.

El embellecimiento de las cejas y pestañas puede hacerse en la casa una vez al mes, pues el proceso de teñirlas es muy sencillo.

Lo más importante, por supuesto, es la elección de una buena tintura para cejas y pestañas. Elija un producto de confianza, uno que no contenga substancias nocivas y cuyo fabricante sea de conciencia. Algunas de estas tinturas son completamente inofensivas, y una sola aplicación basta para mantener a las cejas y pestañas obscuras mientras no se caiga el pelo. La única razón para teñir las cejas y pestañas con tanta frecuencia es porque cambiamos constantemente estos pequeños pelos.

Si su cabello es rubio o rojizo, probablemente necesitará una tintura marrón. Muy rara vez vemos cabello claro acompañado de cejas y pestañas obscuras. Si su cabello ha sido teñido, debe elegir un tono que matice con su nuevo colorido. Si su cabello es obscuro y sus pestañas más bien negras que castaño claro, use una tintura negra, pero úsela livianamente. La mayoría de las pestañas tienen puntas claras, de modo que hasta la morocha encontrará útil el teñirlas.

Casi todas las buenas tinturas traen consigo los accesorios necesarios para su aplicación. Ellos son: dos pequeños platos de metal, algunos escarbadientes con puntas de algodón, varios pedazos de papel cortados en forma especial para proteger el cutis y dos botellas. ¡No olvide de seguir las instrucciones al pie de la letra!

Debemos recordar que estamos tiñendo las cejas y pestañas con una substancia especialmente compuesta para teñir esos pelos permanentemente, por lo tanto, no debemos permitir que esté en contacto con la piel. Si llegase a manchar el cutis, se debe mojar un algodoncito con agua y removerla inmediatamente. Ahora sigamos adelante con el proceso.



Vierta una pequeña cantidad de líquido en el pequeño plato de matel.



El líquido se aplica con un escarbadientes con punta de algodón. Se deja secar bien.

Primero se deben limpiar con agua tibia y jabón las cejas y pestañas, enjuagarlas con agua fría y secarlas. Vierta un poco del líquido de la botella en uno de los platos de metal. Use uno de los escarbadientes para aplicarlo a las cejas. Se deben mojar bien ambas, luego dejarlas secar.

Cuando se haya secado el líquido, tome un poco de crema y extiéndala sobre el cutis, alrededor de los cejas, teniendo sumo cuidado de no tocar los pelos. La crema protegerá el cutis y no permitirá que se manche con la aplicación de la tintura que se hace después.

La substancia para teñir es una pasta. En la botella dice que debe sacudirse bien; una vez que se haya mezclado perfectamente, se vierte un poco en el otro plato de metal. Use otro escarbadientes para aplicar la tintura a las cejas. Si encuentra, después de remover la pasta, que las cejas no han quedado suficientemente obscuras, lávelas nuevamente; luego repita la aplicación del primer líquido y de la pasta como indicado, hasta obtener el tono deseado.

Cuando termina con las cejas, moje otro escarbadientes en el líquido y aplíqueselo sobre las pestañas. Déjelo secar, luego extienda un poco de crema sobre los párpados, cerca de las pestañas, pero no tocándolas. Sostenga uno de los papeles directamente sobre las pestañas superiores y aplíquese un poco de la pasta. Cuando tiñe las pestañas inferiores, coloque el papel debajo. Repita la aplicación completa de los dos líquidos si le parece necesario.

Ya que estamos comentando sobre las cejas, revisemos algunos de los consejos que les he dado para su embellecimiento. Cuando se

(Continúa en la página 50)



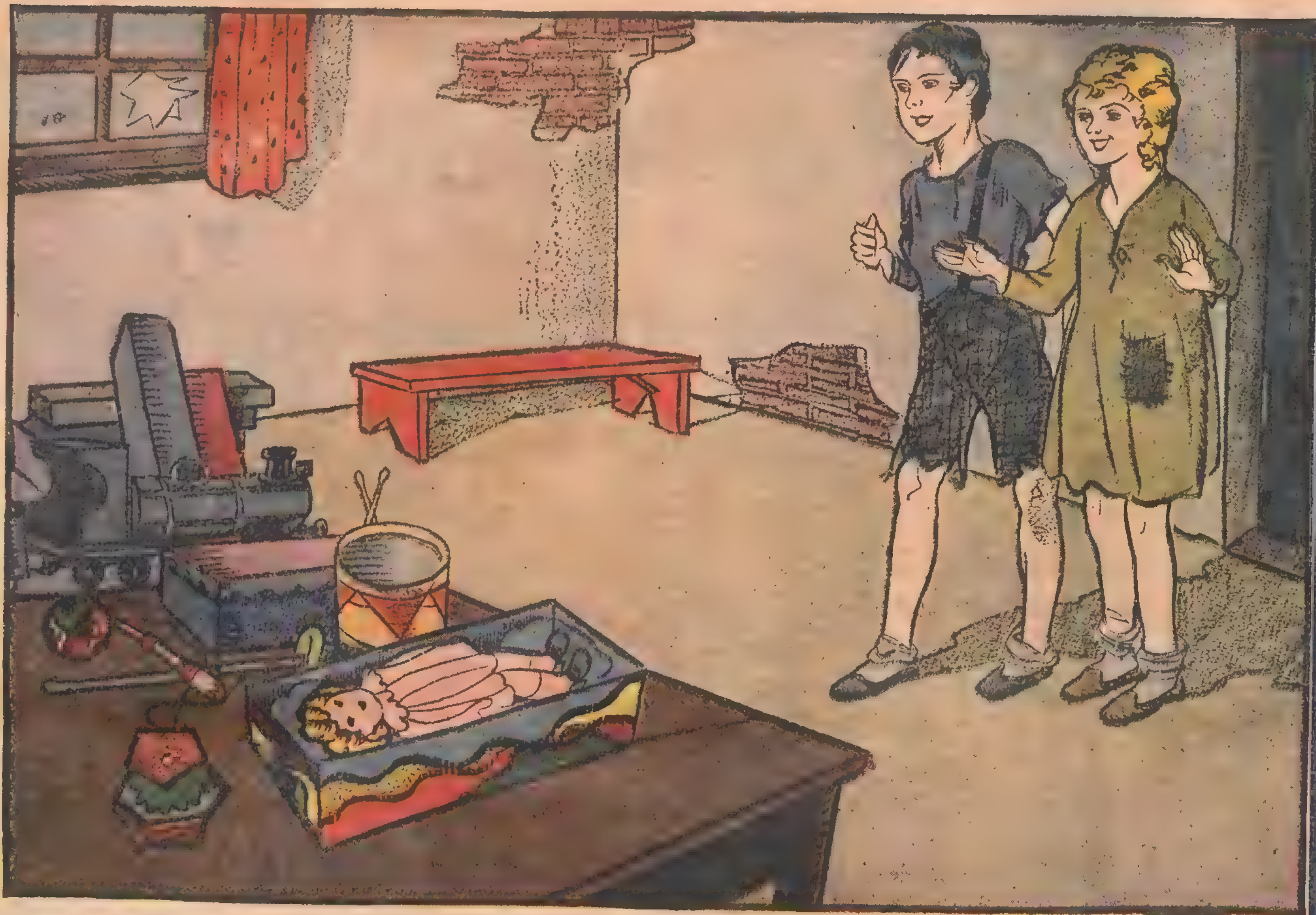
Antes de aplicar la pasta, se extiende un poco de crema o vaselina alrededor de las cejas. Esto protege al cutis y evita que se manche.



Las pestañas se tiñen en la misma forma que las cejas; se protege al cutis con unos cartones o papel grueso, cortado en forma especial.

LOS CUENTOS DE MAMA NONA

Día de Reyes



DIA de Reyes es día de gloria para los niños.

Es la tradición hermosa en que los Reyes Magos dejan el cielo para venir a la tierra, cargados de juguetes para los niños buenos, es decir, para todos los niños, porque todos son buenos.

Conocemos unos pequeños vecinos traviesos y malos estudiantes, que han estado verdaderamente tristes porque la madre les dijo que los Reyes no llegarían hasta la puerta de la casa, y mucho menos hasta los zapatitos colocados por ellos en la chimenea; pero un día los niños encontraron en el jardín una carta de los Reyes que decía así: "Pequeños: es verdad, fuisteis malos, desobedientes, habéis estudiado poco y mal, pero en cambio os apiadasteis un día de un niño que tuvo frío y hambre, que llamó a vuestra puerta y a quien disteis cuanto ese día poseíais. Además, lo recordamos, en una ocasión evitasteis que un perro grande devorase a uno pequeño e indefenso; en otra oportunidad prestasteis fuerza y acción para vencer al condiscípulo débil contra la injusticia del fuerte, que quiso dominarle sin consideración y por usurparle el puesto que en la clase le pertenecía y había ganado por su conducta y bondad. Luego, otro día, cuando unos niños rieron de un anciano, fuísteis vosotros quienes impusisteis el respeto.

"Hay, pues, equilibrio entre las buenas y malas acciones, y en los zapatos encontraréis el premio con que reconoceremos las primeras y os recordaremos que hay que evitar las segundas."

Por eso yo quiero las fiestas clásicas de Navidad, Año Nuevo y día de Reyes, porque ellas evocan bondad, dulzura, hogar, perdón, reconciliación y amor.

Si vamos a las tradiciones y leyendas, debemos creer en cosas realmente extraordinarias.

Se cuenta que en Holanda hubo un rico señor que fué pródigo y generoso, que amó a sus semejantes, que trató a sus criados como a iguales, que protegió al desvalido y curó al enfermo, que practicó la caridad en todas sus formas; no obstante haber hecho tanto bien, un día quedó arruinado, perdió tierras y casas; ambuló con sus hijos y la madre de ellos por todos los caminos durante un largo año. Llegó la Noche Buena y Año Nuevo y el día de Reyes, y en todas estas fechas el padre y la madre reunieron a los hijos y oraron fervorosamente. Tuvieron palabras de gratitud para el cielo que les concedió la vida y la salud.

Nunca de sus labios salió una palabra de protesta ni de queja; cuando los pequeños echaban de menos los dulces y los juguetes, cuando preguntaban por qué el cambio terrible, el buen padre les decía:

— Porque hay que conocer todas las cosas de la vida, porque debíamos valorar mejor el dolor de la pobreza, porque debemos resignarnos, porque debemos saber que el don mayor de la vida es la salud y el amor, y el amor nos une, y la salud nos acompaña. Porque habíamos olvidado que la mejor cama es la tierra y el mejor techo el cielo.

Tanta mansedumbre, tanta bondad debió llegar al cielo, aquella noche de Reyes en que la familia resignada se arrodilló una vez más para dar gracias por los dones que aún poseía.



Se durmieron, los niños apenas satisfechos con las frutas y raíces que

(Continúa en la página 50)

FIESTAS DE FIN DE AÑO EN ROSARIO



Fiesta de Navidad en "Villa Hortensia". Mesa ocupada por las familias de Muniagurria, Gallardo, Casas, Paganini, Piattini López, Pagani y Sugasti.



Otra de las mesas en la misma fiesta de Navidad de "Villa Hortensia", ocupada por las familias de Sugasti, Tietjen, Meyer, Rodríguez, Fillol, Casas Andino, Colombres y otras, de la sociedad rosarina.



Durante la interpretación de un tango, en la mencionada fiesta de "Villa Hortensia", que constituyó una nota social de proporciones.



Una de las mesas en la fiesta veneciana del Club de Regatas de Rosario, ocupada por las familias de Relen, Videla, Capdevila, Menéndez y Mac-Guire.



En el Club de Regatas de Rosario, la familia de Ibarra que ocupó una de las mesas durante la fiesta veneciana que resultó brillante y muy animada.



En el mismo Club de Regatas, las familias de Bestard, Franco, Baronio, Sanctis, Bordenave, Mariconti, Mayor y Rujes.

Fotografías de Flores Toledo.

En el Instituto Geográfico Militar se hizo un reparto de juguetes entre los hijos de los suboficiales del ejército. A la sombra de este árbol coposo, los pequeños pasaron horas de agradable esparcimiento, del cual también participaron las mamás que acompañaron a los menores.





Hermosos juguetes obsequiaron las Damas de la Misericordia en el local de la calle Azcuénaga, donde numerosas niñas tuvieron la sana alegría de verse dueñas de muñecas y golosinas, celebrando así más dignamente las tradicionales fiestas de fin de año.

JUGUETES y GOLOSINAS, ilusión de los NIÑOS

En estos días de fiestas tradicionales nuestros niños pobres no quedaron faltos de juguetes y golosinas. Instituciones diversas, en un rasgo de generosidad que las honra, hicieron abundantes repartos entre los pequeños para que ninguno de ellos dejara de estrechar contra su pecho un juguete, que es la ilusión y la alegría de esas almas que apenas han comenzado a vivir. Dar una muñeca o un caballito a una criatura equivale a proteger su infancia, a dulcificar la senda por donde sus piececitos inocentes han echado a andar. No hay fiesta sin la alegría de los niños.



La Cruz Roja hizo un importante reparto de cunas entre los niños pobres, para que también los hijos de familias modestas tengan una camita blanca y mullida. Aquí vemos una de las cunas que fueron repartidas, con algunos de los niños que resultaron beneficiados con ellas.



Una dama de la comisión que tuvo a su cargo el reparto de cunas contempla a un niño cuyos padres fueron agraciados con una de ellas. Este niño dormirá ahora en una camita higiénica y cómoda gracias tan sólo a la generosidad de la mencionada institución.



Signo, la institución cultural, también se adhirió a las fiestas organizando una exposición de dibujos infantiles y premiando los mejores. La reunión estuvo muy concurrida, como puede verse por esta fotografía tomada en el local de la entidad.



Todas estas niñas fueron obsequiadas en el local de la calle Azcuénaga por las Damas de la Misericordia quienes no vieron mejor manera de celebrar las fiestas que llevando la alegría a las pequeñas del establecimiento en forma de muñecas y golosinas.

Fotos especiales de "Mundo Argentino".



P. Enrique Guagnini Rocco, domiciliado en esta capital. Ha sido criado con el pecho materno.



Josefa Lidya Panis, de Bajo Hondo (F. C. S.). Tiene 3 meses, pesa 8 1|2 kgs. y es criada con lactancia natural.

Norma Edith Bouchez Alon, de Santa Fe. Cuenta un año de edad, pesa doce kilos y se alimenta con leche de vaca.





Horacio Ermano Gentilletti, domiciliado en Santa Fe, ha sido criado con pecho materno. Su edad es de cuatro meses y pesa siete kilos y medio.

LOS NINOS SANOS





Angel Antonio Nan, de esta capital, cuenta nueve meses de edad, pesa nueve kilos y ha sido criado con lactancia natural.

Abel Iván Barbis Elizalde, de Mercedes (Corrientes), ha sido criado con pecho materno, tiene un peso de doce kilos y medio y ocho meses de edad.



Pepito Villadóniga, de esta capital, pesa doce kilos, ha sido criado por la madre con el pecho y tiene nueve meses de edad.



Italo Claudio Agustín Chini, domiciliado en Córdoba, tiene siete meses de edad, pesa nueve kilos y medio y ha sido criado con lactancia natural.



Beatriz Rita Petinari Whitcomb, de Santa Fe. Alimentada con pecho materno, cuenta ocho meses de edad y pesa diez kilos.

LOS ULTIMOS GAUCHOS DE EUROPA NO TIENENNADA QUE ENVIDIARLES A LOS NUESTROS

Los "gardiens" o reseros provenzales se dirigen al punto de los juegos en sus cabalgaduras. Más tarde probarán sus habilidades y recibirán, como premio magnífico, la sonrisa de la novia y la viva admiración de los rivales.





En la vieja Provenza, tierra de rica tradición, en que la cortesía y el verso tienen honda raíz, existen los últimos gauchos de Europa. No cabe en este aserto la más leve trampa periodística. La irrefutable prueba del documento fotográfico nos exime de todo recurso dialéctico para convencer al lector de la veracidad de lo que acabamos de afirmar. Los "gardiens" o pastores provenzales son los últimos gauchos europeos; y en tal forma se asemejan a los nuestros que por momentos dan la sensación de ser viejos criollos que han cruzado el charco y se han quedado, tras galopar por la llanura henchida de mieses, en aquellas ilustres tierras de

"las montañas
que tan altas son",

según reza el cantar varias veces centenario. Costumbres y modalidad semejantes, los "gardiens" provenzales se diferencian de los gauchos argentinos nada más que en el mate. En la vieja Provenza el vino hace el papel de los "amargos". Pero, fuera de eso, los provenzales de esta página no son otra cosa que reseros o gauchos criollos.

Este criollito no es sino un "gardién" en trance de contemplar las últimas escenas de la fiesta. Caído el crepúsculo, montará en su hermoso pingo y se irá, al tranquito, con la novia al anca, rumbo a la lejana querencia.



Los "gardiens", o sea los reseros de la Provenza, llegan a caballo a la gran fiesta anual que celebran, y traen, en el anca, a sus prometidas. Visten ambos los trajes típicos del país. Y tanto en la costumbre de venirse con la "prenda" como en la de ponerse las mejores "pilchas" son igualitos a nuestros más puros gauchos de tierra adentro.



Desde remotos puntos llegan familias a presenciar los juegos, utilizando para ello los más variados y primitivos medios de locomoción. El vehículo del grabado es una especie de "charrette", en la que toda una familia, inclusive los niños más pequeños, se dirigen a la gran fiesta deseosos de diversión



Uno de los juegos más concurridos durante la gran fiesta de St. Marie de La Mer es la "carrera de monedas". Consiste en sacar, al galope, una moneda de un plato. Como se ve, se asemeja en gran manera a nuestra frecuente y gaucha "carrera de sortija".



He aquí el momento en que el jinete, en pleno galope, tiene que sacar la moneda del plato que sostiene una buena moza. Si lo consigue, alcanza una de los premios de la fiesta y será largamente admirado.

Las novias de los "gardiens", luciendo sus vestidos antiguos, tradicionales, constituyen la nota más encantadora de la fiesta. Desde distintos puntos presencian las alternativas de los diversos juegos y, como en las justas de otro tiempo, premian con su mejor sonrisa las hazañas de los vencedores que los adoran.

Este criollito no es sino un "gardién" en trance de contemplar las últimas escenas de la fiesta. Caído el crepúsculo, montará en su hermoso pingo y se irá, al tranquito, con la novia al anca, rumbo a la lejana querencia.







En las primeras horas de la mañana, el día de la fiesta, los "gardiens" desfilan por las calles de St. Marie de la Mer en la forma que se ve en la foto. De esta suerte encienden el entusiasmo en la población que, poco después se vuelca íntegra en el lugar señalado para los juegos.

En nuestras CANCHAS de FUTBOL están las verdaderas ACADEMIAS de BAILE

Si esta no es una jota perfecta, que venga la propia Antonia Mercé y lo diga. Le faltan únicamente las castañuelas, pero, según puede verse, uno y otro se acompañan admirablemente con los dedos. Con un poco menos cintura, estos campeones serían dos "bailaores" de gran cartel.





"¡Olé, tu mare!...", pareciera estar diciendo el arquero Mena en el palmoteo de sus manos para ensayar unas peteneras de aquellas que hacen época. Y por mucha sangre italiana que tengan los muchachos de Boca, cuando están en juego les asoma toda la andaluzada que cada cual lleva dentro.



Viola y Petronhilo, aparecen aquí ensayando una danza acrobática, digna de un circo. En el representante brasileño, no es de extrañar su afición coreográfica, porque en el teatro ha tenido oportunidad de destacar que era un Nijinsky negro, como no hay otro.



Cuando los danzarines rusos tratan de sorprendernos con sus saltos, olvidan que en nuestras canchas de football escondemos ejemplares que tienen la elasticidad de la misma pelota y que se elevan con una facilidad que sorprende.



Los bailes rusos quedan hechos un "poroto" frente a los brincos y saltos de nuestros grandes jugadores de football. Se elevan con ritmo violento y cada músculo de su cuerpo es una vibración en el esfuerzo de una danza fantástica.



Una jota aragonesa es la que aparecen bailando Zuppi y Mancussi. Fácil es de advertir que uno y otro, revelan un total dominio en la animada danza. Les sobra salero y agilidad para lucirse en el zapateado.

Pueden reírse de las "girls" americanas estos muchachos que en el arte de levantar la pierna ofrecen el espectáculo de su destreza. También como las bataclanas, se paran en punta de pie y son capaces de demostrar que pueden mantener el equilibrio sobre un dedo, como la cosa más natural del mundo.

Los pieles rojas tienen sus danzas de conjunto, que consisten en dar brincos y alaridos a la vez. Nuestros muchachos no son menos que los pieles rojas cuando les llega el momento de demostrar que el baile primitivo les atrae con una fuerza incontenible.





"¡Huijaaa!", dan ganas de gritar en presencia de este salto acrobático maravilloso, digno del mejor danzarín ruso que haya consagrado su nombre entre los más grandes intérpretes del mundo. Este muchacho tendría su porvenir asegurado en el cuerpo de baile del Colón.



Otra demostración de baile indio es la que está realizando este conjunto de jugadores. Pero esta vez las cabezas desempeñan un papel importante, ya que el baile consiste, según se ve, en golpearlas una contra la otra, sin que pase nada porque nuestros muchachos la tienen muy dura y a prueba de golpes.

OTRA VEZ LLEGO A NUESTRO PUERTO LA NAVE ESPAÑOLA QUE DA LA VUELTA AL MUNDO

Nuevamente nos ha visitado la airosa fragata española "Juan Sebastián Elcano", que pasea por todos los mares y ríos del mundo el emblema de la madre patria. Arriba puede verse a la nave escuela en el momento de comenzar a atracar a nuestro puerto, con los botes llenos de miembros de la colectividad hispana que fueron a darle la bienvenida.



Personalmente le dió la bienvenida al comandante de la fragata, capitán Sebastián Moreno Fernández, el embajador de España, señor Alfonso Danvila, que aparecen en esta fotografía momentos después de haber arribado la nave española.



La marinería de "Juan Sebastián Elcano" fué objeto de cariñosos agasajos durante su estada en Buenos Aires. Tanto la colectividad española como el pueblo en general manifestaron su simpatía por estos simpáticos muchachos que realizan su viaje de instrucción alrededor del mundo, dejando en cada puerto gratas impresiones.

Fotos especiales de "Mundo Argentino".

AUNQUE PAREZCA MENTIRA...



Presentamos aquí a la curiosidad de nuestros lectores el libro más pequeño que se conoce en el mundo. Fué impreso y hecho en Massachusetts (Estados Unidos), y de su tamaño exiguo podemos darnos una idea si lo comparamos con las uñas de la mano que lo sostienen.



En Londres tuvo lugar recientemente, durante una fiesta deportiva, una singular carrera entre bicicletas de forma similar a las que se usaban hace ya varios lustros. Constituyó todo un éxito en mérito a la hilaridad que provocó la aparición en la pista de semejantes vehículos.



Esto que a simple vista tiene cierta similitud con el tablero de un automóvil y una incubadora, es, en realidad, un aparato destinado a la producción de fiebre artificial. Científicamente diseñado, dió muy buenos resultados al hacer subir en muchos enfermos la temperatura excesivamente baja que padecían.



El príncipe Abbas Hilmi II se hizo construir esta especie de ómnibus-casa para poder pasear por el desierto sin sentir mayormente los rigores de la naturaleza. Posee en su interior un dormitorio, un comedor con su mesa y sillas correspondientes, y está equipado con un gran motor de 100 H. P.

Nuevo modelo de buque ideado por el ingeniero alemán Herr Schiff, cuyo único medio de propulsión son las dos aletas laterales, capaz de desplazarse con la facilidad de una ballena. El motor está alojado en la popa y dotado de engranajes análogos a los de un sencillo reloj.

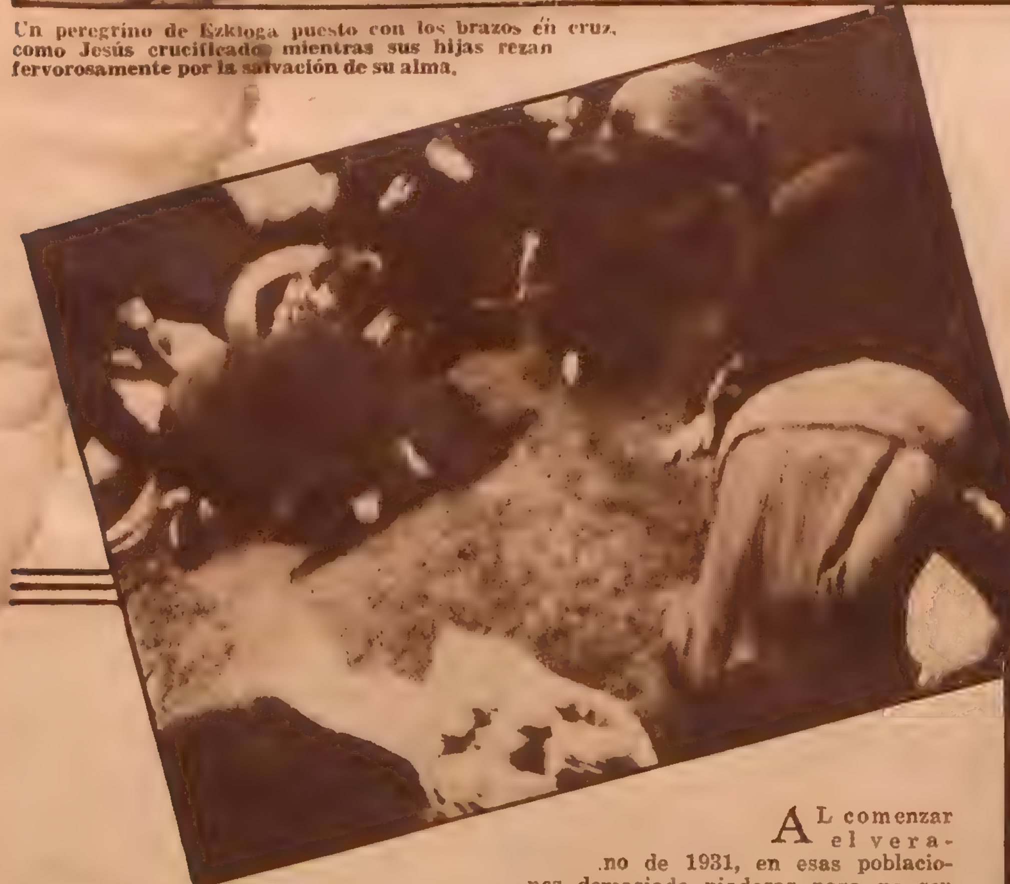
¡NOS ESPERA EL "GRAN CASTIGO"!

Nota por JUAN A. DUCROT

Sacar de esta información, hecha en una región muy caracterizada, conclusiones generales sobre España, sería tan absurdo como imaginarse a Francia entera según una descripción de algún rincón perdido de Armenia o del Finisterre. Es en la más rústica, la más cerrada de las provincias del país vasco donde estos hechos extraños comenzaron a multiplicarse hace dos años. La ráfaga que agitaba a Madrid no alcanzaba a este macizo de montañas; sólo sus ecos llegaban despertando inquietudes...



Un peregrino de Ezkioga puesto con los brazos en cruz, como Jesús crucificado, mientras sus hijas rezan fervorosamente por la salvación de su alma.



Mujeres arrodilladas hunden la frente en el suelo para demostrar su humildad y arrepentimiento de sus pecados.



Este niño, sumido en un éxtasis de misticismo, eleva su mirada a lo alto y reza con fervor, teniendo entre sus manos un crucifijo y un rosario. Es un vidente.

AL comenzar el verano de 1931, en esas poblaciones demasiado piadosas para no ser alarmadas por la revolución triunfante, se divulgó una gran novedad. La Virgen, reina tradicional de toda España y del país vasco en particular, se había aparecido a dos pequeños niños, a la hora del crepúsculo, en un vergel de Ezkioga.

Los valles se conmovieron. Los peregrinos, primero a pie y de muy lejos, por familias, luego por pueblecillos enteros comenzaron a afluir. Cada tarde, los dos niños tomaban el camino del vergel y volvían a caer en éxtasis. La emoción se extendió a Madrid, toda España y hasta el Mediodía de Francia. Fué necesario organizar servicios de transporte, trenes especiales. En lo más fuerte de este movimiento se vieron hasta 150.000 peregrinos amontonarse alrededor de tres árboles santificados por las apariciones, pronto convertidos en estacas por los cortaplumas de los amantes de las reliquias.



Otro peregrino besando la cruz que, según él, ha de redimirlo de los pecados cometidos.

¿Era un nuevo Lourdes? La posada de Ezkioga subió sus precios, se levantaron puestos que vendían a toneladas rosarios, naranjas, cirios y medallas. El propietario del terreno, un fuerte industrial de la región, hizo levantar una cruz de madera. Luego su mujer se decía curada de un cáncer al estómago por el agua de un manantial que brotaba cerca de allí; entonces él construyó una fuente bajo una especie de soportal.

La ignorancia popular crecía. Hombres, mujeres y hasta niños de diez y ocho meses, entraban repentinamente en éxtasis, los ojos clavados en un espectáculo invisible, a veces tan terrible que tiritaban de espanto, se debatían, gemían, rechazando a brazos tendidos un agresor diabólico.

Los prodigios se multiplicaban. En el mes de agosto, una joven niña, Ramona Olazabal, que tenía visiones desde el 16 de julio, anuncia públicamente que la Virgen le ha prometido "hacerle alguna cosa el 15 de octubre y darle un rosario". Dicho día, en medio de una afluencia enorme sube hacia la fuente de Ezkioga. Todo el mundo espera un gran milagro. Algunos, ella la primera, temen que la aparición le pida esta vez el sacrificio de su vida. Ojos inquietos acechan cada una de sus expresiones, cada uno de sus gestos. Apenas llegada al pie de la alta cruz de madera se inmoviliza, los ojos fijos, los brazos extendidos. Y casi en seguida un grito: las miradas que la devoran ven en el dorso de sus manos sudar gotas de sangre. Una violenta hemorragia le sucede al instante y la muchedumbre se arroja, tendiendo sus pañuelos con la esperanza de hacer una reliquia. La sangre rocía los rostros. En medio de un furioso atropello se lleva a la joven, siempre insensible, hacia el estrado. El entusiasmo no conoce límites cuando sus dos hermanos, que la sostienen, levantan orgullosamente sus manos rojas de sangre. Esto no es bastante: un nuevo prodigio hace gritar a los espectadores: "Milagro... Milagro..." Bruscamente aparece en el cinturón de su vestido un pequeño rosario de metal blanco. Está tan sólidamente anudado que se necesitaría mucho trabajo para desatarlo. Y cuando Ramona vuelve en sí, es en medio de un fervor unánime, delirante, que cuenta haber visto a la Virgen, armada con una "espada de sesenta centímetros", tocar sus manos con la punta del arma, que luego tendió a un ángel en cambio del rosario con el cual la favoreció.



El joven peregrino está como muerto, mientras los demás lo rodean arrodillados y entregados a fervorosas oraciones. ¿Es farsa o realidad?

Se precisaría un gran libro para registrar todos los casos de ignorancia colectiva. Hay muchos y de todas clases.



Dos humildes campesinos orando en la gruta milagrosa donde han llegado en piadosa peregrinación.

Estos videntes no se contentan con representar un papel tan pacífico. Hablan mucho. Describen sus visiones con un lujo de detalles, una seguridad, una calma que llena de azoramiento a quien los interroga.

Todos ellos son unánimes en anunciar próximas y terribles catástrofes. Ven que se acerca el "Gran Castigo". Muchos videntes, hombres y mujeres, asisten casi diariamente a la destrucción de una parte de la humanidad. Numerosas ciudades desaparecerán, según se permiten afirmar. Temblores de tierra modificarán terriblemente la geografía de Europa.

A este "Gran Castigo", que será terrible, pero muy breve, y del

(Continúa en la página 57)

Con los ojos cerrados, este joven está en trance místico y predice acontecimientos desagradables para todos: es el "Gran Castigo".

NUESTROS LECTORES SON HABILES DIBUJANTES

GRETA GARBO

Una magnífica expresión de la actriz sueca, fielmente recogida por Carlos A. David, de Sarmiento 60 (Santiago del Estero).

ZASU PITTS

Así ve a la celebrada estrella nuestro colaborador Ramón Fernández, de Puerto Belgrano (F. C. S.).

JOHN BOLES

Herberto A. Lizarraga, de Misiones y Formosa (Santiago del Estero), ha sabido estampar hábilmente el perfil del conocido actor.

CLARK GABLE Y JOAN CRAWFORD

En Laprida 3556 (Santa Fe) se domicilia Roberto Stoppelle, feliz realizador de este dibujo que representa a la buena pareja mencionada.

DOROTHY JORDAN

Aníbal M. Cisneros, que se domicilia en Paraná (Entre Ríos), obtuvo esta ajustada ilustración del rostro de la conocida damita joven.

CLAUDETTE COLBERT

Lil Martínez Furest, domiciliada en Pasaje El Chacho 551, es una de nuestras mas fecundas e inteligentes colaboradoras y autora del presente dibujo.

LAS EVASIONES FAMOSAS

BENVENUTO CELLINI *fué tan* CELEBRE AVENTURERO *como* ESCULTOR

POR
ALFREDO SORENSON



Benvenuto Cellini, que a pesar de su celebridad como escultor y aventurero, dejó una biografía que hubiera bastado por sí sola para cimentar su fama imperecedera.

EL episodio más arriesgado de la vida de Benvenuto Cellini, el famoso escultor y aventurero, fué su fuga espectacular de la prisión de Sant' Angelo, en Roma, en donde había sido recluído por orden del Papa Pablo III.

Benvenuto Cellini nació en Florencia, en el año 1500, donde aprendió escultura, grabado y orfebrería. Después de haber reñido con sus padres, Cellini se escapó de su hogar yéndose a vivir a Roma, donde sus dotes artísticas le valieron el apoyo y la admiración de la alta sociedad.

Durante la guerra entre Carlos V y Francisco I, cuando Roma fué saqueada, Cellini tenía a su cargo la artillería del castillo Sant' Angelo. Más tarde ocupó un alto cargo en la Casa de la Moneda, por decreto del Papa Clemente.

Cuando Clemente falleció, su sucesor, Pablo III, confirmó a Cellini en su puesto. En esa época el escultor estaba culpado y escondido por haber asesinado a un joyero de Milán. El papa, considerando que Cellini había sido provocado, lo absolvió.

Poco después Cellini fué arrestado a raíz de un cargo ficticio, de haber robado joyas del papa. Al negar la acusación Cellini mostró los libros donde estaban asentadas las joyas. Sin embargo, el director de Sant' Angelo, valiéndose del hecho de que Cellini había asesinado a dos hombres, resolvió retenerlo en su calabozo. Tenía entonces 37 años, con veinte de residencia en Roma.

El maestro tenía muchos amigos dispuestos a darle albergue si lograba escapar. Resolvió idear un plan. Cortando sus sábanas en tiras, tejió una soga. Con un par de pinzas robadas a un guardián, extrajo los clavos de las bisagras de la puerta del calabozo; con cera pintada formó clavos y los colocó en el lugar de donde había sacado éstos, dejando los necesarios para sostener la puerta; el día fijado para la tentativa era la víspera de una fiesta religiosa.

Llegada la hora, abrió la puerta saliendo al patio, llevando consigo la soga y un estilete escondido en una media. Atando fuertemente la soga pudo franquear la primera pared. Otra muralla le enfrentaba, y encontrando providencialmente un palo largo, pudo trepar la pared; sólo le restaba una tercera pared. En su camino encontró dos centinelas; ninguno de los dos le molestó, pues no lo vieron o no quisieron verlo. Atando la soga a la base de un cañón empezó su arriesgado descenso; a mitad de camino las manos le dolían tanto que se dejó caer, dando en tierra. Cayó de cabeza quedando aturdido durante más de una hora. Cuando volvió en sí trató de levantarse, comprobando que tenía una pierna quebrada a la altura del tobillo. Tras esfuerzos sobrehumanos, llegó a la puerta de la ciudad. Al pasarla, fué atacado por grandes perros bravos. Con la ayuda de su estilete logró ahuyentarlos.

Cellini se encontraba en un estado lastimoso, y ayudado por un carretero compasivo, llegó hasta el palacio de la esposa del duque Ottavio, hija del emperador.

La noble dama resolvió ampararlo, llamando a un médico para que lo atendiera.

Toda la ciudad de Roma se enteró de la forma en que se había escapado Cellini; era el tema obligado de toda la corte. El cardenal Conaro se entrevistó con el papa a fin de gestionar el perdón.

El papa, después de oír el relato, resolvió perdonar, recordando que él también se había fugado de la misma prisión.

Efectivamente, cuando Pablo III, entonces Farnese, estaba recluído en Sant' Angelo por el delito de estafa, logró fugarse después de haber sobornado a sus guardianes.

Parecía que al fin habían terminado las tribulaciones de Cellini. Sin embargo, a raíz de una respuesta impertinente del maestro, éste fué nuevamente arrestado y alojado en

Cellini, en el más arriesgado episodio de su vida, que tal fué su fuga de la prisión de Sant' Angelo.

(Continúa en la página 43)



Uno de los ayudantes que prestan servicios en el circo de Clyde Beatty besando a un oso pardo de los que actúan en las pistas circenses. Obsérvese la longitud de las uñas del poderoso animal.

OSOS, osos y osos! ¡Cuántas historias, cuántos hechos interesantes recuerdo acerca de estos simpáticos y peligrosos animales de peso!

En el año 1925 un oso fué el responsable de que yo tuviera que aparecer en público vestido de mujer. Fué mientras actuaba en el circo "Wallace-Hagenbeck". El espectáculo consistía en un payaso que canta una canción parado sobre el lomo de un caballo que al trote da vueltas por la pista. A juzgar por la letra, la novia le ha hecho traición, y él, para vengarse la hace subir sobre el caballo y la arroja después a la pista. La joven en cuestión era, naturalmente, domadora. Sin ser principiante, no tenía aún una capacidad completa para dominar a las fieras. El caso es que cuando el payaso la arrojó a la pista, en la que se hallaban tres osos, dos pumas y dos leopardos, uno de los primeros no quiso obedecer sus órdenes. No me extrañó eso, pues el oso es la bestia que con mayor facilidad se

¡DOMANDO FIERAS!!...

da cuenta del verdadero poder de quien pretende manejarlo.

Sin prestar atención a las ya agitadas y nerviosas insinuaciones de la joven, el oso la apresó suavemente, sin intención de hacerle daño. Todo aquello no pasó de ser un simple susto, mas como a la noche siguiente el animal en cuestión volvió a hacer lo mismo, la joven se negó a actuar. Naturalmente, esto no le pareció bien al director del circo, pues toda la propaganda estaba ya hecha, incluso los programas en que tal espectáculo se anunciaba.



Inútiles fueron los esfuerzos que hicimos para convencerla de que era imposible retroceder. La domadora no quiso atender a razones (razones eran las que aducía ella en defensa de su propia vida). Pero después de mucho meditar, el director tuvo una idea que todos clasificaron pomposamente de "brillante".

—¡Ya está! ¡Clyde hará el papel de ella! ¡Lo vestiremos con ropas femeninas y salvaremos el espectáculo!

Y allí hubo que hacer lo que el director mandaba. Discutimos, yo aduje razones personales, pero todo eso no significó nada ante la gran razón que se me exponía.

—¡Hay que salvar el espectáculo!...

Esa misma noche concurrí al modisto, quien en menos de dos horas me dejó hecho una perfecta dama. Me pintaron el rostro, me colocaron una peluca rubia, un elegante traje de amazona, y después de darme algunas instrucciones y de tener que soportar la burla de algunos de mis compañeros, salí a escena, es decir, a la pista.

Todo fué muy bien. El público no se dió por enterado, y aquella noche recogí una serie de aplausos que me dejó pálido. Pero eso no fué nada. Lo peor del caso es que en noches sucesivas, cuando regresaba a mi camarín encontraba siempre dos o tres canastos con flores, una que otra cajita de bombones y algunos regalitos femeninos por el estilo. Aquello comenzaba a cansarme, cuando cierta noche algún espectador ciego me envió, junto con un ramo de flores, ¡una esquela pidiéndome cita! Esto fué la gota de agua que hizo rebosar el vaso. Decidí terminar con todo aquello.

Desde la noche siguiente comencé a hacerle cosquillas al payaso mientras ambos íbamos sobre el caballo. Naturalmente, la canción salía completamente tronchada, cosa ridícula si se considera que la letra era sumamente triste. El payaso, a quien desde la primera vez que yo lo había secundado, se sentía atacado por la risa cada vez que me veía convertido en damisela, era incapaz de soportar aquello. Esto duró tres noches más. A la tercera el director consintió en dar por finalizado semejante número,

Clyde Beatty vuelve hoy a hablarnos del oso, un animal que para él tiene encantos especiales. En algunas anécdotas, bien narradas, nuestro colaborador logra darnos una impresión acertada del carácter por demás raro que ese animal evidencia cuando actúa en el circo. Uno de los episodios más graciosos de su vida lo constituye el hecho de haber tenido que disfrazarse de mujer "para salvar el espectáculo", cuando una domadora se negó a enfrentarse con un oso. ¿Imagina el lector a Clyde Beatty ataviado con indumentaria femenina y recibiendo en su camarín ramos de flores y hasta una esquela en la que un espectador entusiasta le solicitaba una cita amorosa? ¿Y a un oso abrazando suavemente a uno de los componentes de la orquesta durante una función? ¿Y a otro que, inopinadamente, recibe una descarga eléctrica por morder un cable?



Una vez domado, el oso pardo es una bestia magnífica para la exhibición de números humorísticos. Aquí aparece uno de ellos bebiendo el contenido de una botella que aparentemente es de su gusto.

Una serie de EMOCIONANTES ALTERNATIVAS *en la* AZAROSA VIDA *del* GRAN DOMADOR CLYDE BEATTY

gracias a lo cual pude yo tranquilamente retornar a mi antigua condición de hombre...

En otra oportunidad se realizaba un acto en el que yo estaba colocado sobre una plataforma elevada a cuatro metros del suelo, acompañado de un oso. En la mitad de la función el soporte que la sostenía se rompió y caímos el animalito y yo. Tal accidente debió ponerlo nervioso, pues no bien caímos se tiró encima mío apretándome con sus modestos trescientos kilos, que afortunadamente no reposaron por entero sobre mi humanidad.

Otra vez, Hima, un oso así llamado porque había nacido en Himalaya, atacó de improviso a uno de los componentes de la orquesta. Ver venir aquella mole y echar a correr, todo fué lo mismo para los músicos, que en medio de una horrenda desafinación mezclada con gritos de miedo abandonaron sus sitios. El que tocaba el trombón no pudo hacer lo mismo, y sin siquiera saber cómo se había producido todo aquello, se sintió suavemente aprisionado entre los brazos de Hima. Todo se redujo a un simple susto, pues bien pronto hicimos volver la fiera a la pista.

¿Por qué aquel oso no atacó ferozmente al músico? ¿Por qué no lo apretó como podía hacerlo conforme se lo propusiera? No lo sabemos. Yo ya he dicho en un capítulo anterior que los osos son realmente desconcertantes en su conducta. Tan pronto se ponen furiosos como se convierten en mansos corderos.

Otra vez este mismo Hima nos brindó un espectáculo gratuito, del que conservo un imperecedero recuerdo, pues me hizo reír a carcajadas.

Era por la mañana y nadie trabajaba. Hima había tenido desde muy pequeño la fea costumbre de morder todo cuanto encontraba a tiro. Un pedazo de madera, un trozo de lona, en fin, cualquier cosa él mordía. Por eso siempre tuve la precaución de colocarle en un sitio estratégico sin dejar nada a su alcance. Un buen día lo dejé en la pista y me entretuve casualmente en observarlo. El animal, cuando creyó que estaba solo, miró hacia los costados y no vió nada para estrujar entre sus dientes. Llevó la vista arriba y tampoco halló nada. Pero hete aquí que cuando miró para abajo le pareció encontrar lo que buscaba.

Advertí en él un movimiento de satisfacción e, intrigado, también yo miré. ¡Y lo que vi fué nada menos que un cable de la luz eléctrica, dejado allí por descuido de uno de los obreros que casualmente pocos minutos antes había estado colocando la instalación! Yo ni siquiera tuve tiempo de correr hacia el animal para evitarle el mal momento. Hima tomó el hilo, y como de costumbre se lo llevó a la boca. Así estuvo durante algunos instantes tratando de cortarlo con los dientes hasta que se produjo lo inevitable.

El oso entró en contacto con los filamentos interiores y recibió la descarga. Ante sus propios ojos se produjeron los chispazos, y la bestia cayó al suelo agitándose como si una serpiente la hubiese mordido. Y allí quedó Hima, sentado en el centro de la pista, con el más vivo asombro reflejado en su ancha cara, pero sin atreverse a volver a tocar a tan peligroso adversario.

Escenas así, cómicas unas, dramáticas otras, sorpresivas las más, pero siempre plenas de interés, las he presenciado por docenas y he sido en ellas personaje principal durante los años que en mis exhibiciones circenses presenté animales de tal especie. Jamás he confiado en ellos. Nunca he salido a la pista con la absoluta certeza de que tal o cual oso me respondería en la función. Cualquier clase de sorpresa puede esperarse de un oso que además tiene la característica de ser desobediente sin que su desobediencia dependa de su valor o de su incomprensión. El oso es desobediente porque es terco. No atiende órdenes porque no quiere hacerlo. Pero, eso sí, cuando "está en la buena" es un verdadero placer darle órdenes, pues las cumple rápidamente y al pie de la letra.

FIN

Benvenuto Cellini
(Continuación de la página 41)

el peor calabozo de una prisión de Roma. Creyendo que había llegado su última hora, Cellini pasó mucho tiempo rezando.

En efecto, todo estaba resuelto para su ejecución. A último momento, unos amigos influyentes lograron postergar el día fatal, siendo nuevamente trasladado a Sant' Angelo. Su nuevo calabozo estaba situado bajo el nivel del jardín y lleno de arañas y gusanos. Su colchón era inmundo. Llegó a ser tal su desesperación, que seriamente decidió suicidarse, como lo relata en su autobiografía.

El rey de Francia, favorablemente impresionado por el trabajo artístico de Cellini, pidió su extradición al papa.

El cardenal Ferrara fué comisionado para gestionar la extradición, y aprovechando el momento propicio, en un banquete dado por el papa, logró su objeto, siendo trasladado esa misma noche al palacio del cardenal el famoso Cellini.

A la mañana siguiente el papa se arrepintió de haber absuelto al escultor, pero ya era tarde; había dado su palabra.

En Francia sus obras fueron muy admiradas. Sin embargo, su espíritu inquieto lo indujo a viajar, realizando varias obras de arte.

La fama de Cellini es valorada en sus obras artísticas y en su autobiografía. Una autoridad competente declaró que la historia de su vida forma una de las cuatro mejores autobiografías que jamás se hayan escrito.

Sus críticos lo califican de orgulloso, egoísta, prepotente, pendenciero nato; un hombre cuya vida fué marcada por los desórdenes.

Esta descripción no es exagerada. Como pendenciero no tenía rival. Durante el saqueo de Roma hirió al príncipe de Orange con una descarga de trabuco, además de afirmar que él mismo mató al vigilante del condestable de Borbón.

Nuevamente demostró ser de temperamento fuerte: el papa le encargó un cáliz, pero se tomó demasiado tiempo, y fué conminado a que entregara la joya y fuera ésta terminada por otro artista. Cellini se negó rotundamente a dejar que su obra fuera seguida por un extraño. Fué arrestado por desacato al papa y destituído de su puesto.

FIN

Cuando llega, fatalmente,...

El FIN del AMOR

... una extraña inquietud flota en torno de los enamorados que van a darse el último adiós.

UNA mañana de abril, desde el pequeño balcón de su chalet, Guy Martinsell contemplaba las armoniosas líneas del lago Maggiore. Bajo el sol italiano, su figura parecía más alta y elegante. Su cara había adquirido un tono pálido lo que hacía resaltar más sus facciones; trataba de cerrar los ojos; aunque el reflejo del lago le lastimaba la vista por efecto del sol, no se daba vuelta, hasta no haber dominado su emoción.

Luego sintió la mano de Carol sobre sus hombros, y oyó su voz:

—No lo tomes tan a pecho, mi querido Guy; después de todo sabíamos que esto iba a suceder algún día. ¿No es cierto, mi...? ¡Hasta estábamos conformes de que así fuera... y que seríamos razonables llegado el momento!

—¡Sí! — contestó, casi sin voz, Guy.

Carol suspiró. ¿De pena?... ¿De alivio?...

—Muy bien — siguió suavemente. — Ha ocurrido lo que debía ocurrir; eso es todo; tú lo viste venir claramente como yo, pero no tuviste fuerzas para afrontarlo... O tal vez no tuviste palabras para decirlo; pero yo las tengo..., y ahora vamos nuevamente a entendernos.

—Sí — volvió a decir Guy. Y dándose vuelta hacia Carol, agregó: — ¡Y pensar que éramos tan felices!... ¿No lo eras tú?...

—Lo era...

—¿Hubieras preferido que esto hubiera sucedido gradualmente?... ¿Sentirte aburrido, e ir destruyendo poco a poco nuestro amor?

—¡Oh! Es que aún podemos conservarlo perfecto y puro.

La joven que no tenía más de veintitrés años encendió un cigarrillo. Guy quedóse quieto, observándola, y al mirarla sintió brotar en palabras sus sentimientos; pero como no encontraba expresiones, tenía la sensación de que su cerebro explotaría. Semejante emoción no es propia de un inglés; pero la madre de Guy era española. De ella había heredado sus grandes ojos negros y sus largas y finas manos; y, tal vez para su mal, el tomar en serio a las mujeres. Carol le había dicho: "Nuestro idilio ha terminado." Ahora que podía mirarla de nuevo, no podía creer. ¿Era ella la misma persona que había amado y conocido tan íntimamente, durante tantos días y noches? Le parecía imposible que pudiera estar tan tranquila, con un mirar impávido... Todas las mañanas se recostaba así, como hoy, mientras conversaban sobre los planes del día. Esa mañana estaba todo igual: el lago, el cielo, el balcón; pero el tema era otro, y la última nota sonó falsa...

Encendió un cigarrillo, porque... ¿Qué puede hacer un hombre en presencia de una dama cuando siente que su mundo se derrumba?... No puede quejarse, ni llorar, ni jurar.

—Bueno. ¿Qué debemos hacer ahora?...

—Partir para Roma mañana.

—¿Me regala bondadosamente otro día?... Creo que no es necesario; no hay ninguna razón para hacer la agonía tan lenta.

Ella sonrió.

—Soy indulgente con mi propio sentimentalismo; y, además, se olvida que tengo que recoger mis efectos del "Castillo". Iré esta tarde en el coche; prefiero que no me acompañe; estaré de vuelta a la hora de la comida.

Cuento por VAL GIELGUD



—¿Para la comida?...

—Sí... ¿No recuerda que la primera vez que nos vimos fué para una comida?... Deseo comer con usted de nuevo. Comeremos a las 20, aquí...; y tendremos la misma comida que tuvimos aquella noche en París. Ahogaremos la realidad de la pena en una orgía de sentimentalismo; terminaremos teatralmente, y así podrás borrarme de tu recuerdo para siempre... ¿No crees que es una buena idea?...

—Creo que es absurdo — contestó Guy, y preguntó: — Dime, ¿existe otro?...

—No... En cierto modo desearía que así fuera, para hacerte comprender lo franca que soy. No hay nadie en mi camino. ¿No recuerdas acaso lo que una vez te dije: "Tengo que tomar frío para valorar el abrigo del fuego; pero aun así no vuelvo jamás al mismo fuego..."? ¿Recuerdas?...

—Sí, Carol; es cierto. Toma el coche solamente. Si vas al "Castillo" tráeme una caja de mis cigarros; pídesela a Giuseppa; así como mi cigarrera, que envié a Londres para arreglar, y que llegó el día antes de venirnos. No la he desenvuelto; está en un cajón del toilette; es un paquete sellado, con estampillas inglesas; tengo el propósito de fumar mucho en estos días.

—Sí, Guy; tendrás tus cigarrillos — dijo



—Bueno ¿qué debemos hacer ahora?
—Partir para Roma mañana.

Carol, levantándose. — Me alegro de que hayas evitado la frase estúpida de ahogar las penas con la bebida. ¿Por qué no vas a dar un paseo en bote? Voy a hacer preparar la comida, y no deseo que vuelvas antes de las 19 y media.

—Como quieras, Carol... Esto es fantástico, no es real; la gente no puede comportarse así...

—Tal vez, no — contestó Carol. Y levantando los hombros, agregó: — Pero yo sí... Ellos son desgraciados, y yo no... — Y sin decir otra palabra entróse a la casa.

Guy, al sentirse solo, comenzó a pensar; recordó su primera comida con Carol; esa noche haría su última comida con ella; las demás las haría solo, recordándola; la expresión de sus ojos volvióse rara, casi salvaje.

Como habían convenido, y siendo Guy muy puntual, llegó a la villa a las 19 y 30. Carol lo esperaba.

—Encontrarás tus cigarrillos y la caja negra en tu habitación. Pensé que como era nuestra última comida deberías vestirte de gala. No me olvidé de nada: la corbata, la camisa blanca, los gemelos...

Guy se sorprendió; no estaba preparado a esa sorpresa. Al ver a Carol de traje de blanco parecióle un ánima; pero las horas en que había quedado solo le enseñaron a dominar sus sensaciones. Fué a su habitación, se vistió minuciosamente, llenó su cigarrera, abrió el paquete sellado, sacó de él una cajita que puso rápidamente en el bolsillo, y luego, con toda calma, bajó al comedor.

Carol no había olvidado ningún detalle; todo se parecía a aquella primera comida.

—Pedí a Giuseppa una botella de tu coñac añejo para que la ilusión fuera más perfecta.

—No sé cómo agradecerte todo.

Hablaba Guy con la misma tranquilidad que había mantenido durante la comida. Para ella, todo era parte de la obra; pero él...

—Tomaré el café en el balcón, como siempre — dijo Carol. — Trae el coñac...

Lentamente Carol fué hacia el balcón; se sentó y contempló su querido lago. En el comedor quedó Guy sirviendo coñac; la sirvienta dejó el café sobre una mesita y las dos copitas de coñac se acercaron.

Hubo un largo silencio.

—Sí... — dijo Guy. — Ha sido una comida excelente. Te lo agradezco como tantas otras cosas...

—Admite que no olvidé nada.

—Ha estado todo maravilloso; pero, ¿puedes decirme por qué motivo lo has hecho?...

—Tal vez por casualidad; tal vez porque pensé que así me olvidarías más pronto.

—¿Siempre te vas mañana?...

—No; me voy esta noche. Terminaré el café y el coñac. No quiero jugar más contigo. Bebamos por nuestro futuro.

Ninguna de las dos manos estaba serena al levantar las copas. Lentamente las tocaron.

—Supongo — dijo Guy — que estás en lo cierto; tal vez la culpa sea mía en ser serio y anticuado, o tal vez en no conocer a las mujeres. Pero por más que he pensado todo el día, sólo veo en tu decisión y la conducta de esta noche algo increiblemente egoísta y cruel. Nos hemos amado tú y yo, y eso significa que hemos entregado buena parte de nosotros..., y partir así... Hay una sola forma de finalizar nuestro amor...

—¿Cuál es?

—Es una cosa pasada de moda, que se llama "muerte". ¿Tú quieres terminar nuestro amor? Pues entonces a morir. A menos que el farmacéutico me haya engañado.

—¿Estás loco, Guy?

—Tal vez lo esté; pero ya ves; la muerte es lo más fácil; es una solución. Cuando mi perro se enloqueció compré ese veneno, y tú misma me lo has traído... ¡Tú pensaste en preparar esta comida, con rosas, velas..., mientras yo pasé el día pensando en nuestro amor!...

—¡Pero, Guy!...

Carol se levantó apoyando una mano sobre la mesa; estaba pálida como la muerte.

—Es la retribución a tu comida. Sí, Carol; tú misma elegiste el final de nuestro idilio.

—Hay algo que has olvidado, Guy... Algo que hicimos en París la noche que comimos juntos por primera vez; estábamos bebiendo coñac, y después del primer sorbo cambiamos nuestras copas. ¡Esta noche he vuelto a hacerlo!... No creo que el veredicto importe mucho a ninguno de los dos. — Y entornando los ojos, sonrió. — ¡Guy, empiezo a sufrir!... ¡Toma mi mano..., así!...

ESTAMPAS MADRILEÑAS:

POR ARTURO ROMAY

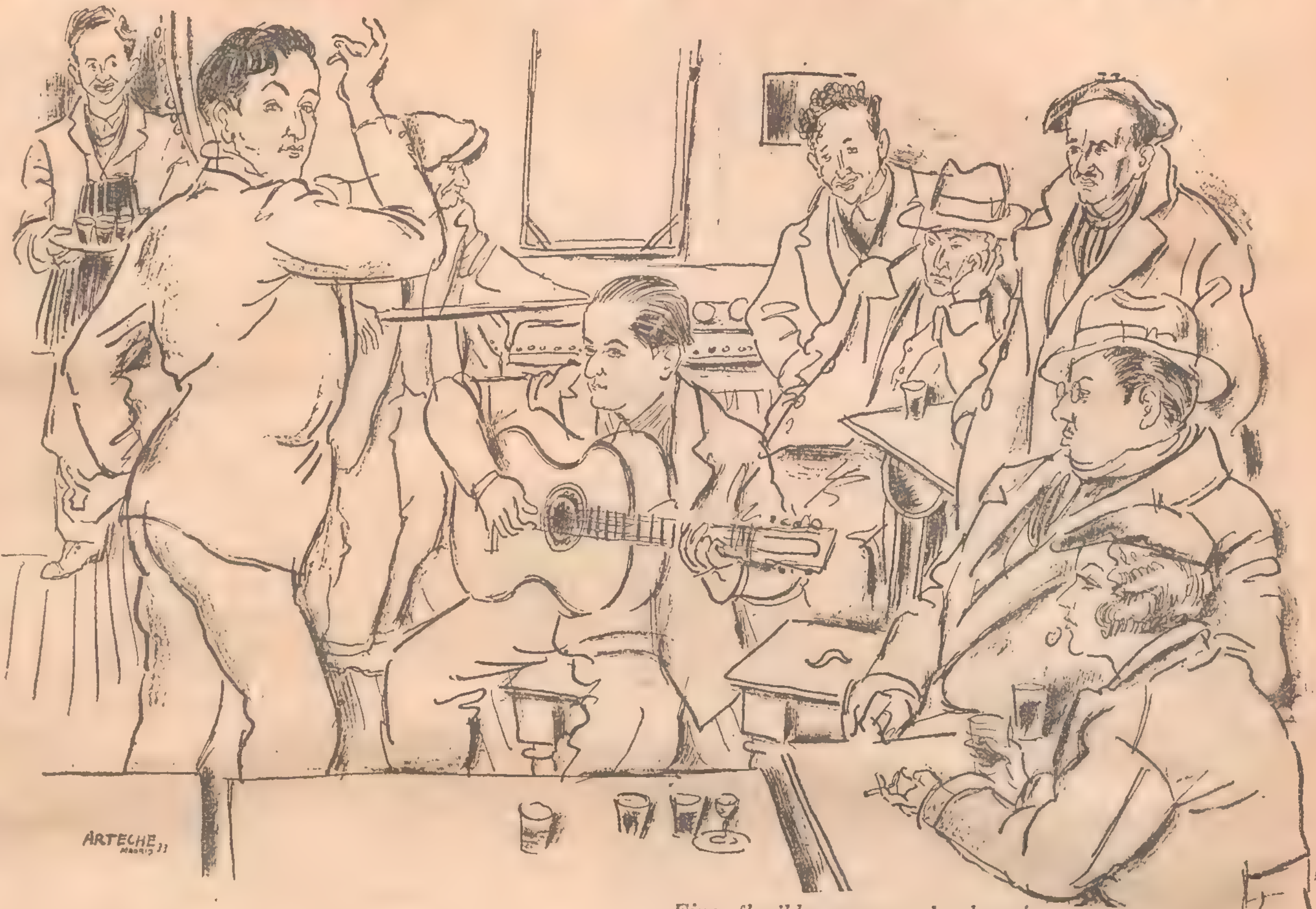
La TABERNA del TIO PACO, CAPILLA del "CANTE JONDO"

EN un lugar absurdo, donde nadie lo sospecharía, los buenos flamencos de Madrid, los buenos de verdad, los *chipén*, han encontrado su refugio. En la taberna del tío Paco, en la tortuosa y empinada calle del Conde, erizada de guijarros y por la cual pueden andar a duras penas dos hombres de frente. Corazón del viejo Madrid de Quevedo que se repliega sobre sí mismo, con empaque castizo, y se emboza en su capa agujereada haciendo un guiño desdeñoso al petulante *rascacielismo* de la Gran Vía, sin solera, desespañolizada, que se marea desde sus alturas de hierro y de cemento y se deslumbra con los múltiples reclamos parpadeantes de luces de colores.

Taberna del tío Paco, neblinosa de humo de tabaco malo, oliendo a jamón rancio y vino tinto; rumorosa de voces broncas y de entrechocar de vasos de esos que se caen al suelo y no se rompen.

Al llegar al umbral, vacilo. Un vago temor me sobrecoge. Mi afición a lo pintoresco no da para tanto. El *gachó* que me acompaña — un "buen aficionado", como él se clasifica — advierte mi perplejidad y con un gesto resuelto me decide:

—Pase usté; que aquí todos son amigos.



Fino, flexible como un alambre, de un salto se planta en medio del corro, empinado sobre la punta de los pies, hecho un manojo de nervios contenidos, hasta que la danza los desate y puedan distenderse en libertad.

Entramos. Un vaho caliente y pegajoso me acaricia. Las siluetas de los parroquianos se esfuman en la atmósfera densa. Al sonar de la puerta se produce un movimiento suave de cabezas, y veinte ojos turbios y lacrimosos fijan en nosotros miradas entre curiosas e indiferentes.

—Buenas...

—Salú...

Precedido de mi acompañante, que va repartiendo palmetazos a diestra y siniestra en un exagerado afán de inspirarme confianza y demostrarme que allí "todos son amigos", me abro paso como puedo por entre los bebedores que se hacinan junto al mostrador en el pequeño espacio libre que existe de éste a la pared, flanqueada de bordelesas.

Nos instalamos en la trastienda junto a una mesa de mármol. Cinco mesas más, idénticas a la nuestra, están distribuídas en el pequeño local que no tendrá más de cuatro metros cuadrados. Adosado a las paredes, un largo banco de madera. Unos cuantos taburetes. En la estantería de los muros se alinean botellas cuyas etiquetas el polvo y el tiempo han uniformado, a punto de hacer sus rótulos indescifrables. La luz, que procede de una única bombilla eléctrica arrebujada en un bullón de marchita tarlatana azul, es escasa. Viene por la cocina, por la boca negra de la puerta del fondo, junto con el ruido alegre de una fritanza, un olor saludable a cebolla. Poco a poco me voy haciendo al lugar y al ambiente. Ya todo me va inspirando una relativa confianza.

—De esto no tendrán allá en su país, ¿verdá, usté?

—Algo hay...

—¡Ca! Si como esto no hay nada. Madrí es único en el mundo.

Ahora se acerca el chico, que ha descendido desde la alta tarima del mostrador para ofrecernos sus servicios.

—Ustedes dirán...

Yo no atino a responderle, distraído con la maraña de su pelo y los lamparones del amplio delantal, que alguna vez fué blanco.

—Tráenos dos chatos, niño — ordena por mí mi compañero.

—¿Quiénes son esos? — le interrogo, una vez que se ha marchado el chico.

—Buenos amigos todos ellos. Nos reunimos aquí para cantar. El hijo del amo toca la guitarra. ¡Ya verá usté cómo toca! *Dedos de plata* le llaman. Por algo será... Él es el único *tocaor*. Cantar, cantamos varios.





A mi derecha tengo a un viejo cetrino y menudito. Se me figura un Baco andaluz, experto catador de mostos.

A poco regresa el chico trayendo en la bandeja de latón cuatro chatos que deposita sobre la mesa.

—Son de parte del *Flaco* — dice por los dos que exceden de nuestro pedido.

—Dale las gracias, y de mi parte sírvele otro — le digo, halagado por la fineza del desconocido visitante.

—No — rectifica mi compañero. — Echa una ronda para él y los que están con él. — Y dirigiéndose a mí, añade: — Son buenos amigos, ¿sabe usté?

Al filo de las once ya estamos todos. Los que bebían junto al mostrador han ido entrando en la trastienda, lentamente, y se instalan alrededor de las mesas con gesto serio y pausado movimiento. Sus caras ya me son familiares y no me ispiran el menor recelo. Aparecen unos cuantos hombres más, se cambian saludos sintéticos, y en pocos minutos no queda libre un solo taburete ni una palma del banco común.

—¡Hola!

—¿Qué hay?

—Ya lo ves...

En el abigarrado conjunto hay tipos de toda catadura. A mi derecha tengo a un viejo cetrino y menudito con una na-

Las grandes historietas de SOGLOW

AVENTURAS DE UN REY

¡ANTE TODO, PAPÁ!

(Derechos exclusivos adquiridos por MUNDO ARGENTINO)

riz muy grande como colador de verdura. Se me figura un Baco andaluz, experto catador de mostos, alegre y despreocupado. Mi vecino de la izquierda es un muchacho de aire achulado. Esconde la cara entre el gran pañuelo de seda que le rodea el cuello y la gorra a cuadros echada sobre los ojos. Silba entre dientes y de cuando en cuando se hurga la oreja con la uña larga del meñique en rápido movimiento. Apuntalan la puerta del fondo dos tipos de edad indefinida, y sus siluetas, sobre el fondo obscuro, por donde viene el olor a cebolla frita, son las estatuas del "a mí qué" y del tiempo que pasa. Un gordinflón de atuendo aburguesado se despatarra en un rincón para dar libre acomodo a su vientre abultado que soporta una gruesa cadena de plata, cuyos extremos se hunden en los bolsillos del chaleco. Frente por frente tengo a un pelirrojo de cara pecosa y ojos vidriados de mirar inquietante. Al lado de mi compañero se sienta un madrileño jaque: amplia capa bordada, sortija de brillantes y lunar de pelo en la barbilla. No acierto a imaginar qué es toda esa gente, cuál es su oficio, en qué pasa las horas del día. Ni me importa saberlo. Aquí se conducen todos ellos como señores. No se oye una palabra grosera, no se ve un ademán descompuesto. Lucen hasta en el menor detalle una cortesía hecha de naturalidad y desenvoltura, que les nace de dentro, que no es copia ni remedo. Puede que muchos de ellos, a la vuelta de la primera esquina, destripen a un infeliz para quitarle la cartera; quizá Lavapiés sea el teatro de sus chulerías y majezas, y no sería nada difícil que a más de uno la *poli* lo ande buscando; pero aquí, en casa del tío Paco, donde han venido a "alternar", severos oficiantes del culto del "cante jondo", tengo por seguro que ni uno solo entre ellos se atrevería a dar la nota. Puedo estar tranquilo, porque aquí me encuentro entre perfectos caballeros.

Y aparece *Dedos de plata* enarbolando su guitarra. Hay un movimiento de expectación en la tertulia. Mi compañero nos presenta:

—Aquí, un buen amigo.

Ya estamos presentados. ¿Para qué más?

La gente carraspea como si todos fueran a cantar juntos. Los dedos se mueven nerviosos sobre las mesas anticipando el son. Hay un arrastrar de banquetas y un rebullir en los asientos que proclaman el deseo de acomodarse bien para escuchar. Se hace un silencio profundo. Al chico se le ha caído de las manos un vaso sobre el cinc del mostrador y el ruido producido parece doble.

—¡Niño — le recrimina adusto el patrón, — a ver si puede ser ya!

—¿Un fandanguillo? — le pregunta el *tocaor* a mi compañero.

—Bueno.

Dedos de plata arranca con un sonoro acorde, y el silencio es tal por escucharle, que podría decirse que no se oye ni la respiración.

Mi compañero alarga el cuello, tuerce la boca, entrecierra los ojos, y extendiendo una mano hacia adelante con los dedos juntos, como para indicarle el camino a la copla, rompe a cantar con voz ronca y temblorosa:

"Tu calle ya no es tu
[calle,
que es una calle cual-
[quiera,
camino de cualquier
[parte."

El concurso, hechizado, sigue sin alientos los giros del cantar, con las pupilas fijas en el *cantaor*, como si escuchara por los ojos.

Fina la copla en una cadencia desmayada, en un largo jipío masticado, y un ¡olé! ensordecedor la remata de manera rotunda.

—Tú — le dice *tocaor al pelirrojo*, — a ver unas soleares.

¡Soleá!, madre del *cante*. Esto es lo más serio del mundo. ¿Quién ha dicho que la gente viene aquí a divertirse? A divertirse, al teatro. Aquí se viene como a orar se va a la iglesia. ¡Soleares! ¡Ahí es nada! Todo el dolor flamenco; toda la honda tristeza faraónica; que *flamenco* no viene de Flandes, sino de "felah", el campesino egipcio, remoto antepasado de esta gente del bronce, mezcla de cristiano y moro, que le canta saetas a la Dolorosa son palabras húmedas de agua bendita, pero cuyo acento melódico se estremece con la memoria de Mahoma.

La cara del pelirrojo se ennoblece a medida que canta, y cuando termina está casi hermoso.

—¡Vengan más chatos, niño!

—¿Quiere usté un pitillo?

—Aquí tiene lumbre.

—Se agradece.

El ambiente está electrizado del dramatismo que fluye de las coplas, de los *cantaores* y de la guitarra incansable que va enlazando polos, y martinetes, y cartageneras, y mineras y medias *granaínas*, sin respiro, casi con agustia, como si esta noche, densa de fervor, fuera la última noche del *cante* y hubiese que apurar su comunión para enfrentar la muerte sin pecado.

Humo y calor. Y los vapores del vino enrojeciendo las mejillas y abrillantando los ojos.

—¡A su salú, compadre!...

Continúa en la página 65)

Las peripecias de PANCHO



¡Mi abuela!...

CARTAS DE UN ARGENTINO QUE SE ENOJA

Señor Director:

En mi anterior carta, que usted acogió con tanta benevolencia, quedamos en que iba a explicarle por qué me sentía autorizado para enojarme *en la amable rueda de los lectores de su revista. Porque, en otras palabras, les daba a mis enojos esta proyección de comentarios epistolares, en vez de limitarlos a simples desahogos personales. Intentarlo constituye para mí, antes que una obligación, un alivio. Yo no sería capaz de robarle al público ni siquiera los pocos minutos que demandan mis* enojos, *si no palpitara dentro de mí algo que no puede confundirse con un deseo individual. No me atrevo a declararme intérprete de una causa colectiva, pero las palabras que digo cuando me enojo no son exclusivamente mías: las siento rondar en torno de mis oídos como un clamor de multitud. Al analizar luego serenamente mis conceptos, descubro con satisfacción que estaban inspirados en una causa de justicia. Me indigna, por ejemplo, el criterio exclusivista con que pretenden hacer nacionalismo las agrupaciones surgidas con la revolución del 6 de septiembre, porque considero que es refractario a nuestra tradición histórica y a nuestra realidad social. Así como Hitler intenta un pangermanismo sobre la base de la raza aria — actitud que no entro a juzgar — nuestros legionarios tratan, aunque no lo confiesen francamente, de fundar una nueva argentinidad cimentada en las familias de más rancio criollismo, que son las familias consideradas aquí aristocráticas. A ese extremo los ha llevado el afán de imitación, que no se disimula siquiera en circunstancias como esta, donde resulta más absurdo. ¿No es absurdo, acaso, ser extranjerizante hasta cuando se trata de hacer nacionalismo? Lo más curioso es que ese nacionalismo importado, como lo llamé en mi carta anterior, está animado por un gran odio al extranjero, con lo que convierte a quienes lo practican en* antiextranjeros extranjerizantes. *Nada mejor pondrá de relieve lo ridículo de tal actitud que la yuxtaposición de ambas palabras. La preocupación de crear una aristocracia social, en un país donde no puede existir por razones históricas esenciales, arraigó entre nosotros desde antiguo cierto desprecio por el apellido gringo, por el apellido, mejor dicho, que delatase una ascendencia inmediata extranjera. ¡De esa frívola preocupación se quiere hacer ahora un programa nacionalista! ¡Cómo no me voy a enojar, señor director, si esa tendencia está violentamente en contra de nuestra civilización que es fundamentalmente una civilización adaptada de Europa y propulsada por europeos! Una civilización ahora en manos de hijos, de nietos y de biznietos de europeos, que no otros forman la* clase media argentina, *donde están las mejores reservas del país. Declarar únicas depositarias del patriotismo a las familias genuinamente criollas, además de una incongruencia histórica, supone ignorar la verdadera fisonomía social argentina, nítidamente acentuada en el último medio siglo con el florecimiento de la agricultura, las industrias y el comercio. Supone ignorar asimismo la verdadera genealogía de los fundadores de nuestra nacionalidad, como San Martín, Belgrano, Vieytes, Castelli, Mitre y tantos otros. He aquí cómo impensadamente casi, he logrado esbozar una explicación de la causa colectiva que justifica mis cartas. Yo, señor director, soy un representante genuino de esa clase media que tan injustamente se pospone y se ataca, so pretexto de nacionalismo. Quizá por ello tengan cierto calor de patria a veces mis palabras. Pretender llamarnos malos argentinos a los que provenimos del aluvión inmigratorio que formó nuestra nacionalidad, importa, después de todo, no haber conocido nunca una familia de italianos y españoles. ¿No es acaso, señor director, lo más común entre los hijos de italianos y españoles de nuestro país llamar, despectivamente,* gringos *y* gallegos *a sus padres; renegar de la patria de sus mayores? ¿Se quiere mejor ejemplo de la sagrada virulencia con que prende el espíritu de la tierra en nosotros?*

Seguiré el miércoles. Hasta entonces.

Argentino D. Vera

Buscar nuevos...
(Continuación de la página 3)

acerca de lo que pueda resultar de esta experiencia, pero fácil es comprender que la repetición de experiencias análogas puede conducirnos al afianzamiento de la riqueza rural y a la estabilidad en las transacciones del mercado internacional.

En dos palabras: buscar nuevos mercados y standardizar la producción de acuerdo a las preferencias de los consumidores, como ya hicimos con tanto provecho con el ganado mayor.

Una clase de belleza
(Continuación de la página 26)

depilan, primero se deben remover los pelos del borde inferior. Cuando haya obtenido el arco deseado, remueva únicamente suficientes pelos del superior para obtener un efecto prolijo, parejo. Las cejas deben quedar lo más arriba posible; el espacio sobre el puente de la nariz, entre las cejas, debe estar absolutamente libre de pelos. La belleza de los ojos depende más de su colocación que de su tamaño, y aunque no podemos hacer nada en ese sentido, podemos cuidar las cejas de manera que den la ilusión de órbitas separadas, aumentando la belleza de los ojos y la nuestra en general.

Mantenga sus cejas y pestañas bien cuidadas; deje todo el espacio posible entre las primeras, y "levante" la línea de las cejas todo lo que pueda. Además de todo esto, obtenga todo el aire fresco y todo el ejercicio que le permitan sus ocupaciones, y no le robe horas al sueño que le corresponde. ¡Todo esto ayuda a embellecer los ojos!

FIN

Rulito y Blas
(Continuación de la página 28)

aquel día habían logrado en los montes; el padre y la madre sintiendo en las entrañas que roía el hambre, que por dejar más alimentos a los pequeños habíanse entregado al sueño sin haber llevado a los labios ni un solo bocado. Y el sueño generoso cerró los párpados de toda la familia, y la noche fué creciendo en obscuridad y silencio.

Cuando las primeras luces comenzaron a hacer el nuevo día, despertó la madre; creyó estar aún en sueños, despertó al esposo, creyó él ser víctima de la fiebre. Llamaron a los pequeños, que supusieron estar en plena pesadilla. No dormían ya sobre la tierra ni era techo el cielo; dormían todos sobre mullidos colchones, cubríanles ricas mantas, habitaban la hermosa casa que antes fuera morada del señor generoso.

Criados, manjares. Los zapatitos primorosos de los niños estaban allí junto a la chimenea, donde el hermoso fuego ardía.

Desbordaban los juguetes y las golosinas.

Estaban absortos.

¿Cuál había sido el sueño? ¿El primemero, el amargo, o este glorioso y feliz?

El padre lo explicó:

—No hemos soñado, hijos míos, hemos vivido. Fuimos ricos y luego fuimos pobres, pacientes y resignados, que con nuestras propias manos procuramos nuestro alimento.

"Los Reyes Magos han hecho el milagro, nos han devuelto lo que era nuestro, lo que perdimos. En realidad los Reyes Magos son la vida, la justicia real de la vida.

"Pero ahora nosotros tenemos demasiadas riquezas. ¿Para qué las precisamos? Nos hemos dado cuenta que hay muchas cosas superfluas e inútiles. ¿Para qué precisamos de un palacio, si con una habitación nos sobra? ¿Para qué tantas tierras, si nuestras manos apenas podrán labrar una extensión pequeña?"

La madre y los hijos comprendieron que aquellas palabras desbordaban razón y justicia.

—¿Y qué haremos? — preguntaron.

—Pues guardemos tierra para labrar y techo bajo el cual vivir; del resto haremos un hospital para niños enfermos.

Dice la leyenda que fué así fundado Ños, y que el autor fué santificado.

Esta historia demuestra por qué deben practicarse las fiestas clásicas familiares, porque ellas encierran enseñanzas útiles y buenas.

Demuestra también que la resignación y la paciencia acallan los males de la vida y atraen los premios del cielo.

FIN

Hojeando los últimos Libros

COMENTARIOS por ANIBAL PONCE

MAXIMO SOTO HALL: "MONTEAGUDO"

Ediciones argentinas "Cóndor" — Buenos Aires

La figura de Bernardo de Monteagudo no ha recibido aún toda la atención que merece. Fuera de los libros tradicionales que le fueron consagrados — incompletos, apresurados, poco interesantes, — no conocemos ningún estudio de los historiadores contemporáneos. No es que el interés por su figura haya disminuído, ni que los escritores argentinos lo desconozcan o lo olviden. No hace mucho Rafael Alberto Arrieta, por ejemplo, le consagró una página de su "Bibliópolis", y sabemos también que el dramatismo de su vida aventurera viene tentando, desde algún tiempo atrás, la curiosidad de Danero. Pero si la simpatía por su existencia novelesca, lejos de decaer se ha acrecido, no es menos cierto que no son muy abundante los materiales de que disponemos. Como todos los miembros de las logias de la época, Monteagudo gustaba de la discreción y la reserva. Y si eso sólo explica, en parte, la obscuridad de algunos de los períodos de su vida, basta añadir, además, que recorrió toda la América Latina para comprender asimismo lo dificultoso que resulta la reconstrucción aproximada de sus andanzas.


Máximo Soto Hall

El último libro del señor Máximo Soto Hall, incluído en la colección de "Las grandes biografías contemporáneas", prometía, naturalmente, la "vida" que esperábamos desde hace tanto tiempo. Pero aunque el título asegure otra cosa, el "Monteagudo" del señor Soto Hall sólo se proponé narrar el período comprendido entre la caída de su ministerio, en junio de 1832, hasta su muerte, en enero de 1825. Cierto es que esos años de la vida de Monteagudo se cuentan entre los menos conocidos; a punto tal, que es de práctica no encontrar sobre esa época más que algunas vaguedades sobre su actuación en Quito, su viaje a Guatemala y su proyectada comisión a Méjico. Aunque no se trata, por tanto, de una biografía, el estudio del señor Soto Hall no carece de interés.

En los archivos de diversos países, en la correspondencia de Bolívar, en las memorias de la época, ha encontrado más de una referencia de importancia que ha sabido contar con habilidad y con soltura. Fuerza es decir, sin embargo, que el capítulo primero — bastante desordenado y declamatorio — no predispone bien a la lectura. Pero en el resto del libro, el señor Soto Hall se olvida un poco del tono apologético para adquirir el acento menos inflamado del narrador.

Aunque especialmente consagrado a poner en claro la vida de Monteagudo durante los dos años de que ya hablamos, el ensayo del señor Soto Hall se propone destacar, además, lo que correspondió al argentino en el ideal panamericano que acariciaron Bolívar y José Cecilio del Valle. Quizá sea ese uno de los aspectos mejor realizados por el señor Soto Hall, y ya que no nos ha dado la biografía del ilustre jacobino, su libro contribuirá a poner algunos documentos más en las manos del futuro historiador o novelista que la intente.

GONZALEZ TRILLO - ORTIZ BEHETY: "DIEZ ADOLESCENTES"

"Colección Cometa" — Buenos Aires

Con los "Diez adolescentes" de Trillo y Ortiz Behety, la "Colección Cometa", que ya empezaba a alarmarnos, adquiere de pronto un sentido inesperado. Diez vidas jóvenes, con sus ambiciones, sus penas, sus desfallecimientos, sus miserias, surgen delante de lector, lanzadas diestramente por dos novelistas que son ya algo más que una promesa.

El estilo nervioso, conciso, elíptico, da a la narración una rapidez sin descanso. A veces, cierto es, la observación se detiene demasiado o se extravía en detalles de un "naturalismo" del peor gusto. Porque los autores, que son quizá muy jóvenes, creen tal vez que la prosa "masculina" exige esas pruebas de "tempestad" y de "osadía"... Extremismo literario, que es también como el otro "enfermedad infantil", pero que no sienta del todo mal cuando entre los dos autores se suma "poco más de cincuenta años".

A pesar de las dificultades que los mismos autores se han impuesto, y de las vacilaciones explicables en una empresa de este orden, "Diez adolescentes" deja reconocer un aliento vigoroso. Lo que falta en la obra de los señores González Trillo y Ortiz Behety lo dará, sin duda, el esfuerzo, la disciplina, la autocrítica: todo eso, en fin, que ayuda más que perjudica a las vocaciones indudables, y que va acentuando en las obras literarias de la madurez la participación cada vez más consciente del espíritu en la manera de traducir y analizar lo que en un principio se presenta al propio autor como un conjunto de una vida intensa pero confusa e indistinta.

Aníbal Ponce

El chacarero que funda...
(Continuación de la página 20)

habían fracasado; pero paso a paso, con sus propios medios, Robinson sabía que habría de llegar muy lejos...

ROBINSON, FUNDADOR DE JOHANNESBURG

Grand-Fontein, más que diamantes, producía oro. Con el producto de sus explotaciones, Robinson empezó a levantar las primeras chozas de Johannesburg.

Sus actividades mineras rendían, a poco tiempo, espléndidamente, y Robinson ensanchaba sus dominios auridiamantíferos a lo largo del Vaal (hacia el norte y ya en territorio del Transvaal), y cimentaba el crecimiento de Johannesburg; ese montoncito de chozas que en diez años alcanzó a tener más de 100.000 habitantes y que hoy es la ciudad de Africa más importante del imperio, después de El Cairo.

Robinson había descubierto ese centro minero y todas las codicias acudieron puntuales a la cita magnífica del oro y del diamante. ¡Mil apetitos, de mil aventureros de mil ciudades, se saciaron en Johannesburg!...

SIR JOSEPH ROBINSON

El rudo chacarero boer Joseph Robinson, se convirtió en sir Joseph Robinson. El Reino Unido había premiado su misión en la vida con un título de baronet. Tenía 90 años y estaba sordo como una tapia. ¡Tintineo de pepas de oro y granos de diamante debió haber lacerado sus tímpanos!... Para lograr hablarle era menester que lady Ida le gritase con todas las fuerzas de sus pulmones, acercando sus labios a la oreja de su padre. Estaba semiparalítico; sólo de leche se alimentaba y vivía encastillado en su palacio de Johannesburg. "¡Oh miseria de la carne moribunda! ¡Oh noventa años de un hombre que podría hacer feliz a media humanidad si quisiera!"; contaba un periodista que llegó a entrevistarle muy poco antes de su muerte, y que imaginó hallar al anciano, como Julio Verne describe a su capitán Nemo, moribundo en el salón fantasmagórico del submarino anclado, por toda la eternidad, en la líquida caverna de la isla Misteriosa.

Nada traducía su inaudito triunfo logrado sobre la materia. Su soledad fabulosa — solamente recibía a muy contadas personas — se reducía al cuadro que ofrece un viejo, espantosamente viejo, como se puede ser a los 90 y tantos años, sentado en una butaca, de la que sólo se mueve para ir a la cama, con los pies enfundados en gruesos zapatones sobre un calorífero, y que ante cada visitante toma un cigarrillo entre sus dedos (que la hija enciende), desafiando al asma y al catarro que le oprimen, como única demostración de vida... Apenas se retiraba el visitante, el achacoso Robinson tiraba lejos el cigarrillo que ardía entre sus dedos, con ese gesto inconfundible con que nos separamos de lo que nos daña... La realidad barriendo con la comedia.

Y la Muerte, barriendo con la Piltraca, se llevó a sir Joseph Robinson, que fuera el más íntimo amigo de Pablo Kruger, el hombre más rico de la tierra y el único a quien Cecil Rodes haya efectivamente temido.

El "rey de los diamantes" murió en 1930.

FIN

LOS DESTINOS HUMILDES
El COLCHONERO

POR

LEONIDAS BARLETTA



Con la máquina de cardar al hombro y las largas agujas en el bolsillo, el colchonero deja caer su pregón de puerta en puerta.

CON la máquina de cardar al hombro y las largas agujas en el bolsillo, el colchonero deja caer su pregón de puerta en puerta.

Su paso es lento y triste el metal de su voz. La simplicidad de su pensamiento no abarca la grandeza del mundo que visita.

Cuando en la casa familiar el vaivén de la carda va cubriendo el patio de vellones, sus ojos adquieren esa pesantez de las aguas profundas. Sueña. ¿Por qué no? La vieja parra enrosca y desenrosca pequeños tirabuzones de nueva vid. La misma hilera de hormigas negras, con el mismo febril apresuramiento, colma de provisiones el almacén subterráneo que ya sabemos.

Un sol pálido dora las tinas donde sobreviven a la estrechez del envase la malva lila, el cedrón oloroso y la aljaba ingenuamente decorativa.

El perro de la casa se ha echado, con el hocico sobre las patas extendidas, los ojos lacrimosos, una mitad indiferentes, otra mitad desconfiados. Alrededor del colchonero y sobre sus pies se va esponjando la lana, blanca, rubia, leve, y su tosca figura emerge como de una nube, a igual que en las pinturas clásicas, balancean do acompasadamente la carda...

...ris... ras... ras... ris...

Y si este ritmo acuna su pensamiento, nadie tuvo jamás mejor esperanza de hallar la verdad. Pero cada vez nuestro hombre entiende menos qué es el paso por la vida, lleno de pueriles preocupaciones, de dramas ficticios, de angustias convencionales..., de amores falsos...

...ris.,. ras... ras... ris...

Solamente el concepto viril de la muerte desbarata el prejuicio y la mentira. "Ten cada día delante de los ojos la muerte, el destierro y las otras demás cosas que la mayor parte de los hombres ponen en el número de males. Pero cuida particularmente de la muerte, porque por este medio no tendrás ningún pensamiento bajo ni servil, ni desearás nunca nada con pasión", decía Epicteto.

La vida inventada por el hombre no nos contenta. Los deberes creados por el hombre no nos entusiasman. La justicia administrada por el hombre no nos conforma.

...ras... ris... ris... ras...

Y el mundo es un espectáculo maravilloso, turbio, desordenado, un baile infernal de razas, de pasiones, de ambiciones; un torbellino de hombres máquinas, de máquinas hombres, de sentimientos y de cálculos, de dolor y alegría...

...ris... ras.., ras... ris...

Una sola ley..., una sola orden imperativa, parece salir de las entrañas de la tierra, de las entrañas de las cosas, sea la cuna o el cañón: ¡Vivid!

Sí; vivamos y suframos, lejos de la pasividad bestial, lejos de la felicidad vegetal, lejos de la dicha, más triste aún, de la piedra.

Ahora el colchonero rellena el colchón de género y su mano gruesa mulle la lana sin saber —y acaso sin importársele— si está preparando la cama del enemigo cordial o la del que por la noche caerá de bruces llorando su bajeza.

Una suerte de religiosidad se desprende de su maniobra. La aguja va y viene velozmente, y el colchón va adquiriendo la morbidez que lo hace deseable.

Desde ese momento pertenece a la vida. Acogerá por igual al adolescente deportista que pone en descanso sus músculos estúpidamente activos; al hombre de trabajo que cae derrengado en un sueño de muerte; a los creadores de la vida y la muerte en el abrazo nupcial; al que la adversidad le ha quebrado la frente, y al que con un ojo puesto en la estrella, a través de los vidrios, entrega su cuerpo miserable igual que el que no tuvo otro lecho que el de la tierra que lo tragará.

PEDRO FRANCISCO LACENAIRE *asesinaba*

PEDRO Francisco Lacenaire fué un hombre para quien la eliminación violenta de un semejante resultaba tarea tan fácil como buscar una rima para sus versos. Tan dispuesto se hallaba siempre para dar muerte a un vecino como para hacer un soneto. No es posible averiguar si Lacenaire, anticipándose a algunos espíritus extraviados, concebía el crimen como obra de arte. Lo cierto es que su carrera literaria, en la que prometía destacarse, quedó trunca por la guillotina.

Este raro espécimen de hombre de letras, no pudiendo distinguirse con la anhelada rapidez como gran poeta ni percibiendo por sus versos y canciones el dinero que necesitaba para llevar vida opulenta, decidió quitárselo por la fuerza a quien lo tuviera, tarea en la cual adquirió triste renombre. Y a no mediar la enérgica intervención de la justicia, que lo condenó a muerte, el número de sus crímenes quizá hubiera sobrepasado al de sus poesías.



Pedro Francisco Lacenaire fué el poeta asesino que manejaba la pluma con la misma facilidad que el puñal.

Nació en 1800. Tanto en el seminario de Alix como en el colegio de Lyon dió pruebas de poseer clara inteligencia y entusiasmo por las letras. Oyéndolo durante las clases leer correctamente en latín, nadie hubiera previsto su trágico futuro. ¡Quién podía imaginar que aquel joven tan afecto a las cosas del espíritu, que traducía con soltura a Horacio, habría de horrorizar más tarde a sus coetáneos cometiendo bárbaros delitos! Lacenaire soñó primero ser un gran abogado, pero luego abandonó sus pretensiones para sólo ocupar diversos puestos como modesto empleado. "En realidad—escribe uno de sus biógrafos — no deseaba otra cosa que triunfar fácilmente, sin hacer esfuerzos. Elegante, delicado, más cerebral que sensual; amoral más que bebedor o libertino; espíritu cáustico y original; ecléctico en literatura, epigramatista, excelente componedor de canciones y poesías, tomó sus facilidades por facultades reales y quedó asombrado de no triunfar inmediatamente. Decepcionado, responsabilizó a la sociedad de su fracaso, y nada mejor halló que declararle la guerra."

Comenzó por cometer algunos robos, hasta que fué condenado a un año de prisión. Recobrada la libertad, compuso algunas poesías no desprovistas de gracia e intención, especialmente una que tituló "Petición de un ladrón a un rey, su vecino", en la cual, al final de la primera estrofa, pedía al rey que lo nombrara sargento de la ciudad; en la segunda reclamaba la prefectura de policía; en la tercera solicitaba un ministerio, y en la última decía: "¡Señor! ¡Concededme vuestro puesto!"

No obstante sus deshonestas andanzas nada hacía sospechar que Lacenaire fuera capaz de manejar un puñal con la misma facilidad que la pluma. Pero he aquí que, a fines del año 1834, la policía descubrió un doble y feroz asesinato cometido en uno de los barrios más poblados de París. La esposa de un vendedor de alhajas, llamado Chardon, había sido brutalmente ultimada en su cuarto. En la pieza vecina fué hallado el cadáver del hijo acribillado a puñaladas. Con una rápida inspección realizada en el departamento se comprobó, por el desorden que reinaba y la forma en que habían sido violentados los muebles, que los criminales habían entrado allí para robar. ¿Quiénes eran los autores de tan bárbaro crimen? Las primeras pesquisas efectuadas para dar con ellos no dieron resultado. Hallábanse las autoridades empeñadas en dar caza a los misteriosos delincuentes, cuando un nuevo hecho sangriento conmovió a la población. En una habitación de la calle Montorgueil número 66, el cobrador de un establecimiento comercial, que en esos instantes llevaba una fuerte suma de dinero, había sido



Con una rápida inspección realizada en el departamento, se comprobó que los criminales habían entrado allí sólo para robar.

con la MISMA FACILIDAD que hacía VERSOS

NOTA

Por

DOLAN CROLEN



Hace aproximadamente un siglo horrorizaba a la población de Francia la triste celebridad de Pedro Francisco Lacenaire, "el poeta asesino", para quien los crímenes y los versos eran cosas igualmente vulgares y de la misma facilísima realización. Amoral y cáustico, para él valían tan poco las vidas ajenas como la suya propia, y es así que en la hora suprema prefirió la cuchilla de la guillotina a la vergüenza del perdón.

víctima de una celada y herido gravemente en la espalda de una profunda puñalada. ¿Tenía este suceso delictuoso alguna relación con el anterior, cometido hacía apenas unos días? Después de afanosas indagaciones la policía logró detener, por otras razones, a dos sujetos, uno de los cuales, llamado Avril, hizo inesperadas declaraciones que facilitaron el éxito de la pesquisa. Y fué así cómo el 2 de febrero de 1835 la policía pudo echar el guante al temible poeta Lacenaire en momentos que preparaba otra fechoría.

Pero lo interesante en este caso extraordinario no consiste en el relato de los crímenes, de los cuales sólo hemos hecho somera narración, sino en la extraña psicología del autor, cuyo cinismo, como se verá, llega a extremos inconcebibles. Veamos cómo explica sus delitos este rimador amoral, cuyas ideas guardan cierto contacto con las de Raskolnikof, el famoso personaje de "Crimen y castigo".

— No soy cruel — dice Lacenaire, — pero los medios deben estar en armonía con el fin. Asesino por sistema era necesario que me despojara de toda sensibilidad. La idea de la muerte no me horroriza. Morir hoy o mañana, de un hachazo o de una puñalada, ¿qué importa? Tengo treinta y cinco años, pero he vivido más de una vida, y cuando veo a los viejos arrastrarse y extinguirse en una lenta y dolorosa agonía, yo me pregunto si no vale más morir de un golpe y con pleno ejercicio de mis facultades. Así poseyera el veneno más activo no me suicidaría. Por otra parte, ¿no es la guillotina, de todos los venenos, el más sutil? Pero tengo otra razón: criminal, he realizado un contrato con el patíbulo. Mi vida pertenece desde ahora a la ley. Tengo, en alto grado, un poder tal sobre mi imaginación, que he podido crearme un mundo propio. Si quisiera, no pensaría en la muerte hasta encontrarme frente a ella. En mi lejana infancia, en Lyon, atravesé en compañía de mi padre la plaza donde se realizan las ejecuciones y conocí el procedimiento. Desde ese día un lazo invisible me une al patíbulo. He terminado por habituarme de tal modo con esa idea, que no concibo otro género de muerte. ¡Cuántas veces, soñando, me he visto guillotinado! Por tanto, señores, como lo veis, el suplicio no tiene para mí ni siquiera el encanto de la novedad...

Luego, como si terminara de escribir un inspirado poema, con un vaso de vino en la mano y dirigiéndose a los curiosos que concurren a la cárcel para verlo, les dice, sonriendo:

— No es de Falerno, aquel buen vino del cual mi viejo Horacio decía:
"Nata mecum consule
Manlio."

Lacenaire gusta ser escuchado. Habla sin fatigarse de sus fechorías cual si fueran bellísimas creaciones de su espíritu. Se enorgullece de lo bien que estudiaba sus planes y de la habilidad que ponía en realizarlos.

— Confiese, sin embargo — le dijo alguien en cierta ocasión — que el asesinato del cobrador no podía permanecer impune. El cadáver abandonado en el lugar del crimen hubiera puesto a la policía sobre su pista.

— ¡Alto ahí! — interrumpió el peligroso poeta. — Yo no soy un imbécil. El cadáver lo hubiera hecho desaparecer. Eso está en mi costumbre...

— Sí, pero no olvide que se desentierran los muertos...

Lacenaire, con un gesto de desdén, respondió:

— Si en lugar de huir como un cobarde, Francois (el cómplice), hubiera cerrado la puerta, yo hubiera ido hasta el final. Inmediatamente habría embalado con toda prolijidad a la víctima para colocarla luego en una canasta y llevarla a Bercy. Allí, alquilaba un barquichuelo, simulando el deseo de dar un paseo. Descendería por el Sena, pasaría tranquilamente por delante de las embarcaciones donde se encuentran los guardas... En Saint-Ouen, en una casita alquilada de antemano, quemaría el cadáver... Singular hoguera, ¿no es cierto? En cuanto a los huesos los echaba a la corriente, unos por aquí, otros por allá... Y durante todo ese tiempo la policía estaría creída que el cobrador se había fugado con el dinero. Vacía mi bolsa habría recomenzado con un segundo, con un tercer cobrador y así hasta que me detuvieran. No podía eludir mi destino, y mi destino es el patíbulo...

Recordando sus antiguos planes criminales, este poeta sanguinario manifestó que una vez estuvo a punto de matar al conocido escritor francés Scribe. "Fuí a pedirle ayuda — cuenta, — y sin que tuviera que rogarle mucho me dió algún dinero. ¡Nunca habrá sospechado el buen hombre el peligro del que escapó! De haberse negado, tiempo haría que no habría escrito más comedias, ni libretos de óperas ni siquiera "vaudevilles".

Durante el proceso, que duró tres días, Lacenaire se mostró locuaz, cínico y despreocupado, hasta el exceso. Habló de su pasado, de sus ideas y aspiraciones con el visible propósito de asombrar al auditorio con su audacia. Al dirigirse a los jueces se expresó de la siguiente manera: "Si sólo tuviera que defenderme de los crímenes que se me imputan, no hubiera tomado la palabra. Me referiré exclusivamente al celo y al talento que ha evidenciado el defensor que el tribunal ha tenido a bien designarme. Si hablo, no es por un sentimiento de amor propio. Es porque siento que debo decir cosas incompatibles con el ejercicio de las nobles funciones que él ha desempeñado sin desearlo, en defensa de un criminal, con un celo que merece mi más profundo reconocimiento y con un talento digno de mejor causa."

Después de hablar extensamente sobre los más variados asuntos, agregó lo que sigue, que pinta cuáles eran sus ambiciones:

— No pido gracia. Y ¿qué gracia podrían acordarme? ¿Gracia de la vida? Es una gracia que no solicito. ¡Ah, si me ofreciérais los goces del lujo, una fortuna, aceptaría, sin duda! Pero la vida, ¡la vida!... Hace tiempo que yo no existo más que en el pasado. Desde hace ocho meses la muerte se sienta a mi cabecera todas las noches. Los que dicen que aceptaría una conmutación de la pena, se equivocan. Ninguna gracia me podéis otorgar. Ni la pido ni la espero.

Como es de suponer, criminal tan raro y charlatán tuvo sus admiradores. No todos los días podían verse delincuentes tan extraordinarios. Las damas le enviaban a la prisión misivas solicitándole el retrato con un autógrafo. Se contaban por centenares los que se valían de toda clase de influencias para poder tener el placer de conversar unos instantes con el criminal. Todo esto contribuía a inflar

(Continúa en la página 60)

La LINEA que



1. — Encantador vestido de brin: la blusa se cierra diagonalmente y se sujeta con tres botones de forma muy original.

2. — En tela de hilo se puede confeccionar este sencillo vestido.

3. — Para reuniones deportivas es muy sentador y práctico este modelo, de género de hilo blanco. Lleva una original capa que al mismo tiempo forma el canesú en la parte de adelante.

4. — De línea muy juvenil y elegante es este sencillo y encantador vestido confeccionado en piqué blanco. El canesú es cortado en pico, y forma la línea del cuello muy alta. En el hombro y al costado de la pollera tres grandes botones.

5. — A una silueta joven le confiere mucha gracia este modelo de piqué blanco. La blusa lleva adorno de botones blancos. Las mangas son de corte muy amplio, un cinturón de cuero, ancho, acentúa el talle.

6. — Delicioso traje es éste, de crepe verde nilo. Lleva un cuello de forma muy original, es drapeado y pasa debajo de dos cortes practicados en la blusa, a la altura de los hombros. Este cuello puede ser igualmente que los puños de una seda escocesa que armonice con el color del vestido.

7. — Traje para la noche. Su corte es entallado y ceñido al cuerpo. Los volados que cubren los hombros con movimiento de mangas, se prolongan en la espalda hasta la cintura, formando un gran escote. El mismo detalle de los volados se repite en el bajo de la falda a los costados.

IMPONE la MODA









9

10

11

8.—Para la noche es este traje de seda azul. Se frunce adelante en abundantes pliegues formando un ojal por el que pasan dos paneles que se prolongan hasta la cintura. En el bajo de la falda lleva un ancho volado.

9.—Traje de seda acresponada blanca, combinando con seda celestegris. Las mangas y el escote son drapeados.

10.—Moderno traje de calle. Las mangas son muy amplias a la altura del codo. La falda es de corte tubular.

11.—Vestido saco, muy juvenil, de seda color arena, con un gran cuello capa doble, de seda color tostado; un lazo de este mismo tono lo ciñe al talle.

12.—Vestido para niñas, de tela de hilo, color celeste, adornado con piqué blanco.

13.—Gracioso vestido de organdí, bordado sobre fondo rosa. Cinta azul en la cintura.

14.—En dos tonos de verde es este vestido para niñas.

15.—Sobre una blusita de organdí acresponado blanco se lleva este vestido, de voile estampado.

16.—Jardinero para niños, en brin rojo. La blusita es de piqué blanco.

LA CIENCIA DE PREGUNTAR

LECTOR TRIUNFENSE, DE EL TRIUNFO. F. C. O. — Puede usted escribir a la Escuela de Policía de la Capital, calle José María Moreno y Rosario. Puede hacerlo, asimismo, a una buena librería consultando los avisos que publican las mismas en los grandes rotativos y revistas. Quizá tengan el manual a que se refiere.

● ●

PANCHITO R. OBLIGADO. — Destino de los nacidos el 12 de febrero: mala suerte en el juego. Desgracias amorosas si no modera su carácter.

● ●

F. B. C. — La numeración arábiga no fué inventada por los árabes, sino por los indios. Aquéllos la introdujeron en España, de donde se difundió en el mundo civilizado occidental.

UN VIEJO LECTOR. GENERAL PINTO. — Todo propietario puede aumentar el alquiler al locador si no hay contrato previo que fije el mismo. 2º El locador puede exigir un tiempo prudencial para buscar otro local y mudarse. 3º En último caso consulte a un abogado.



Un grabado representativo de cómo se supone que fué Adán.

● ●

FABRINIA. — Adán vivió 930 años. Matusalén 969. Noé 950 años. Después del diluvio este último alcanzó a vivir 350 años.

● ●

UN ROSARINO. — El agua tibia, con un poco de alcohol en la misma, suele servir para limpiar esos cartones sucios.

● ●



Los bosques del Chaco argentino



ESTA de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjanse por carta a la dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.

LOS LECTORES QUE PREGUNTAN

ROSARIO DE SANTA FE. (Sin nombre ni seudónimo). — No dice usted a qué nombre supuesto quiere que respondamos, después de rogarnos que no demos el suyo. Puede exigírsele el pago de todas las mensualidades adeudadas a ese deudor o la devolución del terreno, sin reembolso alguno por parte del acreedor. Un arreglo humanitario en esta época podría estar constituído por una fórmula conciliatoria, mediante la cual el deudor pudiese seguir pagando la deuda y las nuevas amortizaciones, cómoda y equitativamente, sin perder lo adquirido ya.

● ●

SAN JUAN 542. — Si ese extranjero ha obtenido la carta de ciudadanía, pero no tiene aún la libreta de enrolamiento, es evidente que no puede hacer uso de ningún derecho cívico para realizar el cual sea primordial la presentación de la libreta mencionada.

● ●

SEBASTIAN GODOY. SALTA. — La región forestal más importante de la república está constituída por el Chaco. El árbol más abundante allí es el quebracho colorado (schinopsis lorentsii). El quebracho es una de las maderas más pesadas del mundo. No flota en el agua. Dejémosle la palabra a Kühn, referente a las variedades de quebracho. "Hay dos variedades, dice, "distinguidas por el contenido diferente de tanino": en el Oeste del Chaco domina la especie "santiagueña" con 10 % de tanino en el promedio, y en el Este, a partir del meridiano 61 % aproximadamente, la especie "chaqueña" con 25 a 30 % de tanino. Debido a esta diferencia, la utilización de esas dos clases es distinta y ha originado formas económicas de explotación también completamente diferentes. El quebracho santiagueño se utiliza para vigas, postes, y especialmente para traviesas de ferrocarriles; además, sirve su leña para combustible de alto valor."

ETHEL. CAÑADA DE GOMEZ. — Uno de los más sencillos e inofensivos métodos para extirpar las verrugas es darles diariamente un toquecito con tintura de tuya. Si las verrugas están en las manos se usa el ácido nítrico, colocado cuidadosamente sobre la misma, sin que alcance a la piel. El ácido acético es menos peligroso que el nítrico. Recomendamos, en todos los casos, la intervención médica. 2º El teñido del cabello suele dar origen a verdaderas enfermedades en el cuero cabelludo, que pueden a su vez originar infecciones de carácter general. Depende de la naturaleza de las personas el que esto ocurra o no, pues un mismo preparado suele producir eczemas en unos casos y en otros no. Para "negrear el cabello" se usa, como materia activa y de positivo resultado, el nitrato de plata. Casi todas las fórmulas que se conocen son irritantes. Otras desarrollan vapores nocivos. Las preparaciones a base de corteza de nuez se recomiendan también. Hay una tintura, innocua, cuya fórmula es la siguiente:

Nitrato de bismuto	*50*	*gramos*
Alcohol	*30*	*„*
Agua de rosas	*200*	*„*
„ destilada	*300*	*„*

Está recomendada por Ghersi Castoldi. Se pone el nitrato en la mezcla de los tres líquidos — como señala éste — y se añade el amoníaco suficiente para que la solución sea completa. Aparte se prepara una solución de:

Hiposulfito de sosa.	*60*	*gramos*
Agua	*200*	*„*

Por la mañana se friccionan enérgicamente los cabellos con la solución de bismuto, después de haberlos desengrasado con jabón y solución débil de sosa. Por la noche se aplica a la solución de hiposulfito de sosa.

● ●

PRECAVIDO. — Consulte su misma libreta de enrolamiento y encontrará respuesta cabal a su pregunta. 2º Carácter de los nacidos el 12 de enero: distraídos. El 24 de noviembre: firme voluntad. El 22 de noviembre: propensos también a la distracción y a la meditación.

EL ARTE DE CONTESTAR

CJAJARICIENCE. — Diríjase a cualquier buena librería de esta capital. El costo de ese libro no podría nunca ser mayor de cinco pesos. Horóscopo de los nacidos el 25 de enero: buena fe. Suerte en el trabajo.

● ●

MONOGRAFICO. — Consulte un diccionario enciclopédico. Hay verdaderamente inventos e iniciativas curiosas cuyos iniciadores, descubridores, etc., se han perdido en la historia de los tiempos. El lacre, a que usted se refiere, fué divulgado por los chinos. De la China procede, de donde pasó a Occidente en el siglo XV.

● ●

INDIECITO. JUNIN. — Cada vez que los indios eran derrotados, cuando salía a perseguírseles después de los malones que daban, el rescate de la hacienda robada, alcanzaba a cifras a veces verdaderamente fabulosas, lo que da una idea numérica e impresionante del carácter e importancia de esas tropelías.



Un malón de indios

En el libro de Dionisio Shoo Lastra, "El indio del desierto", encontramos párrafos como éste, tomado del archivo del Ministerio de Guerra: "De lo que era capaz de hacer aquel enemigo, de su rapacidad, da idea el hecho de que el comandante Lorenzo Vintter, secundado por el jefe de la misma graduación Marcelino Freire, en una acción que duró dos días, quitó a los indios en la laguna de la Tigra, al sur de Buenos Aires, doscientas veinticinco mil cabezas de ganado."

● ●

NINON. — Esos diplomas no tiene ningún valor oficial.

● ●

PILO DE SAN JUAN. — No hay ninguna escuela como la que usted cita. La Escuela de Mecánica de la Armada está sita en la calle Blandengues 4291. La Escuela de Pilotos y Maquinistas Navales en Reconquista 281 y la Escuela de Radiotelegrafistas en la Dársena Norte.

● ●

LECTOR DE "EL ARTE DE PREGUNTAR". — No damos direcciones privadas.

● ●

CHASCO. — Esa región denominada "Sahara argentino" y cuyo verdadero nombre es Campo de Arena, está al pie de la sierra del Aconquija.

¡Nos espera el "Gran...
(Continuación de la página 39)

cual los más fijan el plazo para este año, sucederá una prosperidad, una dicha paradisíaca. Habrá el "Gran Milagro", imposible de precisar, por el cual la Virgen se manifestará a una humanidad que no contará más que con santos. En cuanto a los humildes videntes de Ezkioga, que bien entendido, escaparán del cataclismo, serán los apóstoles de la Nueva Iglesia. A lo menos, he ahí lo que dejan entender los más audaces de entre ellos...

¿Qué pensar de estas profecías, de estos videntes? ¿Se tratará de chiflados, de simuladores?...

INTERVIENEN LAS AUTORIDADES

La vida se vuelve imposible en un país donde semejantes historias son el objeto de todas las conversaciones, donde los videntes, cada día más numerosos, no se limitan a tener sus éxtasis en un rincón de la montaña y osan conversar con la Virgen, o combatir al diablo tanto en la vía pública como en el bosque. Desde 1932, la prensa local está llena de polémicas a propósito de Ezkioga.

En el Congreso, un diputado sube a la tribuna para denunciar todo este asunto como un vasto complot urdido contra la república.

Sólo se consigue un resultado mediocre. Si la gran multitud, más curiosa que piadosa, cesa, poco a poco, de ir en peregrinación, toda la región no termina de ser el escenario de hechos cada vez más extraordinarios.

En fin, en octubre de 1932 se ha llenado la medida. Un juez instructor es encargado del asunto; los visionarios son severamente interrogados, y los ocho principales, hombres o mujeres, encerrados en el manicomio. ¿Qué van a hacer los alienistas? Se ven obligados a poner en libertad a estos singulares clientes después de dos meses de examen. Todos estos "videntes" salen del hospicio con certificados atestiguando su perfecta integridad de espíritu.

De un momento a otro es enviado a la cárcel el magistrado municipal de Ezkioga con un ex franciscano de Valencia, protagonista demasiado celoso. Los dos, inculpados de complot contra la república, no serán puestos en libertad sino al cabo de ocho días y después de entregar una garantía de mil pesetas. Aventura que no entibiará más que en apariencias las convicciones sólidamente arraigadas y que, una después de otra, turbadoras coincidencias vendrán a fortalecer. Juzgad: el gobernador del Pozo es nombrado en Cádiz, y ve de pronto su carrera interrumpida por la demasiado famosa masacre de Casas Viejas. Un religioso franciscano que se había hecho notar entre los más ardientes en combatir a los visionarios y sus secuaces, estando ocupado en vigilar los trabajos en la iglesia de Nuestra Señora de Lourdes, en San Sebastián, el día del aniversario de las primeras apariciones, cae, a consecuencias de un golpe de calor, con tan mala suerte que se abre la garganta contra el filo de una paleta, y muere. Y como estos otros casos más. ¡Al buen entendedor pocas palabras!

Después de dos años, la situación se ha modificado profundamente. Un observador superficial que pasara por Ezkioga ahora, podría creer que todo ha terminado. Pero no hay nada de eso. Al contrario. Si es cierto que sólo van a Ezkioga pequeños grupos; si, en general, los protagonistas de este asunto tratan de hacerse olvidar de las autoridades, hay que guardarse muy bien de creer que todo ha vuelto a entrar en orden. Pues en adelante es en las casas, en pequeños comités, donde los videntes tendrán sus éxtasis.

Sin embargo, algunos de los videntes terminan por ceder, dejan un buen día de tener visiones. A veces, también, anuncian por adelantado que a partir de tal fecha la Virgen les ha prevenido que no se mostraría más a ellos.

EL RETRATO DEL DIABLO

Los hechos relatados tienen, en verdad, por qué alarmar. Pero ¿qué decir de los verdaderos aquelarres que se realizan en una aldea perdida de la Navarra, en Iraneta?

Región salvaje, paisaje de un grandor ya africano. Crepúsculo. Una gran pieza, en el fondo de la cual brillan dos cirios alumbrando una especie de altar. En silencio llegan los vecinos; por último el vidente de la comarca se arrodilla ante el altar. Es un tosco muchacho muy tranquilo, como lo son, por otra parte, todos los asistentes. Se reza el rosario; al cabo de un rato, Luis Irurzun (el vidente) cae hacia atrás como si hubiera recibido un swing en el mentón. Dos hombres lo retiene, lo acuestan en el suelo. Sus ojos están cerrados. Ninguna emoción en la concurrencia, acostumbrada a esta escena, que se repite cada tarde desde hace diez y ocho meses.

De repente se anima. Hace un gran signo de la cruz y empieza a hablar. Estupor: el paisanito sin instrucción, que sólo se expresaba en una jerga grosera, habla ahora con la facilidad de un orador, con el ardor y elocuencia de un gran predicador. Veamos lo que dice: Después de pedir a los pecadores que se arrepientan, les anuncia la inminencia del desastre. San Miguel, "el gran batallador", sólo espera una señal para conmover la tierra con su espada resplandeciente. El vidente ha dejado de predicar para vivir de veras este Apocalipsis. Helo ahí que salta, brinca, se sofoca, vuelve a saltar al ritmo de un galope furioso.

Parece imposible que un cuerpo humano sea capaz de semejante resistencia. Este muchacho va a imitar durante más de una hora, con una violencia asombrosa, todas las fases de una persecución y de un combate desordenado. La escena es literalmente enloquecedora. Apenas el muchacho se había abandonado a los temblores, nunciadores clásicos del fin de la crisis, un salto prodigioso, verdadero salto de fiera más que de acróbata, lo pone de pie. Vuelve a caer hacia atrás en los brazos que lo esperan; una sonrisa afloja sus facciones, abre los ojos y...

Y este mocetón que durante tres horas acaba de entregarse a un ejercicio agotador, vuelve instantáneamente en sí, saca un cigarrillo del bolsillo y lo enciende.

Al segundo está perfectamente tranquilo y a todas las preguntas contesta con suma facilidad.

Con mucha gracia cuenta su combate con el diablo, como un jugador de tennis contaría su último match. Describe minuciosamente el traje de San Miguel. Según sus indicaciones, no es difícil encontrar en él la más corriente tradición de la estampería religiosa mezclada con algunas reminiscencias deportivas.

En cuanto al eterno enemigo del género humano, el demonio, tiene la cara redonda, una gruesa nariz torcida, los ojos colorados, los cabellos negros y largos. Su boca, muy ancha, deja ver unos dientes largos. Está vestido con una especie de casaca multicolor, pantalones negros, ceñidos, y calzado con botines barnizados negros. Sorprende ver que no tiene cuernos y que sus alas, que creíamos copiadas de las del murciélago, sean de plumas de muchos colores entre los cuales dominan el amarillo y el rojo.

Se le piden a Luis detalles sobre el fin del mundo, tal como él lo ve cada tarde desde hace más o menos dos años. Pero el vidente se encierra en una gran reserva. Todo lo que se le puede sacar es que el "Gran castigo" será inmiente.

Para tratar de comprender este asunto de Ezkioga, es menester acordarse de la animosidad más o menos disimulada que siempre ha existido en España, entre el alto y el bajo clero. No hay que olvidarse que siempre, y desde la revolución sobre todo, los vascos han hecho lo que han podido para afirmar el particularismo de su pequeña patria, buscando las ocasiones de censurar y de molestar a la gente de Madrid. En fin, estas poblaciones de una muy sincera y ardiente piedad, están muy poco instruídas hasta de su misma religión y empapadas, constantemente, en una atmósfera esencialmente favorable para el alumbramiento de semejantes imaginaciones colectivas.

Se tiene casi por cierto que las manifestaciones de Ezkioga no son específicamente ni españolas ni católicas. Francia ha tenido, en tiempos pasados, a los convulsionarios de San Medardo, y recientemente la extravagante historia del cura de Bombon. En Bélgica, actualmente, las apariciones de Beauraing hacen mucho ruido, y en Baviera, Teresa Neumann, la Crucificada de Konnersreuth, atrae enormes muchedumbres.

En cuanto a las profecías de los videntes de Ezkioga, sin lanzarse en un estudio profundizado, se puede notar que no hacen más que reçamar sobre un muy viejo tema, más o menos siempre el mismo desde el año mil. El periodista Sauerwein contaba, últimamente, que en el Canadá se había difundido una leyenda que atribuía a Hitler, cuando sólo era un simple soldado y herido, apariciones de la Santísima Virgen. Robespierre, en la cumbre del poder, en plena Revolución, consultaba a una vieja extravagante que se hacía pasar, ni más ni menos, por la Madre de Dios. En Norte América hay millares de adeptos que creen en Krishnamurti, el buen profeta.

En una época confusa como la nuestra, la humanidad está más que siempre predispuesta a enternecerse con sueños, pesadillas, tan antiguos, tan durables como su eterna inquietud.

FIN

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR











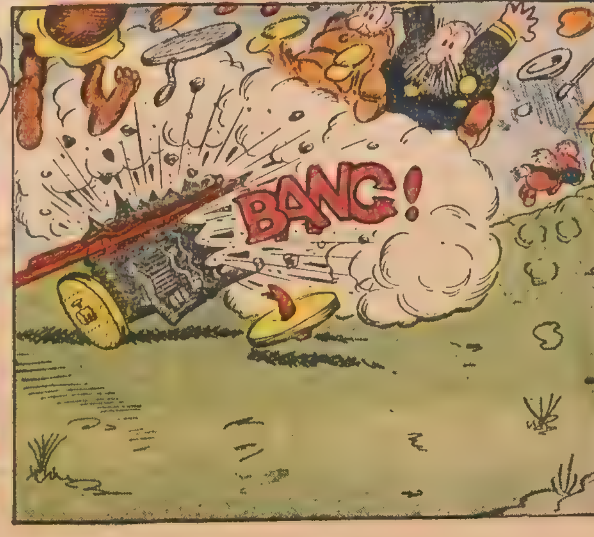














MISTERIOS y CONTRADICCIONES de la NATURALEZA REVELADOS por un MEDICO

Nota por JAIME CRICHTON - BROWNE



El caso del hombre de las piernas combadas, se remonta a los tiempos en que aún no había sido inventado por Coné su extraordinario sistema de autosugestión.

(Derechos exclusivos adquiridos por MUNDO ARGENTINO)

CUANDO estuve en París, en el año 1862, conocí al doctor Piorry, eminente médico de esa capital. Este médico había inventado un aparato llamado "pleximeter", que consistía en una pequeña placa de marfil que al ser colocada sobre un cuerpo y golpeada con un pequeño martillo, revelaba las condiciones físicas de las cavidades internas.

El hombre ha luchado siempre con su ciencia para vencer los misterios de la naturaleza, y mientras unas veces ha triunfado, poniéndolos al descubierto, otras ha luchado inútilmente, siendo vencido. En estas revelaciones del doctor Crichton Browne, el lector se entera de muchas cosas que hasta ahora eran algo así como un secreto para él.

Hace tiempo ya que este aparato ha sido descartado a favor del sistema más práctico de golpear con los dedos (aunque el aparato de por sí impresiona favorablemente al paciente). Piorry, sin embargo, tenía más fe en su sistema. Se cuenta de él que yendo un día al departamento de un amigo colocó la placa contra la puerta, golpeándola y exclamando: "¡Sí, está!" Luego, golpeando nuevamente, agregó: ¡"Sí!, *y, además, está con una señora*".

Otro aparato ingenioso fué el empleado por una sobrina de una anciana. Esta buena señora tenía la manía de deshilachar su ropa de cama, además de atacar a cualquiera que se le acercaba. Para evitar esto, su sobrina decidió colocarle un par de guantes de box de su hermano.

Esto sucedió antes de que Coné revelara al mundo su sistema de autosugestión. Un hombre con las piernas combadas resolvió ensayar el sistema Coné, repitiendo unas veinte veces: "¡Estoy mejor, no soy combado!" Por equivocación repitió la frase cuarenta veces en lugar de veinte y el resultado puede observarse en el grabado.

¿POR QUE MUEREN MÁS PERSONAS DE MAÑANA?

La mañana constituye un momento crítico para todos nosotros.

Mientras era director del hospital West Riding, tomé nota de la hora exacta en la cual murieron 1680 pacientes, enfermos del sistema nervioso; esta cantidad fué en el período de diez años. El resultado demostró que las horas en las cuales fallecieron la mayor parte, oscilaban entre las seis y las nueve de la mañana. Esto es debido a que en las horas de la mañana la vitalidad está en su punto más bajo, y que al volver a funcionar los órganos con más actividad a medida que pasa la mañana, resulta fatal a los órganos debilitados.



El invento del doctor Piorry no podía ser más interesante. Consistía en una placa de marfil que, colocada sobre un cuerpo y golpeada con un martillo, revelaba las condiciones físicas internas, tanto del cuerpo como de los objetos.

Muy pocos de nosotros nos sentimos afables por la mañana. Se cuenta del señor Merryweather, famoso jurisconsulto, que una mañana, mientras viajaba en un tren, era molestado por un pasajero locuaz. Al pasar por Hanwell, el sujeto remarcó:

—¡Qué lindo parece el manicomio de Hanwell visto desde el tren!

—Sí, señor — contestó Merryweather con un aire diabólico. — Pero usted no se imagina lo lindo que parece el tren visto desde el manicomio.

El pasajero no pronunció ni una palabra más, cambiando de vagón en la estación próxima.



Una anciana, por demás irascible, que se ocupaba en deshilachar sus ropas y atacar a cuantos se le acercaban, pudo ser doblegada por una sobrina, que le puso unos guantes de goma. Esto, en cierto modo, fué un "invento" contra la naturaleza irascible de la anciana, que ya no volvió a dar miedo.

El uso medicinal del alcohol es otro enigma sin solución. Gautier, eminente hombre de ciencia francés, cuenta el caso de una hermosa mula que durante varios meses se negó a trabajar, a pesar de alimentarla con sus adecuados alimentos. Su dueño estuvo a punto de vender el animal por inservible, cuando un peón le sugirió la idea de ensayar un método que había dado buen resultado en su casa. Éste consistía en agregar un litro de vino al agua que bebía diariamente. Así se hizo, dando el resultado anhelado. Es comprobado que un pueblo cuyo alimento principal es la carne, es mucho más viril y decidido que uno con tendencias vegetarianas.



El uso medicinal del alcohol ya no es ningún enigma. Un caso interesante es el de la mula que se negó a trabajar, a pesar de los estímulos de su amo y de las buenas raciones que se le daban, caso del que se habla en este artículo.

Lord Playfair afirmó que durante el famoso motín de la India no fueron los naturales de Bengala, que se alimentaban solamente de arroz, los que más trastornos ocasionaron, sino los de las provincias serranas, cuya comida principal es la carne.

Un indicio del estado mental de una persona es revelado por la costumbre de hablarse a sí mismo: puede ser esto causado por una excitación o por la pérdida de control; este último es el resultado de un sistema nervioso debilitado o gastado. Cuando un hombre más o menos reservado comienza a hablarse a sí mismo, es aconsejable que consulte a su médico.

Muchos de los "descubrimientos" de los cuales estamos tan orgullosos, parece que eran conocidos siglos atrás. "El diario de la plaga", de Daniel De Foe, demuestra que nuestros antepasados no eran tan atrasados como suponemos. La plaga que azotó la ciudad de Londres fué justamente atribuída al contagio de las ratas. De Foe logró obtener una copia de los

(Continúa en la página 65)

Las cenizas del parejero

(Continuación de la página 19)

tierra; pa mí no lo v'ia guardar... Pero estoy muy lejos de entregarlo a cualisquier mano...

Atrajo hacia sí a Rosalía, y mientras chupaba el cimarrón, acariciaba con expresión de infinita ternura la cabeza de su hijita, recostada amorosamente en su pecho.

Pasaron dos, tres minutos de silencio.

—Hagamos una cosa —dijo, por fin, don Fasael. —Te la daré el mesmo día en que nos comamos tu parejero.

Juan Pedro quedó anonadado. ¡Comerse el parejero!... ¡Aquellas palabras no tenían sentido! ¡Eran un estupendo disparate! ¡Don Fasael debería estar loco! Él sabía muy bien que era un hombre de ideas muy raras y que odiaba a muerte el juego y las carreras; sabía que para don Faseal ver un parejero era como ver veneno en la sopa; pero... ¡eso de "comerse al parejero" era el colmo!

—¡Pero, señor!... ¡Eso es imposible!

—Tengo una sola palabra y te la doy bajo mi juramento sagrao: Rosalía será tuya el mesmo día en que nos comamos tu parejero. Y de no, ¡no! ¡Nunca! ¡Jamás! . . . ¡Mientras me dure la vida!... ¿Has óido?

Firmes, duras, crueles, aquellas palabras en boca de un hombre recio e inquebrantable como el padre de Rosalía, eran una sentencia terrible. Lo hicieron temblar.

Pero, ¡cosa rara!, Rosalía, al oírlas, había iluminado su rostro con una sonrisa deliciosa.

Después, al acompañarlo hasta la tranquerita, ella le había explicado:

—Cuando papá come una hortaliza que ha sido abonada con cenizas de huesos, dice que se come a la osamenta, porque en la vida "todo" no hace más que comerse a "todo".

Fué la revelación luminosa, definitiva, total.

—¡Comerse al parejero! —se repetía Juan Pedro sin cesar. Era absurdo, inconcebible, monstruoso, pero habría que hacerlo, porque don Fasael no era hombre de borrar ni una sola letra de lo que decía. Para mejor, lo había sentenciado "bajo su juramento sagrao". Era el precio pedido por su hija. Él estaba dispuesto a pagarlo, pero ¿cómo? ¿Cómo?

Buscaba la respuesta noche y día: en los agitados desvelos nocturnos, en los sonrientes anuncios de las madrugada, en los rojizos horizontes vespertinos, en las voces misteriosas del pampero cuando le azotaba el rostro, en las nubes que pasaban silenciosas como bandadas de albos cisnes, en la profunda tranquilidad de "la oreja del arroyo", donde ahora estaba refugiado pidiéndole a su alma que se desprendiera de él, que hiciera un viaje a lo desconocido y regresara luego trayéndole una experiencia, un consejo...

Se irguió de golpe, arrojó la cañita, que quedó boyando en el agua tranquila, subió la barranca, saltó sobre su alazán, y, al paso de buey, tomó la huella de su casa , pensativo, taciturnó...

Repentinamente alzó el brazo en que llevaba el rebenque, lo dejó caer con fuerza, casi con rabia, sobre los ijares del alazán, cerró a un tiempo las aceradas piernas sobre los costillares de la bestia, que, extrañada, dió un salto, y, al galope largo, casi a media rienda, llegó a su hogar.

Sin atar el caballo al palenque, atravesó el patio y fué a tirarse largo a largo sobre su cama, entre las tenazas de una gran tortura interior.

III

—¿Y cómo fué ello?

—Verá, don Fasael. La carrera estaba concertada pal domingo. El sábado madrugué pa poder estirarlo al cbscuro en los 500 metros. ¡Era un reló ese animal! En las tres estiradas marcó el mismísimo tiempo, sin fallar ni esto, ¡y le sobraba juria!... No podía perder porque el tostao de los Garcíarenas, anque lo exijan a todo rigor, no da los cuatro quintos, y eso si lo estira José Luis, que no llega a los sesenta kilos... ¡Primor de parejero!... ¡De seda el lomo, de seda la boca, de seda las pat...!

—Güeno, no te entusiasmés. Seguí contando cómo jué.

—Jué que el sábado madrugué, ya risuelto pal pecao... la concencia me golpiaba... La carne del corazón se me abría en dos mitades, y en cada respiro sentía un aullido que me gritaba: "¡No, Juan Pedro, no!" Llamé a todas mis juerzas y quedé vacido por dentro. En ese momento yo no era un cristiano; yo era una bolsa soplada. Monté y enderecé a los tucu-tucus. El oscuro pisó en falso, perdió una mano entre la cueva y se dió güelta enterito por sobre el lomo. Cuando se enderezó, quedó con la mano levantada en alto, el cuero y la carne arremangada. Le vi que le blanquiaban el güeso y las venas de la ranilla pa'arriba. Quedé un momento asonsao, como sumido en una gran cerrazón, hasta que pude comenzar a caminar pal lao de las casas.

Juan Pedro vió delante de sí la mano Rosalía conmo al través de una niebla le ofrecía un mate. Alzó sus ojos y alcanzó apenas a distinguir el rostro de Rosalía como al través de una niebla movediza. Estaba conmovido. Una ráfaga limpia y fresca que llegó desde la huerta, cargada de perfumes florales le refrescó la frente y le amplió los pulmones.

—¿Qué diría mi compadre? —preguntó don Fasael.

—¡Puede imaginarse! Tata se quedó sin habla cuando lo supo. Se puso amarillo como una manteca. Le comenzó a chorriar un sudor y tuvo que sentarse en un banco pa no cáirse... "¡No quiero verlo!" —me dijo.—"Si está quebrao, mejor es degollarlo." Ese mismo día lo degollamos y lo cueriamos con Estebita.

La emoción estrangulaba la garganta de Juan Pedro, ahogando sus palabras. Guardó silencio por un instante. Luego, haciendo un gran esfuerzo para dominarse, agregó muy lentamente:

—Después... le arrimamos unos astillones y lo quemamos...

Inclinóse hacia un costado para recoger del suelo un envoltorio que había dejado, al lado del banco, cuando entró.

—Y ahora... aquí traigo... las cenizas... —concluyó con voz temblante, desarticulada.

—¿Qué?

—Son las cenizas del parejero, don Fasael, pa engordar las plantas...

Un golpe nervioso apretó el corazón del padre de Rosalía. Una infinita sensación de pesar lo invadió a fondo. Aquel enorme sacrificio, tan humildemente ofrecido, le pareció excesivo. Era demasiado. Meditó un momento, y luego repuso:

—¡La prueba ha sido dura y juerte, muchacho! Dispués que te la impuse medio me arepentí un poco, pero la dejé en pie porque me pareció que no la cumplirías... Eso es más que un pecao: ¡es un crimen, un verdadero crimen!

Y el hombre recio bajó la frente, doblegado por su propia dureza.

El muchacho se levantó de su asiento, y poniendo una mano sobre el hombro del viejo, exclamó:

—¡Es que yo la quiero mucho, don Fasael!

—¡Ya lo veo!... ¡Sólo por un amor muy h o n d o pudiste obedecerme!... ¡Perdonáme, muchacho!

Y empujando muy dulce y suavemente a Rosalía hacia Juan Pedro, agregó:

—Desde este m o m e n t o es tuya. ¡Abrazála! Todos los pesos de la vida te serán livianos con ella al lao. Sólo te viá a pedir que no te la llevés lejos... Podés hacer tu nido por aquí cerquita..., al lado nuestro... Me moriría sin ella...

Mientras Juan Pedro y Rosalía confundían sus labios y sus almas en un beso ansioso, a la vista y bien ganado, don Fasael, con el revés de la mano extendía por la mejilla una lágrima pesada y caliente que se había desprendido de sus ojos...

FIN

¡Hola!...

¿Con quién hablo?



DON LUCAS. —*Te confieso mi extrañeza.*

RODOLFO. —*No veo, papá. Desde que vivimos en casas diferentes, suelo llamarte para enterarme de tu salud.*

DON LUCAS. —*No; si lo que me extraña es la asiduidad del saludo. Ayer, hoy, antes de ayer...*

RODOLFO. —*He reflexionado más sobre tu asunto.*

DON LUCAS. —*¡Ah! ¿Y a qué conclusión has llegado?*

RODOLFO. —*Veo de otra manera las cosas. Me parece que debes casarte, papá.*

DON LUCAS. —*¡Hola, hola! ¡Eso es interesante! ¿Quién te ha dado consejos? ¿Te has enamorado, acaso?*

RODOLFO. —*No, papá. Resulta que desde que vivo solo, pienso qué dolorosa será tu vejez sin una compañía. Mi egoismo, muy humano, al principio hizo que dijera cuatro paradas en contra de Rosita.*

DON LUCAS. —*Me das una gran alegría, hijo. Para realizar mi sueño, me faltaba tu comprensión, nada más. Ahora me casaré más feliz, más cómodo.*

RODOLFO. —*¿Nos podemos ver luego, papá?*

DON LUCAS. —*Ahora mismo; mis brazos te esperan.*

RODOLFO. —*Ahora tengo que estudiar, papá.*

DON LUCAS. —*¿Y cómo va eso?*

RODOLFO. —*El estudio, bien, pero quién sabe si rendiré examen...*

DON LUCAS. —*No comprendo...*

RODOLFO. —*Y..., papá..., las necesidades de un hombre solo son distintas... El dinero para mis derechos de examen se me voló...*

DON LUCAS. —*¿Y no pensabas decirme nada? ¿Cuánto necesitas?*

RODOLFO. —*No te molestes, papá...*

DON LUCAS. —*¡No faltaba más!*

RODOLFO. —*Y... doscientos pesos...*

DON LUCAS. —*Van quinientos, y que te aprovechen.*

RODOLFO. —*¡Oh! ¡Gracias, papá! ¡Gracias!*

DON LUCAS. —*Hasta luego, hijito.*

. . . .

TOTO. —*¡Pero no me digas!...*

RODOLFO. —*¡Es que no te imaginas lo que tuve que hacer!*

TOTO. —*¿Lo amenazaste con suicidarte?*

RODOLFO. —*¡Peor!*

TOTO. —*¿Con hacer huelga de hambre?*

RODOLFO. —*¡Peor!*

TOTO. —*¡Habla, por Dios!*

RODOLFO. —*Le dije..., le dije... No puedo...*

TOTO. —*¡Me asustas!*

RODOLFO. —*Bueno, es una cosa canalla: le dije que haría bien en casarse con Rosita.*

TOTO. —*¡Ja, ja, ja! Y bueno..., el viejo está "bien".*

RODOLFO. —*¡Cállate!*

TOTO. —*¡Si tiene la mar de gracia!...*

RODOLFO. —*¡Por quinientos miserables pesos!...*

TOTO. —*¿Miserables? ¡No te permito!*

RODOLFO. —*¡Vete al diablo!*

TOTO. —*¡Hola! ¡Hola!* (Han cortado.) *¡Qué muchacho sentimental!...*

LA TELEFONISTA INDISCRETA.

Pedro F. Lacenaire...

(Continuación de la página 53)

cada vez más la enfermiza vanidad de Lacenaire, que poco antes de morir escribió una oda a la guillotina, que comenzaba así:

"¡Salud, oh, guillotina, expiación [sublime!
Ultimo artículo de la ley."

Y terminaba con estos versos:

"¡Ah! Bien os conozco, losas que hacéis [lugar
a los cuatro pies del cadalso,
blancas losas de piedra en las que no [queda traza
de la sangre vertida por el verdugo..."

Lacenaire, el poeta asesino, fué ejecutado conjuntamente con Avril. Tuvo una muerte horrible. Cuenta un cronista que al ser decapitado Avril la guillotina se descompuso, de puro vieja que era. Cuando le tocó el turno a Lacenaire la cuchilla no se deslizó bien por la ranura y repetidas veces se quedó a mitad del camino. De ahí que el condenado, haciendo un supremo esfuerzo para dar vuelta la cabeza, pudiera contemplar la caída de la filosa cuchilla que pondría fin a su vida.

FIN

BIBLIOTECA TEATRAL DE "MUNDO ARGENTINO"



El CASO DE MECHA ORDOÑEZ

Pieza en un acto, dividida en cinco cuadros, original de

Francisco E. Collazo

Estrenada en el teatro Cómico, de Buenos Aires, por la compañía argentina de EVA FRANCO, el 23 de mayo de 1933.

COLLAZO FRANCISCO E.

(Comediógrafo, periodista y escribano público.) Nació en Buenos Aires en 1889. Se inició en el teatro el 2 de septiembre de 1907, con el juguete cómico en un acto "La dama de compañía", estrenado en el teatro Apolo por la compañía de José J. Podestá.

Estrenó 54 obras, entre las cuales se cuentan "Un hombre", "La mujer que ellos sueñan" (en colaboración), "Mi prima está loca", "La barra provinciana", "Los locos del 4º piso", "La canción del ciego", "La gran revista", "Mi mujer, mi suegra y yo", etc.

REPARTO

Laura, 25 años	Eva Franco
Mecha, 30	Carmen Casnell
Julián, 35	Francisco Bastardi
Doctor Robles, 30	Carlos Bouhier
Don Luis, 40	Angel B. Reyes
Machito, 8	Niño J. Quinteros
Cachito, 9	Niño E. Quinteros
Andrés, 35	Olimpio Bobbio
Bailarina	María Santos
Parroquiano	Alfonso Pissano
Nicanor, 25	Angel Magaña
Miguel, 25	Juan Martín
Doña Carmen, 50	Felisa Mary
El Ujier	Adolfo Lartigau
El Presidente	Angel B. Reyes
El Defensor	Luis P. Aguirre

CUADRO PRIMERO

(Habitación pobre en una casa de vecindad de Avellaneda. Puertas al foro y laterales. Una cama de hierro; una mesa, rodeada de cuatro sillas; un aparador y algunos cuadros y retratos colgados en las paredes, constituyen todo el moblaje de la habitación, a la que da luz una lamparilla colgante.

Al levantarse el telón, Mecha, mujer de unos 30 años, peina a su hijito Machito, niño de 7 ú 8 años que acaba de regresar del colegio, desgreñado y sucio.)

MECHA. — *(Reprendiendo a su hijo.)* Pero, Machito, ¿dónde te has puesto así? Parece que volvieras de un potrero y no del colegio.

MACHITO. — Es que, ¿sabés, mamita?

MECHA. — ¿Qué?

MACHITO. — ¿No te vas a enojar?

MECHA. — ¿Qué? ¿Has vuelto a pelearte?

MACHITO. — Sí, mamita.

MECHA. — ¡Ah, muy bonito! ¿Y con quién?

MACHITO. — Con el hijo de don Luis el panadero.

MECHA. — ¿Otra vez? ¿Y por qué?

MACHITO. — Porque me dijo delante de todos los chicos que el papá de él nos estaba matando el hambre. Que hacía como tres meses que no le pagábamos. ¿Es cierto eso, mamita?

MECHA.—*(Con tristeza.)* Desgraciadamente, sí, hijito. Pero, ya le pagaremos. Apenas tu papito encuentre trabajo, le pagaremos a todo el mundo. Pero, no te volvás a pelear. Te estropeás toda la ropa y no tenemos con qué comprarte otra. *(Notando un agujero en el pantalón.)* Mirá, mirá este agujero.

MACHITO. — Pero, ese estaba ayer, mamita. ¿No te acordás de cuando me pelié con el hijo del carnicero?

MECHA. — Y los botines... ¿Cómo te los has puesto así?

MACHITO.—¡Ah!, eso fué el sábado, cuando le tuve que dar una patada al hijo del lustrador.

MECHA. — Pero, Machito...

MACHITO. — Y bueno, ¿para qué se meten con la familia? Me dijo que papá era un pelandrún y tía Laura una milonguera.

MECHA. — ¿Eso te dijo? ¡Qué infamia! Bueno, dejá nomás. Yo iré luego a hablar con el padre.

MACHITO. — ¡Ah, pero yo me le di una patada en el coco!

(Se oye llamar en la puerta del foro.)

MECHA. — ¡Adelante! ¿Quién?...

(Entra por el foro, don Luis, el panadero. Hombre de unos 40 años, español.)

D. LUIS. — Buenos días, doña Mecha.

MECHA. — ¡Ah! ¿Es usted, don Luis? Casualidad. Hablando de Roma...

D. LUIS. — Por sopoesto, saberá usté cuál es el motivo de mi visita.

MECHA. — No, por cierto. Si es por la cuenta, ya le he dicho que...

D. LUIS. — No, doña Mecha. Ya sabe usté que eso no me preocupa ni mucho ni poco. No ha de ser uno más probe por cuatro cochinos pesos que le deban. Es por lo de los chicos. ¿Ha visto usté cómo lo ha poesto su hijo al mío?

MECHA. — No.

D. LUIS. — Pues, lo verá usté al enstante. *(Yendo hasta la puerta del foro y hablando hacia ajuera.)* A ver, tú, borrego, ven para acá.

LUISITO. — *(Desde adentro.)* No quiero, ¡oh!

D. LUIS. — O vienes, o te doy un mamporro que te saco eso que llamas cabeza y que no es más que una sandía.

MACHITO. — *(Riendo.)* ¡Je!... Una sandía, dice. ¡Un melón!

D. LUIS. — ¿Vas a venir? *(Sale y vuelve al instante con su hijo, a quien trae de una oreja. Luisito tiene un ojo a la miseria.)* ¿Qué le parece a usté? Mire usté esto y díjame usté si no es un "ecce homo". *(A Machito.)* Pero, dime, tú, granuja, ¿es que usas puños de fierro?

MACHITO.— ¡Avise! Es que tengo la trompada prohibida.

D. LUIS. — Pues, si la tienes prohibida y lo has puesto a este zopenco así, ¿qué sería si la tuvieses permetida?...

MECHA. — Cosas de chicos, don Luis.

D. LUIS. — Bueno, bueno, doña Mecha; a lo que venía... Con todo lo que me afecta en lo más íntimo ver que ese gurrumina, siendo mucho más pequeño, lo ha dejado "nocau" a mi primogénito, lo que aquí me ha traído es otra cosa.

MECHA. — Usted dirá, don Luis.

D. LUIS.— Lo que quiero es averiguar el origen de la pelea, porque, vamos, si foese verdá lo que me ha dicho este granuja, sería cosa de que ustedes y nosotros cortásemos desde ya toda relación... Y eso es lo que quiero aclarar. Hay cosas que ofenden el patriotismo, señora, y el patriotismo, para mí, es aun más sajrado que la familia.

MECHA. — También yo, don Luis, estoy muy afectada por lo que su hijo le dijo al mío. Me parece que el hecho de que le debamos unos pesos, no es razón para que Luisito le diga a Machito delante de todos los otros chicos del colegio, que usted nos está matando el hambre.

D. LUIS. — *(A Luisito.)* ¿Eso has dicho tú, granuja? Pues si te han pejado, bien pejado está, porque ahora en casa recibirás la sejunda parte. ¿Quién te manda repetir lo que no debes? Digu, ¿quién te manda decir lo que no debes? ¡Vamos para casa! ¡Me pones nervioso! ¡Ea!

LUISITO. — Y bueno, ¿y él para que me dijo que vos eras un gallego pata sucia y que en casa no había bañadera?

D. LUIS. — *(A Machito.)* ¿De dónde has sacado eso, tú?

MACHITO. — Y... yo lo vi.

MECHA. — Pero, Machito...

D. LUIS. — Ande, déjelo usté. ¿Quién va a hacer caso de cosas de chicos? Y en cuanto a la cuenta, no se preocupe usté, doña Mecha. Cuando quiera... *(Al chico.)* Anda para casa, tú, que ahora iré a arreglarte.

LUISITO. — Bueno, vení vos también. Avisá si te vas a quedar afilando...

D. LUIS. — ¿Qué dices, condenado? *(Hace ademán de correrlo y el chico sale a escape.)*

LUISITO. — Vas a ver; le voy a contar a mamá.

D. LUIS. — Usté desculpe, señora. Cosas de chicos, como usté dijo antes. Es que, la verdá, uno no tiene la culpa de que los hijos no le saljan a uno como uno los ha encarjado. Yo pedí una cosa y me mandaron otra. *(Confuso, no sabe cómo salir del paso.)* ¡Ah! Perdone usté, con esto de los chicos, me olvidaba darle algo que traía para ustedes. *(Le entrega un paquete que, al entrar, ha dejado sobre la silla.)*

MACHITO. — ¡Uya! Un regalo ¿Qué es?

D. LUIS. — Un modesto pan dulce gueno-

rés, rejalo de la casa para los boenos clientes. Como mañana es Navidad...

MECHA.—¡Ah!, muchas gracias, don Luis. No sé cómo pagarle tantas atenciones.

D. LUIS.—No se hable de pajar. Bastante me paja usté con su amestá. *(Ya en la puerta, dispuesto a irse.)* Hasta lueju, doña Mecha, y saludos a Julián y so hermanita.

MECHA.—Gracias, serán dados.

D. LUIS.—Y perdone usté lo del niño. Es que el pobre es una bestia sin remedio... *(Saliendo.)* ¡Buenos días!

MACHITO.—*(Al quedar solo con su madre.)* ¡Araca, un pan dulce!

MECHA.—Traé, traé para acá. No toqués. Ahora vas a comer la sopa. Después, te daré un pedazo. ¿Te lavaste las manos?

MACHITO.—Sí, mamita.

MECHA.—¿Cuándo?

MACHITO.—Y... esta mañana.

MECHA.—Bueno, lavátelas ahora otra vez. Y sentate a la mesa. Voy a traerte la sopa.

(Sale por la derecha. Machito, en lugar de lavarse, se pone a pellizcar el pan dulce, haciendo un agujero en el papel. En eso se halla, cuando por el foro entra su padre, un hombre de unos 35 años. Viste "sweeter" azul marino, pantalón y chambergo. Deja éste sobre una silla y se deja caer en otra con aire de cansado.)

MACHITO.—*(Al ver a su padre, deja el pan dulce.)* ¡Papito! ¿Cómo te va?

JULIAN.—Regular, hijo, regular. ¿Qué estabas comiendo?

MACHITO.—¡Ah, nada! Una pasa que saqué del pan dulce.

JULIAN.—¿Pan dulce? ¿Quién lo trajo, tu tía?

MACHITO.—No, papito; se lo regaló a mamá el panadero.

JULIAN.—*(Sorprendido.)* ¿Se lo regaló?... ¡Extraño! ¿Le pagó la cuenta tu tía, entonces?

MACHITO.—No, papito.

JULIAN.—¡Es raro! *(Recelando.)* No le pagamos y nos regala...

MECHA.—*(Vuelve con una sopera humeante, de la que en seguida saca sopa para Machito. Al ver a su marido.)* ¿Y...? ¿Cómo te fué? ¿Encontraste algo?

JULIAN.—¿Qué voy a encontrar!

MECHA.—*(Mientras ata la servilleta al cuello de Machito.)* ¿Cómo? ¿No era que necesitaban gente?

JULIAN.—Son unos negreros. Ofrecen sueldos de hambre, y encima quieren que uno trabaje como bestias para que se enriquezcan esos ingleses que se rascan en Londres.

MECHA.—¿Sueldos de hambre?... Pero, Julián, yo creo que en estos momentos debías aceptar cualquier cosa, con tal de traer algo a casa. Así no podemos seguir.

JULIAN.—Cualquier cosa, ¿no? ¡Cómo se ve que no sos vos la que tiene que ir a meterse en ese infierno de máquinas, donde uno siente más viva todavía la esclavitud de su pobreza! Es cómodo hablar como lo hacés vos.

MECHA.—También es cómodo sentirse digno cuando otros son los que nos dan de comer.

JULIAN.—Ya salió eso.

MECHA.—¡Claro que sí! Porque supongo que no vamos a seguir viviendo de lo que gana mi hermana. ¡Es una vergüenza!

JULIAN.—Total, para lo que le cuesta...

MECHA.—*(Indignada.)* ¡Cuidado, Julián, eh! No escupás el pan que comés. ¿Qué tenés qué decir de mi hermana? Sabés que no voy a permitir que seas un desagradecido, ni que dudés de su honradez.

JULIAN.—Si yo no digo nada. Decía nomás que le cuesta poco ganar la plata. Total, con extender la mano cada vez que entrega un sombrero o un abrigo... ¡Linda vida! Andar metida en un ambiente como ese, entre gente de mala vida, viviendo de la propina de esa chusma rica en plata y miserable en ideas... ¡Linda cosa!

MECHA.—¿Y qué hacés vos, que sos tan rico en ideas, qué hacés que no encontrás la forma de alimentar a tu hijo, sin necesidad de que se le haga con el producto de esas propinas que tanto te repugnan?... ¿Por qué no te ponés a trabajar en algo? ¿Por qué no das el ejemplo?

JULIAN.—¿En qué? ¿En qué querés que trabaje? Cualquiera que te oyera, creería que soy un haragán.

MECHA.—No me hagás hablar, por favor. Cuando un hombre ve a su hijo con la ropa como anda el tuyo, cuando lo ve alimentarse escasamente y mal, no pregunta en qué va a ganar su sustento. Sale como los gorriones o como las hormigas a buscar lo que haya. Aunque sea arrancando piedras, un padre gana el pan de sus hijos.

MACHITO.—¡Ufa, mamita! No empecés. Dejalo a papito tranquilo.

MECHA.—Vos callate y comé la sopa.

MACHITO.—¡Ufa! ¡Pobre papito!

JULIAN.—¡Que te callés, te han dicho! *(A ella.)* Ya veo que lo que vos andás queriendo es que me mande mudar de casa. ¡Ah, pero que no me harten!, ¿eh? *(Se sienta.)*

MECHA.—Callate, callate... ¡Qué te vas a mandar mudar! ¡No sé adónde vas a ir!... *(Sirviéndole un plato de sopa.)* Tomá, comé... Puede ser que así, con la boca llena, no ofendás con tus dudas y sospechas.

JULIAN.—Yo sé bien lo que digo... *(Tomando la cuchara y disponiéndose a comer.)* ¡Las cosas que uno tiene que aguantar cuando anda en la mala! *(Toma la sopa.)* Y tu hermana, ¿no se levantó todavía? Y, claro, se habrá acostado a la madrugada... ¡Linda vida!

MECHA.—¿Vas a empezar otra vez?

LAURA.—*(Muchacha de veinte a veinticinco años, entrando.)* Dejalo, Mecha; dejalo. A mí no me preocupa lo que pueda decir. Ya se sabe que un hombre, cuando no tiene nada que hacer, de aburrido nomás, piensa y dice pavadas.

JULIAN.—¿Pavadas?... No tan pavadas.

MECHA.—Comé, ¿querés?

JULIAN.—¿Qué querés que coma, si ustedes me amargan la comida?...

LAURA.—Es que no le ha de gustar la sopa, ¿verdad? Y, claro, sopa todos los días. Debías hacerle otra cosa, Mecha. ¡Cómo sos también! Mirá, mañana le preparás una mayonesa de salmón. Después..., después, un filet de pejerrey. En seguida, unos tallarines para darle gusto a lo que tiene de italiano... Después... un pollito a la portuguesa, a él que le gusta tanto ir gratis al teatro...

JULIAN.—Avise si me va a cachar... Venir a hablar de eso cuando uno tiene que conformarse con esta sopa de porquería...

LAURA.—No diría lo mismo si se la hubiera ganado con su trabajo.

JULIAN.—¡Ya salió el trabajo! *(Tirando la cuchara y levantándose de la mesa.)* Por lo visto las dos se han puesto de acuerdo para amargarme la vida.

LAURA.—Vamos, vamos, Julián. No lo tome así. Es una broma. Venga, siéntese y coma. Lo que Mecha y yo nos hemos propuesto no es eso, sino hacerlo reaccionar, volver a una realidad de la que usted se empeña en apartarse. Coma tranquilo. Pero, créame—se lo dice una mujer que ha vivido mucho menos que usted, pero que, sin duda, ha aprendido mucho más,—es una pena, Julián, que un hombre como usted, lleno de buenas condiciones, descendiente de una familia laboriosa y honrada, fuerte y noble, con un hijo y una mujer que son una bendición del cielo, en lugar de trabajar les ande llevando el apunte a cuatro charlatanes profesionales que le llenan la cabeza de humo...



MECHA.—¿Qué? ¿Has vuelto a pelearte?
MACHITO.—Sí, mamita.
MECHA.—¡Ah, muy bonito! ¿Y con quién?
MACHITO.—Con el hijo de don Luis el panadero.
MECHA.—¿Otra vez? ¿Y por qué?
MACHITO.—Porque me dijo delante de todos los chicos que el papá de él nos estaba matando el hambre. Que hacía como tres meses que no le pagábamos. ¿Es cierto eso, mamita?

Espacio para encuadernar

Espacio para encuadernar



JULIAN. — ¿En qué? ¿En qué querés que trabaje? Cualquiera que te oyera creería que soy un haragán.
MECHA. — No me hagás hablar, por favor. Cuando un hombre ve a su hijo con la ropa como anda el tuyo, cuando lo ve alimentarse escasamente y mal, no pregunta en qué va a ganar su sustento. Sale como los gorriones o como las hormigas a buscar lo que haya. Aunque sea arrancando piedras, un padre gana el pan de sus hijos.

JULIAN. — ¿Humo? *(Se pasea de un lado a otro.)* ¡Qué sabe usted!

LAURA. — Sí, Julián, humo. Porque no es más que humo todas esas teorías que propalan los que se han hecho comunistas porque ya no tienen nada que ser. Déjese de ideas avanzadas, Julián. Vuelva a la realidad. Venga, siéntese y coma. No crea que yo le echo en cara nada. Ya sabe que lo estimo de verdad. Me basta con saber que es un hombre de sentimientos generosos. *(Lo toma suavemente y lo obliga a sentarse.)* Venga, siéntese, coma tranquilo y no haga caso. Ya vendrán días mejores. ¡Qué diablos!, no hay que hacerse mala sangre por tan poca cosa.

MECHA. — Mientras tantos, vos...

LAURA. — No te preocupés por mí. Mientras yo no me queje... Y yo soy feliz así, haciendo el bien a los míos. Al fin y al cabo ustedes son lo único que tengo en el mundo.

JULIAN. — *(Conquistado, disponiéndose a comer de nuevo.)* Perdóneme, Laura, si he dicho algo que pudiera ofenderla. Es que tengo la cabeza que ni sé a veces lo que digo.

LAURA. — ¡Bah, bah! No se hable más de eso.

JULIAN. — Y vos también, Mecha, disculpame.

MECHA. — Pero, Julián, si ya sabés que a mí no me ofenden esas cosas. Me duelen, simplemente. Lo que trato es de hacerte comprender que...

JULIAN. — *(Interrumpiéndola.)* No me digás más... Ya sé lo que tengo que hacer. Ya lo verán: desde mañana, aunque sea lustrando botines, arrancando piedras, como vos dijiste antes, he de ganar el pan de todos los días. Para que usted, Laura, no tenga que volver a pisar ese cabaret, donde cualquier día pueden perderla los hombres malos.

LAURA. — No tema, Julián. No hay hombres malos cuando las mujeres son buenas de verdad, ni una mujer se pierde sino cuando ella quiere. Lo demás son cosas de novelas. Y no hablemos más de esto. Comamos ahora. Vos, Machito, comé, que se te enfría la sopa. Tomá un poco de pan. Y no nos sintamos tan infelices, ¡qué diablos! Tenemos una familia, un techo y un plato de sopa humeante y sabrosa. Tal vez en las casas ricas coman otras cosas. Pero si nos comparamos, en cambio, con esos infelices desocupados, que andan por las calles con su tarrito, a la espera de los residuos de las comidas de los demás; que duermen en chozas de latas o en los bancos de las plazas; que no tienen un par de medias que ponerse y que pasean silenciosamente su tristeza en medio de la alegría de los demás, añorando los días felices y lejanos que vivieron en los lugares amados; recordando con desesperanza — con la desesperanza del que no espera volverlos a ver — a la madre, la esposa o el hijo ausente y a quienes ni siquiera pueden escribir porque ni para comprar una estampilla de correo tienen; escondiendo en la roña de su exterior la pureza de un alma blanca casi siempre, ¿verdad que si nos comparamos con esos pobres desgraciados, por poco que tengamos, debemos forzosamente sentirnos felices? En nuestra casa faltarán muchas cosas que sobran en las de los ricos, pero tenemos en cambio algo que no se compra con la plata: el amor y la esperanza. ¿Verdad, Julián, que no somos tan desgraciados?

JULIAN. — No, Laura, no lo somos, y para que lo seamos menos, yo le prometo hacer todo lo que esté de mi parte. Se lo prometo sobre la frente de mi hijo. *(Besa en la frente a Machito.)* Te lo juro, Mecha. ¡Por él y por nuestro amor!

LAURA. — Gracias, Julián. Hoy comenzaremos a ser felices de verdad. Hasta más rica nos va a parecer esta pobre sopa de todos los días.

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

(Pasillo en un cabaret de lujo. Al frente, mostrador en medio, el guardarropa, en cuya estantería se ven sombreros, abrigos, etc. Detrás del mostrador, Laura atiende a los concurrentes. De este lado del mostrador, apoyada en él, una bailarina de las contratadas por la dirección del establecimiento, conversa con Laura. Llega un parroquiano por derecha.)

UNO. — *(Entregando a Laura su abrigo, quien le da a cambio un cartoncito.)* Buenas noches.

LAURA. — Buenas noches, don Florencio.

UNO. — ¿Y?...

LAURA. — Tampoco ha venido esta noche.

UNO. — ¿Dónde andará? La he buscado por todas partes y ¡nada!

LAURA. — Espérela; a lo mejor llega más tarde.

UNO. — Tal vez, pero no creo. ¡Hasta luego! *(Sale por izquierda.)*

LAURA. — Hasta luego, don Florencio.

BAIL. — ¿Qué le pasa a ése?

LAURA. — Es el que andaba con Malena Flores. Se le acabó la plata y ella lo plantó. Desde hace una semana la busca como loco. Lo de todas esas.

BAIL. — ¡Hacen bien! Vaya por las que ellos plantan porque sí. Al fin y al cabo, si uno les da su juventud, tiene el derecho de pedirles algo en cambio.

LAURA. — ¿Y el corazón, no tiene nada que ver en esos asuntos? ¿Hay derecho a que una mujer abandone a un hombre sólo porque se le acabó la plata?

BAIL. — ¿Y hay derecho a que un hombre abandone a una mujer sólo porque se le acabó la juventud o la belleza? Mire, Laura, usted de estas cosas sabe poco. Usted no conoce la vida más que a través de los libros, y lee demasiado. Pero de esto sabe poco.

LAURA. — ¡Oh, sí, por suerte! Y nunca sabré nada, si Dios me ayuda.

BAIL. — Yo, en cambio, sé mucho. Ya me ve, a los treinta y cinco años, teniéndome que ganar la vida como bailarina taxi. Diga si hay derecho a esto. ¿Y todo por qué? Por haberme dado toda entera a un hombre, al que sacrifiqué cuanto significaba algo para mí: hogar, juventud, conciencia... Hasta que un buen día me dejó como se deja una camisa rota, para casarse con otra. ¡Ha hecho bien Malena! Lo que siento es no tener veinte años para hacer lo mismo. ¡Porquería de hombres!

ANDRES. — *(Capataz del establecimiento. Por izquierda. A la bailarina.)* ¿Et usté qué está haciando aquí? Su sitió está al salón.

BAIL. — Ya sé. Estaba descansando un rato. Además, para lo que bailan conmigo... Todos esos prefieren a las pibas de veinte años. No les importa que bailen bien o mal.

ANDRES. — No protest. Al fin y al cabó usté ha tenido tambian veinte añós. Hace muchó, pero los ha tenidó. ¡Allez!

BAIL. — Ya voy. ¡Vida perra esta! *(Sale de mal humor por la izquierda.)* Hasta luego, Laura.

LAURA. — Hasta luego, Susana. *(Al capataz.)* ¿Qué tal, Andrés? Hoy estará contento con tanta gente.

ANDRES. — ¡Oh, sí, trés "contant"! Está una de las mecores nochés de la temporad. Ya hemós despachad setenta et "truá" botellas de champagne. Así da gustó. Y usté ¿coman sa va? ¿Muchas propinás? Mais, ¿cuandó va a aprendeg a hablag an francés?

LAURA. — Cuando usted sepa bien el español.

ANDRES. — ¡Oh, entoncés, nuncá! Es muy difícil. *(Transición.)* Me paguese notag que usté está muy contant esta noch.

LAURA. — ¡Oh, sí, Andrés, muy contenta! Pero no por las propinas. *(Mostrándole el cajón donde guarda las monedas.)* Ni dos pesos. Hay otras razones más importantes, Andrés. Razones familiares.

ANDRES. — La felicit. ¡Quién pudiega decig lo mismó! Mais, ma famille est trés lontaine de ici.

LAURA. — ¿Cómo?

ANDRES. — Que mi familiá está muy lecós de aquí.

LAURA. — ¡Ah! *(Se oyen grandes carcajadas y risas, mezcladas a los acordes de la música.)* ¿Quiénes son esos que gritan tanto?

EL CASO DE MECHA ORDÓÑEZ

Francisco E. Collazo

ANDRES. — ¡Oh, están unos muchachós muy simpatiques que festecan el nombramiento de un amigo! ¡Regardez, regardez! *(Señalando.)* ¿Ve ese muchach altó, morochit?... Buenó; ese está el doctor Roblés, que acabán de nombrar fiscal del crimen a La Plata. Dicen que está muy inteliquente.

LAURA. — ¡Ah, sí! Parece muy simpático, ¿no?

ANDRES. — ¡Oh, oui, et muy queneroso! *(Mostrándole el retrato en un diario.)* ¡Voilá, voilá!... Aquí está el retrató... He compradó el diarió, porque quiego guardar este retrat.

LAURA.—¡Avise si se ha enamorado de él!

ANDRES. — ¡Oh, no; lo voy a guardar como recuerdo de un bich raró!

LAURA. — ¿Bicho raro? No le veo nada de raro.

ANDRES. — Es que me dad diez pesós por reservarle la mesa. Y en estos tiempos, en que todós te piden, no hay más remedio que creer que está un bich raró al que te da algó. *(Mirando hacia la izquierda.)* Con permis... Parece que están por retigarse... *(Mutis izquierda; al hacerlo, se cruza y hasta choca con un parroquiano algo ebrio que se retira.)*

PARROQ. — ¡Epa, amigo! ¿No se dónde camina? Avise si está borracho.

ANDRES. — *(Haciendo mutis.)* ¡Pardon, monsieur, pardon!

PARROQ. — ¿Quiere darme mi sombrero, señorita bella y pálida como las orquídeas que cantaba el poeta?

LAURA. — ¿Qué número?

PARROQ. — ¿Número? ¡Me extraña! Yo, en todas partes, soy el número uno.

LAURA. — *(Mirando el casillero.)* El número uno está desocupado. Debe ser otro, señor. ¿No tiene el cartoncito?

PARROQ. — ¿Qué cartoncito?

LAURA. — El que le di al entrar.

PARROQ. — ¿Cartoncito? Yo no me acuerdo. ¡Palabra! Yo no me acuerdo. ¿Está segura, señorita?

LAURA. — ¡Oh, sí, señor! Contra cada sombrero que se me entrega, yo doy un ticket.

PARROQ. — *(Revisándose los bolsillos.)* ¿Un ticket? Francamente, no me acuerdo. Pero, ¿está segura usted?

LAURA. — Y usted, señor, ¿está seguro de haberme dejado el sombrero?

PARROQ. — ¿El sombrero? ¡Ahora sí que me ha embromado! ¿Sabe que no me acuerdo? *(Dándose de pronto una palmada en la frente.)* Pero, ¡claro! Si yo ando siempre sin sombrero... Desde que estuve este año en Mar del Plata, me acostumbré a andar en cabeza como los niños bien... Disculpe... ¡Qué cabeza la mía! Disculpe. *(Va a hacer mutis por derecha, pero se vuelve y da un peso a Laura.)* Tome.

LAURA. — Pero, ¿por qué, señor? Si yo no le he prestado ningún servicio.

PARROQ. — ¡No importa! Yo tengo el derecho de andar sin sombrero, pero no por eso la voy a perjudicar a usted, que se gana la vida en un guardarropa... Si todos los hombres hiciéramos lo mismo, ustedes se morirían de hambre, ¿no es eso? Guárdese el peso nomás. Y buenas noches.

LAURA. — Si es así, gracias.

PARROQ. — *(Que ha hecho medio mutis y vuelve.)* ¡Ah! Dígame una cosa, señorita, y disculpe la confianzo, ¿no? Con franqueza: ¿a usted le parece que yo estoy borracho?

LAURA. — *(Conteniendo la risa a duras penas.)* ¡Qué esperanza, señor! ¿Quién ha podido decir semejante cosa?... Si está lo más fresquito...

PARROQ. — ¡Ah! Bueno, usted es testigo... Porque, a lo mejor, a mi mujer se le ocurre decirme mañana que llegué a casa borracho... Que no me venga con cuentos después... ¡Es más exagerada! ¿Qué hora es ahora?

LAURA. — *(Mirando su reloj pulsera.)* Las dos y cuarto.

PARROQ. — ¡Muy bien! Usted es testigo. Las dos y cuarto y sereno. No me salga diciendo después que llegué a las cinco y borracho. *(Sale por derecha. Laura sonríe al verlo alejarse haciendo eses.)*



PARROQUIANO. — ¡Ah! Dígame una cosa, señorita, y disculpe la confianza, ¿no? Con franqueza: ¿a usted le parece que yo estoy borracho?

LAURA. — ¡Qué esperanza, señor! ¿Quién ha podido decir semejante cosa?... Si está lo más fresquito...

PARROQUIANO. — ¡Ah! Bueno, usted es testigo... Porque, a lo mejor, a mi mujer se le ocurre decirme mañana que llegué a casa borracho... Que no me venga con cuentos después... ¡Es más exagerada!

ANDRES. — *(Por la izquierda, muy apresurado.)* A ver, Laura, totut suite, prontit... los sombregos de esos señogues. Me han dad otros diez pesós. ¡Oh, qué noch! ¡Qué noch! Desde la guerrá, cuando había tanta plat, no me acuerdó de otra noch como está. ¡Prontit! Aquí están los numegós. La treinta y siet, le treinta y och y el cuaranta y truá... Los demás se quedan todavía...

LAURA. — *(Mientras da los sombreros pedidos.)* ¿Otros diez pesos, Andrés? Dígame, ¿no serán falsificadores de plata?

ANDRES. — Allez, allez... No diga dispagates. Nada menós que un fiscal del crimen.

(Aparece el doctor Julio Robles y sus amigos Nicanor y Miguel, los tres de smoking.)

ROBLES. — ¿Mi sombrero, señorita?

LAURA. — Aquí está, doctor.

ROBLES. — *(Amable.)* ¿Cómo sabe usted que soy doctor? Vicio nacional ese de doctorar a todo el mundo.

LAURA. — Perdone, doctor; aunque me vea en este sitio, yo soy una mujer sin vicios. Si le dije doctor, es porque sé que es usted el doctor Julio Robles, nuevo fiscal del crimen en La Plata.

NICANOR. — *(A Julio.)* Che, che..., ¿sabés que sos más popular de lo que yo creía?... Y dentro del bello sexo nada menos. Porque esto es bello sexo sin grupo, ¿verdad, Miguel? *(El otro asiente con la cabeza.)*

ROBLES. — Callate, Nicanor. *(A ella.)* Y dígame, señorita, si no es indiscreción el preguntárselo, ¿de dónde me conoce usted? Porque la verdad, yo de usted no me acuerdo...

ANDRES. — Mais, doctor, tod el mundó lo conoce. Moi aussi.

ROBLES. — ¡Chist! ¡Usted se calla! *(A ella.)* ¿De dónde?, vamos a ver.

LAURA. — *(Sonriendo.)* Pero, doctor, si su retrato ha salido hoy en "La Razón".

ROBLES. — ¡Qué buena fisonomista!

LAURA. — No tanto; es que su cara es de las que no se olvidan fácilmente.

NICANOR. — Che, ¡qué apunte! Tirate a la pileta, Julio.

ROBLES. — ¿Te vas a callar, majadero? *(A ella.)* Dígame, y usted, ¿quién es?

LAURA. — Ya lo ve, doctor: una modesta chica de guardarropa.

NICANOR. — ¿Modesta? Ya la quisiera yo para un pic-nic. ¿Verdad, Miguel que es una papa?

ROBLES. — Y dígame: ¿por qué trabaja aquí? Se me ocurre que éste no es un ambiente para usted.

LAURA. — Tal vez, doctor; pero cuando uno tiene necesidades que subvenir, no puede darse el lujo de andar seleccionando. Trabaja donde puede y no donde quiere.

ROBLES. — ¿Mucha familia que mantener, acaso?...

LAURA. — En este momento sí, doctor.

ROBLES. — ¿Por qué en este momento?

LAURA. — Porque el marido de mi hermana se ha quedado sin trabajo y yo soy el único sostén de la familia. Somos cuatro, y como comprenderá, no es con un sueldo de dactilógrafa que iba a comer tanta gente.

ROBLES. — El problema de todos los pobres.

LAURA. — Ni más ni menos, doctor. Pero yo no puedo quejarme. Es cuestión de cerrar los ojos a ciertas cosas y esperar con calma tiempos mejores.

ROBLES. — *(Tomando su sombrero.)* Así es. *(Saca la billetera y extrae de ella un billete de cien pesos que da a Laura.)* Sírvase, por los tres. *(Señala a los amigos.)* ¡Buena suerte, señorita! *(Encaminándose hacia la derecha.)* Buenas noches. Y ya sabe, en La Plata, en la Cámara del Crimen, estoy por entero a sus órdenes.

LAURA. — Gracias, doctor; no pienso matar a nadie.

ROBLES. — No he querido decir tanto. *(A los otros.)* ¿Vamos? Buenas noches, señorita.

ANDRES. — ¡A tout a l'heure, doctor!

LAURA. — Adiós, doctor, y gracias. *(Cuando Robles y los amigos van a hacer mutis, ella repara recién en el billete que le han dado y sale corriendo detrás del doctor.)* ¡Doctor! ¡Doctor!

ROBLES. — *(Volviendo con los amigos.)* ¿Qué ocurre, señorita?

LAURA. — Un error, doctor. Me ha dado un billete de cien pesos.

ANDRES. — *(Abriendo tamaños ojos.)* ¿Eh? ¿Cien pesos?

ROBLES. — Ya lo sé, señorita.

LAURA. — Pero...

ROBLES. — ¿Qué?

LAURA. — Que yo no puedo aceptarlos, doctor.

ROBLES. — ¿Por qué? ¿No es que aquí da uno a su voluntad?

LAURA. — Sí, doctor.

ROBLES. — Y bien, mi voluntad es darle cien pesos; otros le darán veinte centavos... Guarde, guarde ese dinero. Hoy es un día feliz para mí, acaso el más feliz de mi vida. Por otra parte, mañana es Navidad. Celébrela con los suyos y a mi salud. La alegría que ustedes se proporcionen con ese dinero, nunca será tanta como la que yo experimento en este momento, al pensar que hago una obra de bien.

LAURA. — ¿Sin conocerme siquiera?...

ROBLES. — Ya lo dice el adagio: "Haz bien y no mires a quién."

LAURA.—Se lo agradezco, doctor, en nombre de cuatro personas que podrán celebrar una Navidad después de muchos años en que ni siquiera una botella de vino se llevaba a casa.

ROBLES. — Para compensar, mañana, bébanse un cajón de champagne.

LAURA.—¡Qué esperanza, doctor! Le compraré ropa a mi sobrinito y un juguete, para que no envidie a los otros chicos.

NICANOR. — Bueno, che, Rothschild, vamos, porque como sigas festejando el nombramiento, te va a hacer falta el Banco de la Nación.

ROBLES. — De buena gana lo repartía esta noche entre los pobres de mi ciudad. *(Saludando.)* Buenas noches, señorita. *(Sale con los amigos.)* ¡Soy tan feliz cuando puedo dar algo!

LAURA. — ¡Buenas noches, doctor! *(Se queda mirándolos con infinita simpatía; de pronto, su alegría estalla y da saltos de un lado a otro, llevando en alto el billete.)* ¡Cien pesos! ¡Cien pesos!

ANDRES. — ¡Cuidad, que a lo mecor están falsificats!...

LAURA. — *(Sin hacerle caso.)* ¡Cien pesos! *(Los mira, los estruja contra su corazón, los besa.)* ¡Cien pesos! Los primeros que veo tan cerca. ¡Y son míos! ¡Míos!

(Continúa en el próximo número.)

Misterios y...
(Continuación de la pág. 59)

decretos dictados por el intendente, ordenando las medidas que debían ser tomadas para exterminar los roedores contagiosos. Estas medidas de sanidad demuestran el grado de adelanto alcanzado por nuestros antepasados.

Se sabe que hace más de 1.500 años los chinos usaban como anestésico un preparado a base de una planta llamada "may-yo". En el siglo XIII se usaba frecuentemente como anestésico el vapor que emanaba de una esponja cargada con una solución de mandrágora, opio y otros sedativos.

El descubrimiento de las propiedades del éter, realizado por el doctor Morton, un dentista de la ciudad de Boston (EE. UU.), fué hecho precisamente cuando sir Benjamín Brodie, eminente cirujano inglés, afirmaba públicamente que la cirugía sin dolor era un imposible, y jamás serían abolidos los terrores del bisturí.

Los ingleses han estado siempre dispuestos a celebrar los descubrimientos magníficos que llegaban de sus hermanos los americanos.

Se cuentan, sin embargo, algunos "canards" atribuídos a hombres de ciencia de visita al país de los dólares. De lord Haughton se cuenta que un día, estando de conversación con una encantadora americana, ésta afirmaba que cualquier mujer, disponiendo de tacto, podía cautivar a cualquier hombre, agregando al final:

— Yo he tenido a mis pies una docena de hombres — a lo cual contestó lord Houghton:

— Pedicuros, supongo.

Me ha extrañado que entre las terapéuticas modernas no haya sido introducida una terapéutica lunar. La Luna lleva una carga potente de electricidad, y despide ondas de electrones negativos. Si éstos pudieran ser controlados y almacenados, puede ser que tuvieran un efecto saludable sobre la piel de los hipocondriáticos.

FIN

La desertora
(Continuación de la página 17)

fera fatídica de opresión habíase disipado y su espíritu, por fin, volvió a recuperar la felicidad interrumpida.

Al verla así, de nuevo contenta, también Giovanni Galuccio y Gilda empezaron a sonreír, a olvidar los días amargos que pasaron. Reconocían en Mitkalencia la hija que no quiso darles el amor por no debilitar el mutuo cariño de su corazón.

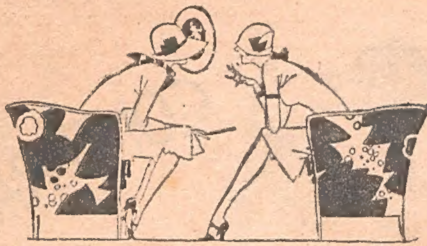
Los diarios de la mañana eran arrebatados de las manos de los "canillitas". Todos querían conocer los detalles del asesinato de la gran artista. Y los ojos ávidos recorrían a prisa las letras negras donde leían: "En el cuadro del campamento gitano de la ópera 'Il Trovatore', un hombre, que logró pasar inadvertido en el coro, dió muerte de una puñalada en el corazón a la eximia cantante Mitkalencia Galuccio. Fué detenido y confesó ser el prometido de la gran artista, con la cual debió casarse antes de que ella se dedicara al teatro."

FIN

La taberna del tío Paco
(Continuación de la página 47)

—¡Niño, que aquí estamos sin vino!

De pronto suena un portazo. Las miradas se dirigen hacia la calle. ¿Quién viene a interrumpir la celebración del



CHARLAS FEMENINAS

Por MESEC TUBAT

MEJOR ES PERDER

Vale más perder que ganar contra la corriente, y llevando un reproche que amargue el alma. Ganar cometiendo injusticia o groserías no es ganar, es ser más fuerte o menos escrupuloso, o más canalla, o menos culto; ganar insultando, porque el insultado supo callarse, eso no es ser vencedor, eso es ser perdedor, porque no hay duda que en la vida el que más gana es el que menos habla o el que menos desplantes gasta.

Muchas veces el que insulta daría lo que no tiene por recoger la palabra con que hirió en el momento de la ira. Vale más callar que mucho hablar, porque la palabra dicha ni se borra ni se olvida. Puede doler mucho la frase que viene a golpearnos, pero, pasado el primer momento, a quien más le duele es al que lanzó la palabra.

Los hechos materiales, los crímenes materiales, los balazos y las puñaladas se pagan en la cárcel con tantos o cuantos años de encierro. El insulto es un crimen moral que tiene también su sanción y su pena; se va suelto por la vida, pero se va purgando la culpa con las cadenas que la conciencia impone, con ese malestar que produce aquello de haber dicho o hecho una cosa que, pasado el calor del primer momento, nos reprocha y lamentamos.

El insulto es un trapo sucio que el viento agita y que va golpeando la frente del insultador; el insultado, en cambio, es víctima tranquila aunque dolorida; el silencio que supo imponerse se transforma para él en su propia aprobación, en su propio consuelo.

LO INTOLERABLE

Hay mujeres, y también hay hombres, intolerables. No hablan, no contestan, no prosiguen una conversación, ¡preguntan! Se hacen un hábito y pierden el don de la narración y de la conversación; fuera de la pregunta, nada existe para ellos. Se envician en tal forma que llegan a ser intolerables porque invaden, como es forzoso, el terreno de la indiscreción.

Y ni siquiera son curiosos; no hacen por saber cómo otras personas viven. No, es que ni siquiera retienen en la memoria el resultado de su interrogación. Como que interrogan tanto, no pueden guardar las respuestas que a ciento recibieron en cada día. La pregunta es siempre indiscreta, y la indiscreción es siempre odiosa. El don de la conversación es un don divino. Saber hablar, ser ameno, animado, breve, sentirse escuchado con placer, es verdadero placer social.

DESLEALTAD

Parece un crimen la deslealtad y es, sin embargo, un favor que recibimos. Desleal hoy o mañana ¿qué más da? Lo más pronto posible, mejor. Librarnos del mal amigo no es un dolor, sino una suerte. Librarnos del pulpo que abraza y estrangula; de la boca que ríe y del alma que está dando dentelladas.

El desleal tiene palabras amables y dulces; pretende meterse en el corazón de la gente, pero pasa la vida en esta búsqueda inútil, porque siempre es rechazado a tiempo. Siempre pierde terreno, respeto, consideración y estima. El desleal es el hombre que cava su propia fosa, es el que muere solo, es el que cumple aniversarios el 2 de noviembre, porque aunque esté vivo, muere todos los días.

¡Que sea desleal una mujer..., pase, pero un hombre!... La mujer tiene el derecho de ser un poco inestable, de faltar a su palabra y cambiar los afectos..., para eso es mujer, y anda vacilante por la vida sin saber qué camino es el suyo ni qué porvenir es el que le aguarda. Además, es frágil y débil; es mujer, y si no tiene el honor en su palabra es porque el hombre le enseñó a ser desleal y, además, porque ella en la amistad pone siempre un poco de amor y el amor es voluble.

¡Pero el hombre! Cuando se le pide amistad y no sabe darla, ¿qué puede esperarse de él? No hay perdón para él desleal; hay que enterrarlo en vida todos los días.

ES MEJOR SER CULTO

¡Cuesta tanto en la vida ganar amigos, estimaciones y cariños, que debemos debatirnos por conservarlos, y no reñir por sutilezas y perderlos tras un enojo!

Por eso es mejor ser culto que díscolo, porque la cultura es el freno que nos impide caer en el encono y en la palabra violenta donde la amistad o el sentimiento naufragan.

Después de dicha la palabra grosera, no hay palabra dulce que la borre ni acto de ternura que logre poner el olvido.

Es mejor silenciar las ofensas que recibimos y sonreír si es posible, porque la vida es corta y el camino que recorremos pequeño, y a cada paso tropezamos con la misma gente; vale más, pues, encontrarse con amigos que con enemigos.

Luego, fatalmente de todos, por insignificantes que ellos sean hemos de precisar, si no es hoy, será mañana.

Es verdad que al afecto perdido, y al amigo ido, les siguen otro afecto y otro amigo. Pero es que en nada se parecerá el nuevo al viejo, y el refrán lo dice: "Vale más conservar que adquirir", y "Vale más lo viejo conocido que lo nuevo desconocido." Comenzar a estudiar las almas, tratar de ganar afectos, ¡qué terrible trabajo!... Vale más, pues, defender al que ya se adquirió, y no malograrlo entre enojos o palabras ásperas.

rito y a quebrar el recogimiento religioso? Ha entrado una mujer de elegancia llamativa. Esbelta, morena y guapa. Como queriendo hacerse perdonar sonríe a todos en busca de benevolencia. Le brillan los dientes perfectos, tanto como la "plaquette" que lleva al pecho. La sigue un caballero de muy buen aspecto, que por todos las trazas ha sido llevado allí a remolque.

La tertulia los acoge con tácita hostilidad. El rechazo está patente en los gestos duros y las miradas esquivas. Los recién llegados lo perciben en seguida. Él no sabe dónde meterse, y ella, que ha dejado de sonreír, acepta el asiento que con sencilla galantería le cede el pelirrojo, y se queda inmóvil.

—¡Bueno! — rezonga mi vecino, el de la nariz de colador, malhumurado.

—Una curiosa — define el de la gorra a cuadros.

—¡Vaya, señora! — exclama por lo bajo mi compañero, guiñándome un ojo con malicia.

El caballero, dándose cuenta de su desairada situación, ha llamado al chico: le dice algo al oído.

—A ver qué toman, por cuenta de este caballero — grita el chico.

Ya está roto el hielo. Se animan las caras y parece que aflojara la presión atmosférica. El caballero y la dama lanzan un suspiro de alivio.

—¡Vaya rumbo! — dice una voz aprobando el convite.

—Tú, Tetúan — ordena *Dedos de plata*, — márcate una farruca en obsequio de estos señores.

El interpelado, fino y flexible como un alambre, de un salto se planta en medio del corro, empinado sobre la punta de los pies, los brazos en alto doblados a la altura de la cara, combado el pecho, felina la cintura, hecho un manojo de nervios contenidos, hasta que la danza los desate y puedan distenderse en libertad.

—¡Sí, señor!

—¡Así se baila!

—¡Bendita sea!...

La guitarra suena cosas de maravilla en el fino rasgueo, y la tertulia, sin quitar los ojos de los pies del bailarín, le jalea y le marca el son con las palmas, lo mismo que si manejara un instrumento.

—¡Venga de ahí!

—¡Olé ya!

El bailarín está haciendo con los pies encaje de bolillo.

Vibra el concurso al conjuro de la danza con un estremecimiento de poseso. A todos les baila el alma, clavados en su sitio. Ahogan el grito y dominan el brinco, pero todos bailan a pesar de estarse quietos. La morena, sin recato ya, ha arrojado un ¡ole! a los pies del *bailaor*, que ha sido para él como un trallazo estimulante. Ahora se ha vuelto hacia ella y le dedica todos los dengues, volteretas y despunteos de la danza. ¡Qué garbo en el giro, qué majeza en el porte! Ella radiante, torna por fin a sonreír, y el *bailaor* se estaría ahí hasta mañana por merecer la sonrisa.

En este misterioso lenguaje del "cante" y el "toque" que les es común, todos aquí se entienden y son actores.

Yo soy el único espectador maravillado.

FIN

DIALOGOS EN LA PELUQUERIA



—¡*Salud, don Giácomo!*

—¡Salud, don Mandinga!

—*¿Qué tal empezó el año?...*

—¿Es curiosidad profesional, o positivamente le interesa averiguarlo?

—*En las dos suposiciones hay un poco de verdad, don Giácomo.*

—Entonces, con ese poco alcanza. Empecé el año..., empecé al año..., ¡hasta vergüenza me da decirlo!..., suscribiéndome al "Diario de Sesiones".

—*¿Y por qué?*

—Tengo el pálpito que va a ser un año político muy conversado este de 1934. Se va a dar juego de oposición en grande. Hay muchos, pero muchos legisladores que ya empiezan a ver con malos ojos eso de que se cierre el Congreso, y comience el Ejecutivo a resolver por decreto problemas tan delicados como los que pretende haber resuelto. Desde luego, aquella oposición será puramente verbal. No hace falta ser muy zahorí para comprender que en la casa de gobierno nadie va a temblar por ella. Como que en el gabinete hay más de un ministro que ha sido también cuco parlamentario.

●●●



—*De modo que a su juicio, don Giácomo, el Congreso...*

—El Congreso es un símbolo. Símbolo de la Democracia y de la Libertad, así con mayúscula. Cuando hay un verdadero Ejecutivo en la Casa Rosada, el Congreso existe para proporcionarnos la ilusión de que gobernamos nosotros, puesto que podemos interpelar y discutir. Con eso es suficiente. Nuestra Constitución es sabia en este sentido. Lo único que exige es que haya un gran presidente rodeado de excelentes ministros, para que marche el país viento en popa. Nuestra historia política demuestra que sin necesidad de suprimir al Congreso se puede gobernar como si el Congreso no existiera.

●●●



"Hablando de otra cosa — agrega don Giácomo — me han asegurado que la cartera de marina será provista en cuanto se produzcan los correspondientes ascensos en la Armada. La función del general Rodríguez habría consistido en neutralizar la influencia de las camarillas dominantes. En cuanto esto se consiga, quedará relevado de su compromiso. Parece que el presidente ha depositado en el ministro de Guerra toda su confianza, sabiéndolo un hombre sin pasiones, inclinado a elegir siempre el camino más recto. ¡Ojalá todo sea para el prestigio de nuestra marina!..."

...é ben trovato

De un flamante ministro de gobierno que parece comprometido a ejecutar un "mandato tácito" en el orden político, se asegura que al día siguiente de asumir sus funciones recibió una lista de los comisarios de campaña que conviene "remover cuanto antes".

● ●

Parece que la tentativa de desautorizar algunas proveedurías radicales que han aparecido en estos últimos tiempos, a imitación, aunque en menor escala, de la oficial que funciona en la calle Moreno, fué detenida ante la consideración de hallarse aquéllas en manos de "verdaderos radicales" que estaban en eso de "abnegarse".

● ●

Se ha oído asegurar estos días que no es el único Oyhanarte electoralista quien ha enviado al doctor Alvear una larga epístola.

Por

El viejo Mandinga

Don Giácomo hace una pausa y salta a otro asunto:

—Días pasados, un alto funcionario de territorios se entrevistó con un ministro para enterarlo de algunos pormenores relacionados con la distribución de tierra fiscal. Resulta que eran éstos de tal naturaleza y de tal veracidad, que el ministro interesado vivamente por ellos, retuvo por espacio de una hora larga al cortés visitante que, respetuoso del tiempo ajeno, no hubiera prolongado nunca esta entrevista. Excusado decirle que este caballero, que ha sido ministro dos veces en Entre Ríos y gobernador de un territorio, quedó francamente reconocido al interés y a la delicadeza ministerial que, sin duda, se traducirá en la correspondiente intervención para mejorar las cosas en la oficina respectiva.



●●●

"Cuando le refería estas mismas cosas a un ex juez de territorios en el Sur, reforzó éste los cargos asegurando que, en su calidad de magistrado, más de una vez había debido oponerse a desalojos injustos ordenados por la Dirección de Tierras, con toda la fuerza que le daba su investidura judicial, y me contó el caso de un poblador del Chaco que después de ocho o diez años, supo que estaba amenazado con la desposesión de su tierra. El hombre se largó a Buenos Aires, realmente acongojado, pero no podía juntarse con el expediente respectivo, hasta que se consiguió los buenos oficios de uno de los empleados de la oficina, y pudo... salir con la suya. Toda acción quedó paralizada como por arte de magia..."

●●●

—*Y como plato de Año Nuevo, ¿qué tiene, don Giácomo?*

—Vamos a tener un año movido, que obligará al presidente a quedarse quieto... Por lo pronto, según se va viendo, este año el general Justo ha suprimido su veraneo. No ha tomado casa en Mar del Plata y se dispone a quedarse en la quinta de Olivos.

—*¿Acaso los motines costaneros del año anterior?...*

—Se repetirán este año... El verano es propicio para reunir elementos dispuestos para cualquier chirinada carnavalesca. Recuerde que el año anterior, el presidente Justo tuvo cada sábado que postergar su baño semanal en Playa Grande.

—*¿Y ahora?*

—Este año es un año electoral y las papas van a quemar... Con abstención o sin ella, los radicales se disponen a derrotar a los de la concordancia. Y vamos a tener mucha leña... para hacer un lindo fuego.



El novio galante.
(De "London Opinion", Londres)

Un GRAN ANIMAL

Se presentó un día en casa del doctor Ramón J. Cárcano un distinguido "sportsman".

—Señor — le dijo, — tengo un caballo que debe correr en estos días. Como aún no tiene nombre, quiero ponerle el suyo. Usted sabe que hay caballos que se distinguen por el nombre de políticos, tales como Roca, Mitre, etc. ¿Podría concederme su permiso para designar el mío con su nombre?

El interpelado accedió.

Días después, el propietario de la bestia comunicaba al doctor Cárcano, con la satisfacción consiguiente, que aquélla había ganado su primera carrera, y que veía en el éxito la benéfica influencia de su nombre.

El doctor Cárcano le contestó:

—Deduzco de sus minuciosos informes que Cárcano es un gran animal.



—¡Mira lo que encontré, mamita!
(De "Collier", Nueva York)

SALPICON

El TRABAJO

El trabajo es bueno para el hombre: le distrae de su propia vida, le aleja de la contemplación espantosa de sí mismo, le impide mirar a ese otro yo que lleva dentro y que le apesadumbra en la soledad; es, además, conveniente, porque distrae nuestra vanidad, engaña nuestra impotencia y nos comunica la esperanza de prósperos acontecimientos. Nos preciamos de vencer el destino por su mediación. No concibiendo las relaciones necesarias que ligan nuestro propio esfuerzo a la mecánica universal, nos parece que este esfuerzo está dirigido en favor nuestro contra lo demás de la maquinaria. El trabajo nos ilusiona, fingiéndonos voluntad, fuerza, independencia, nos diviniza a nuestros propios ojos, nos convierte, para nosotros mismos, en héroes, genios, demonios, demiurgos, dioses; en el Dios, puesto que, al fin y al cabo, sólo se concibe a Dios como obrero.

ANATOLE FRANCE.



El capataz. — ¡Pensar que yo pedí brazos para la cosecha, y sólo vinieron piernas!
(De "Happy Mag", Londres)

La FILOSOFIA

A su regreso de Atenas, Edmundo About manifestó su deseo de abandonar la enseñanza y renunciar a la cátedra de filosofía que tan brillantemente desempeñaba. Y como algunos de sus íntimos insistiera para que reflexionase antes de hacerlo, le contestó:

—Ya he reflexionado y creo que la filosofía se aprende..., pero no se enseña.

CUENTO JUDIO

En la reunión de accionistas de una sociedad muere repentinamente el señor Blum, miembro destacado de la misma.

El presidente emocionado, dice:

—Es necesario comunicar la noticia a su esposa con las debidas precauciones. ¿Quiere usted encargarse de este trance, señor Rich?

—¿Por qué no?

—Pero procure usted darle la noticia poco a poco. Confío en su tacto.

Rich marcha a comunicar la infausta nueva. Llama a la puerta de la señora de Blum, que sale en persona a recibirle.

—Buenos días, señora viuda de Blum.

—¿Qué dice usted?

—Digo que muy buenos días, señora viuda de Blum.

—¡Pues para broma me parece muy estúpida!

—¿Broma? ¿Quiere usted apostarse algo a que es de verdad la señora viuda de Blum?

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA., S. A.